

*ALMA INFANTIL: HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE UN PROYECTO NACIONAL EN
CHANCHITO, REVISTA ILUSTRADA PARA NIÑOS COLOMBIANOS*

KAREN SÁNCHEZ MEDINA

TRABAJO DE GRADO

Presentado como requisito para optar por el Título de Profesional en Estudios Literarios

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

Facultad de Ciencias Sociales

Carrera de Estudios Literarios

Bogotá, 2016

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

Jorge Humberto Peláez Piedrahita, S.J.

S.J. DECANO ACADÉMICO

Germán Rodrigo Mejía Pavony

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA

Cristo Rafael Figueroa Sánchez

DIRECTOR DE LA CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

Jaime Alejandro Rodríguez Ruiz

DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO

Óscar Alberto Torres Duque

Artículo 23 de la resolución No. 13 de julio de 1946:

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis, sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales, antes bien se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

A mi Mamá, por hacerlo todo posible y por enseñarme que la pasión es medida del amor.

A mi Hermana gemela, este hermano gemelo de tinta y papel.

*A mi Hermano, por enseñarme con sus decisiones que todos los caminos son posibles mientras se
transiten con amor.*

*A Daniel, sin quien esta tesis no se hubiese escrito, por recordarme el poder de la literatura y por
ayudarme a darle un nuevo sentido a la palabra Esperanza.*

A mi Abuela, por estar siempre, desde el principio hasta el fin.

A Carlos, por no olvidar su alma infantil.

A mis Amigas, esas salvadoras incansables.

A Juan Carlos Hernández, por enseñarme que la duda es el principio de la fe.

Y a Víctor E. Caro, por recordarme el amor por las pequeñas cosas.

Índice

A modo de introducción	6
Entre la tradición y el progreso: ecos de una nueva nación	11
La formación de la prensa literaria: antecedentes de una búsqueda nacional	14
Hacia una idea de literatura: Miguel Antonio Caro y Baldomero Sanín Cano	20
Visiones y tensiones de principio del siglo XX: en busca del progreso y la modernización	25
El lector infantil y la educación en Colombia	30
A la sombra del alero: algunos apuntes sobre la vida y la obra de Víctor E. Caro	37
Los primeros años y la formación literaria	40
El poeta, el académico y el escritor: un acercamiento a sus principales ideas	44
El proyecto nacional ilustrado	54
<i>Chanchito</i> : revista ilustrada en su interior	61
El Chanchito ilustrado: una aproximación a lo literario	65
El juego de las voces: la multiplicidad de las voces de <i>Chanchito</i>	69
Los niños en <i>Chanchito</i> : los ciudadanos de una nación imaginada	73
Los retazos de historia	79
La poesía, la novela y la nostalgia pastoril	83
Consideraciones finales	88
Anexo	91
Bibliografía	99

A modo de introducción

El archivo es lo no dicho o lo decible que está inscrito en todo lo dicho por el simple hecho de haber sido enunciado, el fragmento de memoria que queda olvidado en cada momento en el acto de decir yo.

Giorgio Agamben

Cuando se realiza un trabajo de grado —aquel que debería dar cuenta de un proceso que a la vez puede ser amplio, riguroso y muy importante para la vida de cualquiera que haya empezado una “vida” académica— aparecen preguntas tales como: ¿qué tema tratar?, ¿desde qué perspectiva?, y una pregunta más importante aún: ¿qué clase de aporte se hará a una materia que tal vez haya sido muchas, muchísimas veces estudiada? Estas preguntas no me fueron ajenas; una vez tuve que buscar el tema para mi propia monografía me enfrenté a los mismas preguntas a las cuales se enfrentaría cualquier estudiante.

Las respuestas a las preguntas anteriores llegaron con el recuerdo de un impacto: un nombre y una obra que me habían marcado desde hacía tiempo. Ellos eran el poeta Víctor Eduardo Caro y *Chanchito: Revista Ilustrada para Niños Colombianos*, la revista que había dirigido y editado prácticamente en solitario durante un poco más de un año, entre 1933 y 1934 en la ciudad de Bogotá. Conocí su obra y me sumergí en el estudio de la revista mientras asistía a la clase de Taller de metodologías de la investigación, hace más de tres años. La clase nos llevó, a mis compañeros y a mí, a revisar de manera meticulosa un periódico o una revista colombiana que hubiese circulado durante el siglo XIX. *Chanchito*, pese a eso, fue la única con formato de revista, y, además, la única publicada en la primera parte del siglo XX. Esas dos características me llamaron tanto la atención, incluso más que el hecho de que fuera una revista destinada a los niños —o al menos fue así hacia el inicio de esta investigación— que me resultó más atractiva por encima de reconocidas revistas de la talla de *La Biblioteca de Señoritas* o *El Mosaico*.

Así pues, el trabajo en la clase se centró en el estudio de archivo, y por ello, en el conocimiento de las fuentes. Tal tipo de investigación, trasladarse a las principales bibliotecas de la ciudad, cambiar las aulas por recintos desconocidos, fríos y muchas veces incómodos,

no fue algo que hubiese hecho antes, y con sinceridad, creía que era una práctica exclusiva de la historia o de la antropología. Fue con el estudio de las revistas y periódicos de carácter literario que descubrí que no solo los historiadores tienen dominio sobre el archivo. El hecho de que desde los estudios literarios se intervenga en él supone una redistribución de los espacios cuyo discurso ha sido posibilitado únicamente por ellos y, por eso, plantea maneras distintas de apropiarse de los conocimientos, de narrarlos y, sobre todo, de la necesidad de nuevas formas de memoria.

Asimismo, el trabajo con el archivo constituyó para mí una interesante, pero difícil labor, si se considera que las condiciones físicas de las revistas y periódicos no son siempre las mejores. Muchas veces, los registros no coinciden con el material, este se encuentra defectuoso o no está completo. A pesar de ello, de aquella experiencia resultó, primero, una convicción que desconocía totalmente y que sustenta esta monografía: la relación entre la literatura y la prensa, y segundo, la necesidad de ocuparse y de preservar el archivo como parte de un proceso que contribuye a la formación de nuestra memoria histórica.

Establecido lo anterior, esto es, que la relación entre la literatura y la prensa fundamenta este trabajo, quiero empezar justificando la importancia de los estudios que abordan como la prensa como objeto de investigación —categoría que al menos en los estudios literarios, se le ha dado recientemente— como la necesidad de estudiar más y con más ahínco las revistas y periódicos que aportan a una mejor comprensión de nuestra historiografía literaria. Así, intento sumar mi trabajo a una línea de estudio que considera que la prensa fue vital para el desarrollo de la profesionalización del escritor y la circulación de la literatura en el país, como lo afirma Gustavo Bedoya Sánchez:

Las publicaciones periódicas generales, pero luego y más exactamente las publicaciones periódicas especializadas en lo literario, garantizaron la propia vida de la literatura, ya que en la prensa se funden las prácticas que permiten su existencia, a saber: la producción del escritor, la edición del impresor y la recepción del lector crítico. La prensa es vitrina del escritor, medio material de publicación y evaluadora y jueza de lo literario (incluso al grado de rechazar u opacar obras y artistas). (92)

Ahora bien, lo que más me atrajo de la revista, en primer lugar, fue su fecha de publicación. La primera parte del siglo XX colombiano fue una época de transición y transformación cultural y artística sin precedentes, al mismo tiempo, con la entrada de este siglo aparecieron

nombres en la escena literaria colombiana tan disímiles como atractivos. Nombres como los de José Asunción Silva, Baldomero Sanín Cano, Max Grillo, Luis Tejada, Guillermo Valencia o Julio Flórez hacen parte de una inagotable lista de escritores e intelectuales reconocidos dentro y fuera de la academia.

En segundo lugar, y como resultado de una revisión más general de *Chanchito*, se revelaban ante mis ojos, como iluminadas, palabras como *nación*, *territorio*, *país*, *ciudadano* y *proyecto*. Conceptos que yo no podía conciliar con una publicación de principios del siglo XX y muchísimo menos con una revista dedicada a los niños —sujetos pocas veces representados socialmente— De esa manera, mi asombro me llevó a estudiar la historia de la Colombia de esa época, con el fin de encontrar las respuestas que no hallaba en la revista. Así fue cómo confirmé que *Chanchito* había nacido en un contexto muy particular; en una Colombia en la que las ideas relativas al progreso y a la modernización estaban en auge, mientras que las concernientes a la tradición peleaban por quedarse. Lo anterior me ayudó a considerar que dado ese ambiente caracterizado por la pugna y el cambio, la revista estaba proponiendo un proyecto nacional dirigido a la infancia. Esta revelación, por llamarla de alguna manera, constituye el objeto de este trabajo, el cual pretende explicar el propósito del llamado proyecto, las ideas que lo sustentaban y la noción de literatura que se expresaba allí.

En tercer y en último lugar, lo que más me interesó fue que, después de un estudio juicioso de archivo y de las principales antologías de poesía colombiana, llegué a la conclusión de que Víctor Eduardo Caro no es ni ha sido un poeta o un escritor reconocido en los anales de la historia de la literatura colombiana. Se conoce marginalmente por haber sido el editor de la obra de su padre, el expresidente, literato y filólogo Miguel Antonio Caro, y por haber escrito algunos poemas y fábulas infantiles; en otras palabras: por ser un “poeta menor”. De esa manera se reconoce y se llama en las pocas antologías en las que ha sido reseñado.

Pueden ser muchas las razones que expliquen la ausencia y el olvido de su nombre. Lo cierto es que Víctor E. Caro nunca se interesó en ser publicado, pese a que su posición social e intelectual le habría valido para publicar en el momento y en las condiciones en las que él hubiese querido. Con todo, Caro fue poeta, dramaturgo y asiduo escritor en la prensa, director de las revistas *Santafé* y *Bogotá*, y de la mencionada *Chanchito*, director y catedrático universitario, afamado matemático, miembro de las Academias Colombianas de la Lengua y de la Historia, traductor de teatro y promotor cultural, así como funcionario reconocido dentro

del Ministerio de Educación Nacional. Dicha ausencia ha impulsado, en parte, este trabajo, que, si bien se centra en el análisis de *Chanchito*, incluye un estudio sobre su vida y el resto de su obra que ha de ser completado como legado y obligación para el futuro.

La vida de Caro siempre me resultó atractiva y sorprendente; me llevó a rastrear sus pasos, primero, en sus pocas obras publicadas en vida y en las publicadas póstumamente y, después, en las obras de su padre que editó, en las cartas enviadas entre ambos, en los discursos hechos públicamente para culminar, por la falta de información relevante, en la prensa; donde trabajó intermitentemente durante buena parte de su vida y donde publicó, casi siempre bajo seudónimos, su obra literaria. Es así como la revisión de *Chanchito* me condujo a una nueva conclusión: Víctor Caro fue, además de poeta y escritor, editor y promotor cultural. Estuvo detrás de las traducciones y puestas en escena de algunas obras de teatro en los principales escenarios bogotanos de principio de siglo, de la misma manera, trabajó como director en dos revistas con marcadas inclinaciones culturales, literarias y nacionales.

A partir de esa nueva información resolví establecer una distancia entre el Víctor E. Caro escritor y el Víctor Caro editor. Me interesaba su trabajo como poeta, pero más aún el de director de contenidos, de prensa, pues este revelaba su afán por consolidar un proyecto que había estado ansiando y que a mí modo de ver tenía tintes nacionales. Otra decisión que tomé fue la de distanciarme del tema que hasta ahora había reunido a unos pocos autores que han estudiado a *Chanchito* en unas páginas parecidas a estas por su propósito, y ese es el rol y el imaginario del lector infantil; pues considero que mi análisis involucra y pone énfasis en el estudio de la noción de literatura de la época, algo que los otros estudios no han tenido en cuenta.

Justamente, se han publicado hasta la fecha solo cuatro estudios acerca de la publicación de Caro. En el primero, *La revista Chanchito, un homenaje a los niños colombianos*, Beatriz Helena Robledo hace una descripción de la misma y de sus principales secciones; y aunque no profundiza en ningún aspecto ni propone un análisis, sí afirma que la revista es el resultado de una época marcada por el auge de la cultura y los espacios dedicados al mundo infantil. En un segundo trabajo, y de forma tangencial, John Naranjo estudia la publicación en un artículo titulado “Dos décadas decisivas: 1920-1940” en el que se menciona algunas características generales sin ahondar en ninguna, para afirmar después, equivocadamente, que la revista acabó luego de 24 números. El siguiente texto, *Chanchito y los imaginarios infantiles*, fue un

trabajo de grado en el que Pamela Bossio insistió en las ideas de Robledo de que la revista fue el resultado de un avance en términos culturales y educativos en pro del niño y que, por ello, lo que se proponía allí era un lector autónomo. En último lugar, Victoria Peters publicó una tesis de maestría titulada la *Formación de ciudadanía desde la revista Chanchito*, la cual tenía como objetivo analizar los discursos de la revista a la luz de una teoría semiológica.

Finalmente, los caminos que ha trazado este trabajo han sido hasta aquí complicados y nebulosos, en parte por la imposibilidad de acceder a toda la información archivística y porque no existen datos suficientes sobre *Chanchito* y sobre la vida de Caro. La naturaleza, entonces, de esta monografía dará cuenta de mí a veces truncada investigación, la cual refleja los vacíos de una existencia y una obra no documentadas y la necesidad de seguir haciendo trabajos que aporten a la investigación de archivo como una fuente a la cual podrían recurrir las generaciones venideras.

Entre la tradición y la modernización: ecos de una nueva nación

*Pasaban los hombres manejando sus coches, sus trenes, sus tranvías, sus automóviles.
¿Qué era lo que hacían?
Jugaban.
Iban en sus juguetes grandes.
Seguían siendo niños.
Y volaba y volaba la gran juguetería de ruedas.
¡Ah! ¡La ciudad infantil!*
Luis Vidales

La época que comprende el fin del siglo XIX y el principio del siglo XX colombiano fue una época de transición y transformación cultural, social, política, económica, educativa y artística sin precedentes. Tal fenómeno se explica, en parte, por los crecientes cambios a los que el país apenas se estaba adaptando: la necesidad de adecuarse al reciente sistema capitalista promovido por el Estado y, como resultado de ello, el fortalecimiento de políticas oficiales de industrialización y modernización; sumado a la llegada de una serie de discursos que favorecieron la idea de que el país había estado viviendo una suerte de adormecimiento y que era menester despertar y abrazar la promesa de progreso y cambio. Todo esto condujo a que desde todos los sectores de la sociedad se impulsaran innumerables reformas y proyectos que ayudaron a consolidar el país modernizado, y a abandonar las costumbres nocivas en pro de la bonanza industrial y la prosperidad económica.

Ahora bien, lo que había detrás de semejante movimiento fue la intención de reinventar la patria, de ampliar los límites de lo nacional para introducir nuevas ideas y construir sobre las viejas una Colombia más acorde con las necesidades que un nuevo siglo exigía. Así, no es extraño que de esa época date un gran auge de discursos y símbolos que celebraban lo nacional, pues ello tenía como objetivo fortalecer en los ciudadanos la certeza de que estaban viviendo en un mejor país.

No obstante, y pese a que muchas divisiones del país vieron en esas transformaciones un incuestionable avance y una mejora, lo cierto es que muchas otras mostraron su inconformidad y su recelo a tan numerosos cambios y a relegar algunas de las costumbres que habían caracterizado a la Colombia de entonces. Lo anterior desencadenó un enfrentamiento

de ideas que se manifestó en casi todos los ámbitos como el político, el artístico, el económico, el racial y el cultural.

De ahí que sea necesario entender cómo se formuló la idea de nación, pues este no fue un proceso unívoco, lineal o completamente determinante, sino el resultado de la asimilación de ciertas ideas sobre otras, de la visibilización de unos sujetos sobre otros y del empoderamiento de unas prácticas que constituyeron y dispusieron las condiciones para una lucha entre la tradición y la contemporaneidad —aspectos que si bien se han transformado, definieron la historia del país y la Colombia de hoy—. Por esa razón no es posible hablar de una sola nación o al menos de un solo proyecto, ya que la Colombia de esa época se caracterizó, aunque no mucho más que en las otras épocas, por ser un país dividido y a la vez centralizado.

Dicho lo anterior, y como ya se ha mencionado, quiero proponer en este trabajo un análisis de una revista de carácter literario, la cual, a mi entender, formuló un proyecto nacional en el marco de modernización y progreso característicos de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Ello porque considero que desde los estudios literarios se puede contribuir, desde su especificidad, a la comprensión de una nación y de un periodo marcado por el cambio y por la pugna; dialogando, reproduciendo y problematizando muchas de los discursos y reflexiones de la época. De la misma manera, también creo que un estudio que incluya como objeto de investigación a la prensa contribuye a ampliar aquello que se ha entendido como lo estrictamente literario. Mi análisis apunta, transversalmente, a que la literatura se ha definido y se define a través de diversos canales diferentes al libro en el contexto colombiano del siglo XIX y de la primera parte del XX, con la prensa, la cual constituyó el espacio más efectivo para su difusión y su consolidación.

Así pues, en 1933, y bajo la dirección del poeta Víctor Eduardo Caro (1877-1944), nació *Chanchito: Revista Ilustrada para Niños Colombianos*. Una publicación que, pese a haber circulado por poco tiempo (desde julio de 1933 hasta noviembre de 1934), no tuvo un igual dentro de la historia de la prensa en Colombia, debido a sus características únicas y al hecho de haber considerado a los más jóvenes como lectores hábiles. Precisamente, como principal editor y escritor, Caro dejó su impronta personal en la revista, ya fuese en un poema infantil de su autoría, en una semblanza acerca del poeta nacional Rafael Pombo o en una larga consideración sobre la guerra. Todos aquellos aspectos fueron parte de un proyecto que se

planteó, como era costumbre en las publicaciones seriadas, en la primera editorial, con el propósito de hacer saber a sus futuros lectores los principios y el enfoque que tomaría la revista durante las siguientes entregas.

Por fin queridos lectores, logramos realizar el proyecto acariciado hace mucho, de publicar una revista que responda a vuestras aspiraciones y anhelos y sea como el espejo del alma nacional infantil en Colombia, fuera de algunos periodiquillos de escasa importancia y reducida circulación, los niños no tienen, ni han tenido hace mucho tiempo, un órgano especial, una revista propia, lo cual es como si dijéramos, que no han jugado trompo, ni echado cometa. *Chanchito* aspira a llenar ese vacío, a satisfacer esa necesidad, y ambiciona llegar a ocupar en nuestra vida el puesto que tienen entre la gente menuda de otros países las publicaciones de esta clase...Y acudirá a las casas donde haya niños, que son todas las casas del territorio colombiano, esperando a que respondáis, buenos amiguitos, a su llamamiento con un ademán de alegría. (*Chanchito*, N°1, Vol. 1, Pág. 6¹)

Establecido lo anterior, es necesario señalar dos puntos: en primer lugar, la conciencia que Caro tenía de que en la revista se estaba formulando un proyecto que no tenía precedentes en la historia del país; y, en segundo lugar, su ambición de que esta fuese como “el espejo del alma nacional infantil en Colombia”. A mi entender, estos dos aspectos privilegiaban un discurso de lo nacional que la literatura, al igual que los otros contenidos publicados, ayudaba a consolidar.

De igual manera, me interesó el estudio de *Chanchito* porque revelaba, dada su fecha de publicación, otros tres aspectos muy interesantes: el primero, la tremenda confrontación entre las ideas y los discursos que peleaban por quedarse o por fortalecerse, característica que debe entenderse como propia de principio de siglo; en segundo lugar, la formulación de un proyecto con tintes nacionales propuesto por un miembro de la clase ilustrada del país² y en tercer lugar, la inclusión de unos sujetos, los niños, quienes pocas veces en la historia habían tenido alguna representación histórica.

¹ Dado que la revista fue publicada por números y por volúmenes, y que esa es la forma en que se conserva en la Biblioteca Nacional de Colombia (el principal archivo donde se revisó y estudió esta publicación). Voy, en adelante, a citarla especificando volumen, número y página. De la misma manera, el nombre de la revista será abreviado y pasará a mencionarse solo como *Chanchito*.

² Aquello se conecta con la tesis y las ideas de Benedict Anderson expuestas en su libro *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, en las que él afirma que los proyectos nacionales fueron formulados y materializados por las clases ilustradas de los países en cuestión. En el caso latinoamericano fueron los criollos quienes definieron las líneas de un país más acorde a sus principios y el cual legitimaría su dominio.

Finalmente, y expuestos los motivos anteriores, será parte del objeto de este trabajo conceptualizar y definir la noción de literatura manifestada en *Chanchito*, pues esta es fundamental para el proyecto nacional formulado por la revista. Aquello implica rehacer de alguna manera el entramado de discursos sociales y culturales del país y de la época, privilegiando una mirada desde los estudios sociológicos e históricos de la literatura que pueda contribuir a explicar el proyecto nacional de una revista infantil a principios del siglo XX.

Expuesto lo anterior, el propósito de este capítulo será presentar un panorama histórico y conceptual desde el cual entender el proyecto formulado por *Chanchito*. Así, se analizará la formación de la prensa literaria en la que se evidencia que la búsqueda de lo nacional y la formación de proyectos fueron determinantes para su consolidación —de igual modo, espero que este aparte también sirva para justificar, parcialmente, la importancia de los estudios que involucran la prensa y la literatura— De la misma forma, se intentará reconstruir algunas de las reflexiones y debates más importantes del siglo XIX en torno al tema de lo literario y de la poesía (Baldomero Sanín Cano y Miguel Antonio Caro), pues estos ayudaron a formar el concepto propio de la época, con el cual tanto la revista como Víctor Caro dialogaron. Por otra parte, se expondrán las ideas y discursos más importantes de principio de siglo, ya que este fue el contexto en el que nació la publicación. Y en último lugar, se expondrán y analizarán algunas medidas y reformas educativas que determinaron el rol del lector infantil en Colombia. Todo ello, espero, con el objetivo de proporcionar una visión más general sobre las dinámicas sociales, políticas y culturales de la época que sustentaron la fundación de la revista.

La formación de la prensa literaria: antecedentes de una búsqueda nacional

La fundación del *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá* (1791-1797) supuso el inicio de la prensa en Colombia. La necesidad de crear un objeto cultural, así como las políticas educativas de los Borbones de convertir a la Nueva Granada en un nuevo ambiente

de intelectuales, aceleraron la creación de un espacio propicio para la recepción de ideas políticas y culturales provenientes de España, pero también para la difusión de ideas científicas, filosóficas y literarias (Torres 178).

Pese a que el carácter de la publicación era oficial, lo cierto es que el *Papel Periódico* fue el primer rotativo en el que se publicaron masivamente textos literarios, aunque dichos textos no tuvieron para ese entonces una naturaleza independiente, pues hacían parte del contenido útil o de divertimento que debía tener el periódico para ser completamente comercial (180). De esa manera, Antonio Cacia Prada resalta la labor casi titánica de dicha publicación al intentar un proyecto semejante para el escaso grupo lector característico de la época. “[...] El objetivo que se propone su director y que se refleja en todas las ediciones es el de enseñar. La dura brega de su formación intelectual lo convierte en un apóstol de la educación, y por ello, en vista de que en Santafé no hay medios para imprimir libros, le pone toda el alma a la empresa de su periódico” (55).

Ahora bien, el deseo de los Borbones de concretar un proyecto nacional y cultural a través de la prensa no fue solamente importante por haber dado inicio a la formación de los periódicos y revistas en el país, sino porque determinó el énfasis que estos tendría durante todo el siglo XIX y la primera parte del siglo XX. Hablo de la necesidad por parte de algunos escritores —agentes culturales, si se quiere— de crear espacios culturales masivos y, si se quiere, elitistas (se debe considerar que la mayoría de la población era analfabeta, por lo que la difusión de la prensa se limitaba a los círculos letrados), oficiales o no, en el marco de las batallas ideológicas y políticas, cuyo centro de difusión y debate era la prensa.

Lo cierto es que la prensa fue uno de los escenarios políticos más importantes, principalmente porque se convirtió en el lugar de comunicación masiva del momento y, por ello, en el eje de los enfrentamientos de ideas y argumentos entre los políticos más importantes de la época. Hay que recordar, por ejemplo, la aparición de un periódico como *La Bagatela* (1811), publicado por Antonio Nariño solo un año después de la Declaración de la Independencia, y en cuyas páginas se insistía en la necesidad de menguar el excesivo centralismo al que apuntaba Santander (Moreno 197). Justamente, frente a la necesidad de crear proyectos culturales se agregaba la idea de inventarse una nueva nación con sus propias ideas y modelos políticos y económicos, pues era necesario luego de que el país se separó de los valores y modelos españoles. De esa manera, en esa época se advierte un renovado auge por la creación

de publicaciones oficiales con el ánimo de “acentuar y arraigar el sentimiento autonomista y antiespañol de los criollos” (Torres 180).

Por otra parte, los periódicos con un énfasis político, en algunos casos satíricos, no eran los únicos que circularon durante el siglo XIX. Al mismo tiempo, se difundieron textos de carácter pedagógico, de variedades, informativos o literarios, aunque difícilmente podían dejar a un lado las ideas y las presiones políticas tan radicales del siglo XIX. La literatura (poesía, novela, ensayo, biografía, teatro), pese a formar parte de la mayoría de las publicaciones, no tenía un carácter diferenciado de los discursos políticos, las arengas patrióticas o los textos científicos. Esa independencia, de hecho, solo se consiguió hacia finales del siglo cuando llegaron a Colombia las ideas relativas al modernismo. Así, la literatura en casi todos los periódicos y las revistas apareció como un valor agregado, en algunas ocasiones para dar “variedad y amenidad” y muchas veces de manera marginal.

De esa forma, una publicación como el *Papel Periódico Ilustrado*, fundada por Alberto Urdaneta en 1881, tal vez el primer periódico de la historia del país que vinculaba técnica, ilustración y grabados con el contenido, comprendía no solo la sección dedicada a los textos literarios, llamada “Lectura”, sino que incluía otras secciones como “Historia”, “Agricultura” o “Ciencias”. La literatura estaba determinada por otros muchos aspectos relacionados con la “búsqueda de la identidad nacional”, que no adhería a una posición política explícita (Torres 37). Otros periódicos, a diferencia del anterior, sí se asociaban abiertamente a posiciones y discursos ideológicos, y allí los textos literarios tenían una mera función instrumentalista, como medio de difusión de ideas políticas o con un fin moralizador. Ejemplo de ello es *El Tradicionista*, periódico dirigido por Miguel Antonio Caro durante 1871 y 1876, antes de llegar al poder, y en el que expresaba ideas antirradicales y de corte conservador, cristiano e hispanista.

Otro tanto podría decirse de los periódicos con un énfasis literario definido, como fue el caso de *El Mosaico* (1858-1872), dirigido por los hombres de letras más importantes de la época como Eugenio Díaz Castro, José María Vergara y Vergara, Ricardo Carrasquilla, José Caicedo Rojas, José David Guarín, José Manuel Marroquín, Felipe Pérez, Manuel María Madieto, José Joaquín Borda, Ángel María Gaitán, Eugenio Díaz, Lorenzo María Lleras, Mariano G. Manrique y Ricardo Silva. (Cacua 105) *El Mosaico* privilegió los contenidos literarios porque “[...] Las cuestiones políticas i los odios personales los dejamos para mejor

ocasión; por ahora únicamente publicaremos lo que se nos envíe, relacionado con las ciencias i las glorias del país donde nacimos” (107), convirtiéndose, paulatinamente, en un centro de intercambio de ideas entre los intelectuales más importantes de la época. De la misma manera, en 1858 y de la mano de Felipe Álvarez, se fundó la *Biblioteca de Señoritas*, revista literaria destinada a las lectoras femeninas.

Nosotros hemos dicho: confiemos a la solicitud i al patrocinio de las damas la tarea que siempre ha fracasado aquí en manos de los hombres. I ciertamente, una obra como la *Biblioteca de Señoritas*, consagrada enteramente a las letras i a las bellas artes, a esparcir a toda nuestra República los conocimientos necesarios a toda educación elegante, no puede encomendarse más que a las señoras, como las más interesadas en el progreso moral de la sociedad. (Cacua 168)

Ahora bien, desde que se publicó en Colombia el primer periódico, el *Papel Periódico...*, se advirtió la dificultad que tenían las publicaciones de prensa, sobre todo las de carácter literario, de mantenerse a flote. La falta de suscriptores, que eran una de las principales fuentes de financiación de una publicación privada, evidenciaba la ausencia de un verdadero público lector.

El problema, pues, parecía ser de suscriptores, esto es, un problema económico relacionado con la existencia de un público exclusivamente lector de la literatura. El texto literario, que aparece invariablemente en todas las primeras publicaciones periódicas colombianas, se leía como “variedad”, en el mejor de los casos como “lectura amena” y de ahí que no se entendiera fuera del contexto divulgativo del periódico. (Torres 183)

La necesidad de un público lector de literatura no era el único problema al que se enfrentaban las publicaciones seriadas: la censura, característica de casi toda la historia de la prensa en Colombia y en Latinoamérica, también determinó el cierre de innumerables periódicos y revistas, principalmente durante las épocas asociadas a regímenes y dictaduras como la de la Regeneración, a la cabeza de Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro, o la dictadura de Rojas Pinilla (Torres 184). Dicha situación obligó a los periódicos a cambiar de posturas para evitar su inminente fin o a circular ilegalmente, y a los escritores a publicar anónimamente o con seudónimos.

Ahora bien, la importancia de la prensa en Colombia es incalculable a la hora de estudiar la historia de la literatura en Colombia. Así, a falta de un espacio semejante, la prensa se

convirtió en el lugar idóneo para la publicación, circulación, lectura y crítica de los textos literarios.

Críticos como Rafael Gutiérrez Girardot, y un poco después Renán Silva, consideraron la prensa dentro del estudio de la *institución literaria*³ en el sentido en que las nuevas condiciones materiales de la prensa posibilitaron una nueva cadena de relaciones entre los escritores, los lectores, la crítica, los editores y la imprenta. Para ellos, la prensa del siglo XIX fue el espacio donde se definió la autonomía del escritor, el debate de sus ideas y la difusión de su literatura. Por esa razón, el análisis de las revistas y las publicaciones por entregas resulta tan pertinente a la hora de pensar la literatura y los efectos que tuvo esta sobre la época.

No obstante, para entender la influencia de la publicaciones seriadas como periódicos y revistas, sobre la concepción de la literatura es necesario retomar dos aspectos importantes: uno, que como empresa —pues es así como se planteó la prensa y en general las publicaciones seriadas— se impuso la necesidad de crear un público lector/consumidor, y dos, el papel que ocuparon quienes participaron en ella, pues la mayoría de ellos fueron colaboradores, directores, fundadores y patrocinadores, todo a un mismo tiempo.

Casi sin excepción, los escritores colombianos del siglo XIX, poetas, ensayistas, dramaturgos, neoclásicos, románticos, costumbristas o modernistas, hicieron sus armas, militaron y maduraron en la prensa escrita. Ello también determinó que se convirtieran en hombres públicos, que permanecieran tan cerca de los avatares políticos y que, en muchos casos, lograran una ineludible popularidad. El escritor, antes que autor de libros, objeto que, respecto del periódico, no solo obtuvo una escasa difusión sino que llamó menos la atención de editores e impresores, era fundador, director o colaborador asiduo de uno o varios periódicos. (Torres 181)

Lo primero conlleva el hecho de que para la época no existió como tal un espacio autónomo para la difusión de la literatura, y, con ello, se resalta la falta de un público lector de textos

³ En su artículo “Tres revistas colombianas de fin de siglo”, Gutiérrez Girardot sostiene que la prensa hizo parte del proceso de profesionalización del escritor en Latinoamérica en reemplazo de la figura del mecenas. La prensa es entendida por Gutiérrez Girardot desde el estudio de la sociología de la literatura, ya que las revistas fueron un elemento clave para entender el proceso en el cual el capitalismo modificó las prácticas asociadas a lo literario. La otra perspectiva la aporta Renán Silva en su texto: *Prensa y revolución a finales del siglo XVIII: contribución a un análisis de la formación de la ideología de independencia nacional*, en el cual se afirma que la prensa es una “institución privilegiada de la sociedad moderna”, pues fue esta “termómetro” de lo que sucedió con las sociedades, al tiempo que un medio de expresión de su ideología.

literarios, a la cual la prensa tuvo que hacerle frente. Lo segundo implica, siguiendo de nuevo a Gutiérrez Girardot, que los llamados intelectuales en Colombia necesariamente se formaron en los periódicos y revistas del país, dado que estos se convirtieron en los espacios más efectivos para la comunicación y debate de las ideas más importantes. De esa forma, la prensa llegó a tener una función muy importante en la educación y en la formación de los intelectuales.

Dicho lo anterior, durante la segunda mitad del siglo es cuando, según Myriam Díaz, se consolidó la prensa literaria con un carácter definitivo y con el objetivo de difundir la literatura y no la propaganda política o, al menos, con la intención de hacerlo: “[...] con el fin de divulgar, cultivar y desarrollar la literatura. Ya en el primer periódico literario se manifiesta el propósito de permanecer alejados de los asuntos políticos y religiosos, anhelo presente en casi todas las publicaciones literarias, puesto que ellos se convierten en obstáculos insuperables para el mantenimiento de la publicación” (199). A su vez, continúa Díaz, el modelo francés influyó en la aparición de las publicaciones de carácter literario, el cambio de nombre y su transformación de periódico a revista; algunos de los principales cambios materiales de la prensa desde su surgimiento en el siglo XVIII.

Con ese fin aparecieron las primeras revistas literarias en el espectro de la literatura colombiana. Son ejemplo de ello *La Estrella Nacional* (1835) y *El Albor literario* (1846), que nacieron con el objetivo de divulgar contenidos literarios de alta calidad. Mientras tanto, y pese a que la intención de muchas revistas fue la de cumplir a cabalidad esa supuesta independencia, lo cierto es que muchas veces terminaron por prevalecer los intereses políticos de los directores de las publicaciones. Fue el caso de *La Estrella Nacional*, que sobrepuso a su intención de difundir la literatura y la educación literaria, los debates políticos y educativos de la época (Díaz 199).

De la misma manera, la prensa de finales de siglo se convirtió en el espacio propicio en el cual confluyeron las ideas tradicionales y las ideas relativas a los movimientos literarios extranjeros, que habían suscitado grandes debates. El modernismo tuvo sus máximos exponentes y defensores, como Baldomero Sanín Cano, quien debatió en la prensa sus ideas sobre literatura y poesía frente a intelectuales como Miguel Antonio Caro y Antonio Gómez Restrepo. Asimismo, con la entrada del siglo XX y de la llamada modernización y apertura al progreso, la prensa se convirtió, en definitiva, en un medio masivo gracias a los distintos

cambios técnicos que supuso una cierta industrialización; a ello habría que sumarle la apertura a lo popular, por medio de insumos como las imágenes, fotografías y caricaturas, y la intención, por parte de algunos gobiernos, de fomentar la educación popular (Torres 39).

Hacia una idea de literatura: Miguel Antonio Caro y Baldomero Sanín Cano

En efecto, la prensa proporcionó un espacio de publicación, participación, debate y legitimación de ideas que gradualmente alcanzó a transformar la difusión de la literatura. Y es que durante una buena parte del siglo XIX, y solo con algunas excepciones, la publicación en periódicos fue una de las pocas formas en que un escritor podía garantizar la lectura de sus textos, sin remuneración, a cambio de ver su nombre impreso. La profesionalización del escritor de prensa solo se consolidó, según Torres Duque, con la aparición del periódico *El Telegrama* (1886), primero en pagar a sus colaboradores (34).

Justamente, no solo se estaba definiendo la profesionalización del escritor, como sostiene Gutiérrez Girardot, también se estaban formando públicos lectores para cada revista y una incipiente forma de la crítica literaria, que David Jiménez Panesso ubica a inicios del siglo XX, y que durante el siglo XIX se confundía con el discurso político o académico y con ciertas ideas estéticas y religiosas, o bien era entendida como parte de ensayos sociológicos donde se privilegiaba la búsqueda de la identidad nacional (Jiménez, 1992 162).

Así pues, personajes de la talla de Miguel Antonio Caro y Baldomero Sanín Cano sostuvieron en la prensa, principalmente en la *Revista Gris* (1892-1896) y la *Revista Contemporánea* (1904-1905), y a través de misivas públicas, encarnizados debates acerca del quehacer de la literatura y del escritor. Lo que se enfrentaba allí no solo era la postura de dos intelectuales, sino también la tradición de casi un siglo de ideas que privilegiaban un orden humanista y religioso de la literatura, representado por Caro, contra las recientes ideas modernistas expresadas en Colombia, en parte, por Sanín Cano y por el poeta José Asunción Silva, quienes apelaban por la autonomía del arte.

Es con la publicación del artículo de Sanín Cano “Núñez poeta”, en 1888 que, según Jiménez Panesso, se desencadenó toda la polémica, ya que fue allí donde el joven expresó

abiertamente la necesidad de liberar el arte y la poesía de toda función externa. Su valor ya no debía residir más en el poder político o sociológico, sino en sí misma:

El arte verdadero, sin mezcla de tendencias docentes ni exageraciones de escuela, no es cosa, según se ve en sus versos, muy conocida o respetada por Núñez. Para él, el arte más que otra cosa, es un utensilio político de que ha hecho uso con muy buena pro. No hay por qué censurar una tendencia que está hoy en día tan extendida, como es reducido el número de los que adoran el arte por el arte; pero a lo menos el público debía hacer diferencia entre versos profesoriles y la poesía verdadera que vive tan solo de la naturaleza y antepone el sentido de lo bello a toda otra clase de consideración. (Sanín en Jiménez, 2002 251)

La anterior cita condensa dos actitudes de fin de siglo: la primera, la crisis de las humanidades entendida en el contexto de Caro como la pérdida de la relación entre el letrado y el poeta, entre la esfera de lo público y el arte. Con el advenimiento del modernismo la poesía se enrareció, su significado pasó necesariamente por lo subjetivo. Se exigió, por eso, que no se la mirara más con los ojos de la religión, de la política o la moral, sino con los suyos propios. Esa autonomía fue a lo que más temía Caro y así lo expresó en 1880:

Jamás os diré, con aquéllos que a título de propagar las luces fanatizan la instrucción, que la ciencia en su más alto grado, ni menos cuando es incompleta y superficial, basta por sí sola a formar buenos ciudadanos. No, el saber no es una virtud, ni engendra la virtud, ni suple por la virtud. La filosofía, por luminosa y profunda que sea, dice a este propósito el cardenal Newman, no tiene imperio sobre las pasiones, ni motivos que determinen la voluntad, ni principios que vivifiquen las almas. (Caro Tobar 236)

La nueva poesía y, sobre todo, el género de la novela, eran peligrosos en ese sentido, porque liberaban su significado de la sumisión a una verdad externa. Esta verdad es lo que Caro llamaba la “idealidad”, que no obedecía a la realidad que vemos reflejada en la naturaleza o en los hechos externos, pues incluso esta puede no reflejarla con claridad, sino a una realidad *a priori*; una suerte de modelo espiritual anterior a todo lo que conocemos y que casi siempre corresponde con la doctrina católica (Jiménez, 2002 248).

La segunda actitud fue la asumida por Baldomero Sanín Cano y José Asunción Silva, quienes consideraban que el arte debía fundarse en su propia autonomía, independiente de cualquier poder y abierto a las influencias extranjeras que redefinieran lo nacional. Lo que propuso Sanín Cano no había tenido precedente; se distanció de los principios modeladores de la tradición hispanista y conservadora, y promovió un nuevo acercamiento a la literatura, que

necesariamente implicó la creación de un nuevo tipo de escritor y de lector de poesía: "[...] La obra de arte ha venido a ser considerada como un fin y no como un medio, no es un 'recurso de dominación', es universal y 'se basta a sí misma'" (Sanín en Jiménez, 2002 252).

La polémica entre quienes deseaban mantener la tradición y los lazos con los clásicos (los humanistas) y los modernistas, quienes abiertamente determinaron una ruptura con el pasado y crearon la necesidad de otras condiciones materiales y espirituales para la literatura, puso sobre la mesa otra cuestión distinta, que ya los románticos habían sugerido: la necesidad de estudiar la literatura a partir de los límites y las fronteras de lo nacional. Los modernistas repensaron los modelos estéticos, tornando la mirada a los escritores franceses y europeos de la época, pues "el arte es universal" (Sanín en Jiménez, 2002 253), alejándose definitivamente de los españoles y de la reverencia a la gramática y a la filosofía. Su idea de lo nacional incluía ampliar las fronteras incorporando las influencias extranjeras.

Los críticos suponen que pueden decir, al tomar una obra, dónde acaba lo que es fundamentalmente castizo, dónde empieza el influjo de lo extranjero o de lo exótico, por qué el autor se vuelve hacia el Norte, o por qué torna, según el caso, sus miradas hacia el Sur. Sí lo dicen, aunque no resulta muy verosímil el que ellos lo crean así como lo dicen. En el momento actual de la civilización es casi un imposible conservar una literatura sana de todo influjo extranjero. Baste un ejemplo. En las páginas tan llenas de jugo y de inteligencia en que Jorge Brandes ha rastreado el influjo de Goethe en la literatura danesa, observa que después del año de 1870 hubo en aquellas latitudes reacción contra lo alemán en política, en filosofía y en las letras. Los daneses de aquella generación quisieron olvidarse de Goethe, el ídolo que fue y el director espiritual de varias generaciones anteriores. Cuando les pareció que lo habían olvidado, creyeron tal olvido justificado por ser Goethe de tierra alemana. Quitaron los ojos de aquella literatura y se pusieron a estudiar la francesa con mucho amor inteligente. Brandes, con aquella sagacidad con que descubre el rumbo de las corrientes literarias y las sondea, nos muestra a los jóvenes daneses inficionados, afortunadamente, del autor de *Fausto* por el intermedio de Taine, de Sainte-Beuve y de otros escritores franceses. Con citar este caso basta para tachar de ineptos los esfuerzos que quieren hacer algunas personas, muy bien intencionadas, por otra parte, para extender como cordón sanitario alrededor de las provincias literarias. (Sanín)

Lo nacional tuvo eco en la literatura colombiana y en quienes la consideraban como parte de la necesidad y la herencia de la independencia, esto es, la formación de una nación emancipada y libre. Uno de los precedentes más importantes relativo a ello fue la discusión que surgió entre Domingo Faustino Sarmiento y Andrés Bello, debate que de alguna manera

también tuvo eco en Caro (Jiménez, 1994 17). Ambos escritores volvieron sobre la pregunta, entre otras, de si se debería conservar o no la larga tradición mantenida con España y con ello, con ciertos modelos estéticos clásicos, o volver, en cambio, la mirada sobre las literaturas europeas románticas.

Para Caro, unas décadas después de Sarmiento y Bello, esta discusión seguía siendo actual, puesto que veía en la incipiente modernidad fuertes señales de que el arte emparentado con lo político, con la religión y con la lengua castellana estaba cambiando. “Desde sus primeros escritos, Caro señaló con claridad que el pensamiento moderno, más que en sus consecuencias tecnológicas, debía ser comprendido y combatido en su principio radical: el individualismo y la aspiración a la autonomía de la razón” (Jiménez, 1994 15).

Caro representaba la larga tradición humanista y academicista colombiana que le exigía a la literatura la tarea de formar en la verdad. Una práctica que contribuía, junto con otros saberes, es decir, como un simple conocimiento que participaba en la constitución moral y social del buen ciudadano y por ello, de una nación, pero que no tenía valor en sí mismo. “[...] Las artes liberales por sí solas son vana ostentación, porque las letras no saben curar las enfermedades del ánimo. ¿Dónde está aquel cuyos defectos hayan corregido, cuyos apetitos hayan refrenado? ¿Qué corazón podría preciarse de que ellos lo hayan hecho mejor, más noble y fuerte, más justo y generoso?” (Caro Tobar en Jiménez, 1994 238). De allí proviene la función moral y pedagógica que tiene la literatura, que va a retomarse durante el siglo XIX colombiano y que gradualmente cambió, entró en crisis, hacia principios del siguiente siglo, cuando la literatura por fin entraba en una lucha por lograr una definición propia y autónoma.

Acaso la definición de literatura formulada por Caro se pone en tensión cuando la introducción de ciertas ideas venidas del extranjero empiezan a influir en algunos hombres y a circular, parcialmente y por medio de la prensa, con el objetivo de proponer un olvido del pasado y una invitación a repensar lo nacional y a vivir esa nueva modernidad en ciernes. Lo moderno se entiende aquí como parte de un espíritu de cambio, el cual no es definitivo, sino que participa de un proceso que las discusiones entre Bello y Sarmiento dejan vislumbrar, a pesar de originarse mucho antes que ellos. Ese cambio no se da solamente en el aspecto económico, pues es clara la influencia del sistema capitalista, que ya ha empezado a transformar algunos aspectos sociales y culturales de Colombia y que apenas en las primeras décadas del siglo XX se fortalece. De esta manera, la literatura opera como una institución

transformada y transformadora de esas nuevas condiciones espirituales y materiales, al mismo tiempo que los escritores, los estudiosos, los lectores y los editores de esa misma literatura también se transforma con ella.

En efecto, ese proceso no tiene un *modus operandi*, no concuerda con una fecha histórica, pues pueden verse manifestaciones disímiles en tiempos distintos, bajo diferentes circunstancias y jalonadas por varios hombres. La respuesta de Caro fue solo una de las posibles expresiones frente a un tiempo que estaba siendo caracterizado por los diferentes cambios. Él enfrentó lo clásico a lo moderno, en tanto que Sanín sobrepuso la esperanza en un tiempo futuro en el que la literatura gozaría por fin de autonomía con respecto a la esfera pública y religiosa. Al tiempo, y como es entendible, se dieron otras expresiones que modificaron la noción de la literatura hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX. Unas, para manifestar la necesidad de volver a nuestras raíces, como lo exigieron desde sus perspectivas Antonio José Restrepo y Tomás Carrasquilla, y otras, para abrazar algunas actitudes relativas a lo moderno y al anhelado progreso, como lo hicieron Carlos Arturo Torres y Max Grillo.

Esas ideas surgieron en el marco de una época de apertura económica en Colombia y en Latinoamérica. Por esa razón, la distinción entre modernidad y modernización es necesaria, pues, aunque son correlativas, la segunda se refiere a los procesos técnicos, industriales y materiales en relación con el sistema capitalista que hacía la primera parte del siglo XX consolidó ciertos modos y actitudes en la mayoría de países americanos. El comienzo de siglo supuso también una apertura cultural y de intercambio de ideas que no tenía precedente. Comprender esa época desde los cambios políticos, sociales y económicos será necesario para tener una visión más clara acerca de las ideas sobresalientes, del concepto de literatura y del devenir de la prensa.

Visiones y tensiones de principio de siglo: en busca del progreso y la modernización

Muchos historiadores coinciden en afirmar que en la primera parte del siglo XX, específicamente en la tercera década, se materializaron en Colombia las ideas relativas al progreso, la modernización y las diferentes prácticas asociadas al sistema capitalista. Así lo

hace Carlos Uribe Celis en su libro *Los años veinte en Colombia: Ideología y cultura*, en el cual sostiene que la Colombia de principios de siglo era considerada una aldea. Apenas si podían movilizarse ideas del centro, de Bogotá, hacia las otras ciudades del país. Las ciudades, por esa razón, estaban muy aisladas unas de otras, obligadas a funcionar de manera autónoma. Al mismo tiempo, más del 70% de la población seguía viviendo y manteniéndose gracias al trabajo en el campo (67).

Así, las ciudades, continúa Uribe Celis, no estaban constituidas como tal y el acceso a la electricidad y al alcantarillado eran prácticamente nulos⁴. De igual modo, sistemas de transporte, como el tren no fue estructurado hasta bien entrado el siglo. El país como se conocía estaba cambiando; hubo una lenta transición de las ideas y prácticas tradicionales del siglo XIX a las formas modernizadas, y en ese proceso, una lucha entre las ideas de antaño y aquellas que peleaban por quedarse (27). Fue la acelerada incorporación del país al capitalismo, y con ello, el surgimiento de una nueva actitud, lo que explica parcialmente el problema de la adecuación social a las prácticas económicas y sociales de un nuevo sistema.

El rápido crecimiento de las ciudades, simultáneo al crecimiento industrial, que fue característico de las primeras décadas del siglo, no solo implicó que la población rural, predominante en la época, pasará a vivir a las ciudades; los problemas sociales que conllevaba ese fenómeno no se hicieron esperar, y la criminalidad, la prostitución y la aparición de los llamados “indigentes y desocupados” empezaron a poblar las principales ciudades. La configuración de una constitución social basada en nuevas clases sociales se estaba formando: “[...] De la ‘clasificación’ de ‘gente bien’ a ‘indios’ pasamos a una ciudad más compleja con agrupaciones de asalariados, empleados, obreros calificados, y no simples peones” (Uribe 43).

Así, la precipitación económica y el auge industrial que dominó la entrada del siglo aceleró cambios en la actitud del Estado y hacia el Estado. Lo que hasta ese momento no se había concretizado, esto es, reformas industriales y económicas para que el país se adecuara a una nueva era marcada por la modernización y el cambio de tradiciones, se planteó hacia la primera parte del siglo como una necesidad, como una forma de encaminar al país a la vida

⁴ La Bogotá de principios de siglo no fue muy distinta de cualquier otro pueblo del país. Sobresalían los ambientes rurales y la ciudad, con unos cien mil habitantes, apenas y contaba con algunos servicios, contribuyendo de esa manera a la propagación de las enfermedades, a las epidemias y a las muertes prematuras. El servicio de acueducto se construyó en 1888 y solo se proporcionaba a ciertos sectores de la ciudad. Asimismo, el servicio de luz llegó a cubrir a una pequeña parte de la ciudad hasta la segunda década del siglo XX (Uribe 87).

que siempre había esperado. Ahora bien, esa tendencia se planteó desde diversos puntos, pero fue, en gran medida, el objetivo de los programas oficiales de la Colombia de principio de siglo. “Respire polum, es decir, olvidaos de vuestros viejos dioses tutelares e inspiraos en el Tío Sam, cambiad de Norte, o mejor, ahora sí, ¡cambiaos al Norte!” (Marco Fidel Suárez en Uribe 56).

Lo anterior es llamativo cuando se compara con la postura que tan solo unas décadas atrás había predominado en los políticos colombianos, para quienes cualquier inclinación distinta a las humanidades era vista con sospecha. “[...] Este academicismo y gramaticalismo que más tarde trasmutaría en hispanofilia es, junto con el catolicismo, pivote principal de la cultura colombiana tradicional, de eso que podemos denominar con una expresión deliberadamente académica: la cultura católica-conservadora de entorno rural predominante” (Uribe 48). En cambio, para ese periodo en cuestión, el principio de siglo, los políticos que habían dominado la escena durante el siglo XIX eran repudiados por haber sumido al país en el atraso y en las tradiciones viejas y anquilosadas.

Lo cierto es que la relación entre el poeta y el político se fue transformando a la par de las necesidades de la época: “[...] mientras que en el resto de Latinoamérica gobernaban reclutas, en Colombia gobernaban poetas” (Marroquín Ricaurte en Uribe 69). En consecuencia, el atropellado desarrollo de la industria exigió hombres preparados en economía e ingeniería; hombres que estuvieran dispuestos a la formación de una sociedad que abrazara el progreso y la industria y que tuvieran una relación distinta con la ciencia y con las artes. La conexión con la religión, bastión de los anteriores gobiernos conservadores, se hizo tensa, pues para varios sectores de la sociedad era necesario un nuevo enfoque para la educación, tal vez uno laico.

Pues bien, un cambio que aparentemente solo fue económico terminó por configurar una estructura de pensamiento extendida a todos los sectores sociales como parte de una nueva “educación sociológica” (Uribe 95). Habría que considerar aquí el aspecto político, pues es una más de las posibles aristas para comprender el cambio social y cultural que se dio hacia comienzos de siglo. La historia política colombiana durante buena parte del siglo XX estuvo caracterizada por el enfrentamiento entre las dos tendencias políticas imperantes en la época: el conservadurismo versus el liberalismo, que, de acuerdo con Jorge Orlando Melo en el artículo “La República Conservadora”, fue el principal problema nacional entre 1880 y 1930, ya que se buscaba un sistema oficial que fuera aceptado por los dos movimientos. El tema

religioso, principalmente, fue el que determinó la distancia de los miembros de los dos partidos en el siglo XIX, aunque eso no impidió momentáneas uniones con el objetivo de atraer inversión e industria extranjera.

Con el fin de la hegemonía conservadora y el comienzo de las políticas liberales en 1930, el país se enfrentó a una situación sin precedentes. Para un amplio sector de la sociedad el cambio que se esperaba sería definitivo política y socialmente hablando: los conservadores se harían a un lado y se establecerían definitivamente nuevas políticas liberales. Tal cambio no fue concluyente ni real, pues el gobierno de Olaya Herrera, el nuevo presidente electo, se caracterizó por políticas que no distaban mucho de las anteriores conservadoras, en parte, por ser un gobierno de transición y, por otra, por la cercanía de algunos de sus colaboradores a ideas de corte más conservador.

Lo anterior se conecta con la proliferación de nuevos discursos estatales, cuyo objetivo era adecuar a los ciudadanos al nuevo sistema. Precisamente, no es coincidencia que hacia la primera parte del siglo se debatieran en Colombia y en Latinoamérica nuevas ideas sobre la raza, la higiene, el cuerpo y la educación, expresadas en las innumerables reformas políticas, administrativas y educativas, buena parte de ellas impulsadas por misiones extranjeras destinadas a propiciar y concretar una nueva actitud abierta al progreso y a la civilización. Ejemplo de ello son la reforma administrativa de 1919 y la reforma educativa de 1920.

Por ejemplo, a Colombia arribaron las ideas relativas a la raza y a la eugenesia a finales del siglo XIX, siendo propiciadas por los gobiernos de turno al incentivar una pequeña migración proveniente de Europa y de Argentina. La preocupación por la constitución racial de los ciudadanos colombianos fue incluso centro de discusión por parte de los intelectuales, los políticos y los educadores más importantes de las primeras décadas del siglo. Miguel Jiménez López, Luis López de Mesa, Emilio Robledo, entre otros, apoyaron la idea de “la degeneración de la raza”, la cual desembocó después en la idea de que la educación podía ser parte parcial de la solución (Uribe 89), pues así, ciertos modos arcaicos podrían ser eliminados de raíz en los niños, los futuros ciudadanos.

Este imaginario de unos ciudadanos más aptos o menos aptos correspondía con el imaginario de una nueva nación. La conexión con discursos provenientes de Europa, como el darwinismo social y el positivismo, junto con la necesidad de ciertos sectores sociales de superar el antiguo país anquilosado, ayudó a que se concentraran en el país ciertas ideas asociadas a un

modelo racial superior. Sigue Uribe Celis: “[...] los debates surgen como una consecuencia del cuestionamiento sobre las aptitudes de las gentes del país para soportar el empuje de la modernización, como efecto de la provisión y capacitación de la mano de obra” (37).

Otro tanto afirma Pedro Adrián Zuluaga en su texto *Literatura, enfermedad y poder en Colombia: 1896-1935* en el cual afirma, en correspondencia con Uribe Celis, que las ideas relativas a la raza fueron concebidas en el marco de la renovación y la modernización.

Para este discurso sociológico, la configuración de la nación moderna y civilizada no era posible a corto plazo en un país calificado insistentemente como “bárbaro”, “salvaje”, “enfermo”, “débil”, “atávico”. Dentro del proceso de evolución de la especie, el país era considerado un pueblo en formación; se trataba de una nación todavía en una etapa infantil, salvaje y anómala en comparación con las civilizaciones modernas. Se pensaba que la nación todavía compartía todas las características de la infancia, de los enfermos y de los anormales: debilidad de voluntad, dificultad para fijar la atención, poca capacidad de memoria, incontinencia física y psíquica, carácter instintivo y emotivo, y fragilidad física y moral. (49)

Ahora bien, si partimos de la premisa de que esa nueva preocupación por la raza fue el resultado del proceso de formación de una nación, a ello habría que sumarle un renovado control y vigilancia sobre el cuerpo y sus signos; lo que para la época en cuestión se tradujo en multitudinarias brigadas de salud e higiene. Cabe anotar que de esa época datan masivas jornadas de vacunación, la obligación de todos los niños estudiantes de colegios de portar un carnet de vacunación, las primeras cátedras de salud, higiene y educación física en los planteles educativos, la campaña antialcohólica de 1922 y el cierre de las chicherías en 1925. La configuración de un nuevo ciudadano se trasladó, entonces, a la configuración de un nuevo cuerpo físico.

Ese cuerpo, de repente tan sospechoso, o más que en la Edad Media, se volvió el objeto de una formidable campaña de higiene, corrección y refinamiento. Todas estas son señales de una gestión moderna del cuerpo: “[...] el discurso salubrista se ha impuesto sobre el concepto católico y platónico que no veía en las expresiones, percepciones y cuidados corporales más que signos engañosos” (Pedraza en Zuluaga 33)

De acuerdo con lo anterior, el debate sobre la raza, junto a una concepción distinta del cuerpo, fueron parte del problema de la “adecuación social del país al nuevo *status quo*” (Zuluaga 45) esto es, a las nuevas ideas de un país que exigía ser modernizado. La educación entendida como “la acción directa sobre los hábitos y costumbres” (47) tuvo un papel fundamental en la

construcción de esa nación al definir los nuevos límites del país, del cuerpo y del ciudadano vinculados a un discurso moral hegemónico. “[...] higienización y moralización, por su parte, estaban vinculadas en el escenario de una nueva ciudad, que se redistribuía y creaba sus centros y sus márgenes” (52). Por esa razón, no es extraño que la primera parte del siglo XX colombiano se haya caracterizado por un inusual número de reformas educativas, entre ellas la fallida misión alemana de 1924, que promovió la educación laica, la formación del docente y la formación personal del niño.

Al mismo tiempo, los discursos que promocionaron el avance de una nación unificada, asociados a la formación de un mercado nacional causado por el desarrollo acelerado del sistema capitalista, explican por qué las décadas del veinte y del treinta se caracterizaron por el auge de discursos que celebraban lo nacional. A ello habría que añadir los grandes hechos históricos de la época como la pérdida de Panamá en 1903, la guerra contra Perú en 1922 y la consolidación de la clase obrera que durante toda la primera parte del siglo tuvo un carácter patriótico muy fuerte. Asimismo, el discurso nacionalista fue trasladado a las escuelas, las cuales promovieron la formación de un sentido patriótico: otra forma de consolidar el proyecto nacional enmarcado en el contexto de un nuevo sistema económico y social, pues los niños, vistos como ciudadanos a escala, podían ser reeducados en los actualizados valores y principios colombianos. De esa forma, Uribe Celis indica que la fiesta de la bandera se estableció en 1925, el himno nacional se adoptó en 1920, y la instrucción cívica se reglamentó como materia en todas las escuelas y todos los colegios junto con otros actos conmemorativos que se formularon como obligatorios en todos los planteles de enseñanza (109).

Ciertamente, la educación cumplió un papel principal dentro del proyecto nacional colombiano característico de la primera parte del siglo XX. Estudiar la historia de la educación es al mismo tiempo estudiar la historia de las nuevas ideas políticas, sociales y económicas relevantes de la época (que llevaron al gobierno a desarrollar un sinnúmero de modificaciones y reformas en los programas y contenidos de escuelas y colegios) y sobre todo, la visión de un lector infantil.

El lector infantil y la educación en Colombia

Para hablar de la educación en la Colombia de la primera parte del siglo XX es necesario retomar ciertos aspectos del siglo XIX, específicamente de la época de la Regeneración, e incluso más atrás, pues ellos evidencian que históricamente la educación ha tenido un eje político más que educativo. Como parte de los proyectos sociales y políticos del país, aparecieron reformas y programas educativos que reforzaron ese tan anhelado espíritu de cambio y de renovación. Así es como lo sugiere Renán Silva en su artículo “La educación en Colombia (1880-1930)” al decir que: “Parece que hubiera existido una conciencia clara de la significación que adquiere una determinada orientación educativa cuando se trata de organizar una república y construir una ética y política que dominen de manera legítima en un ámbito nacional” (62).

En efecto, el enfrentamiento entre los dos únicos partidos políticos determinó el enfoque que tendrían los distintos programas de educación. Para dar una muestra de ello basta pensar en la formulación y ejecución de la constitución de 1886 (Regeneración), elaborada principalmente por el partido conservador, que devolvió al Ejecutivo todo su poder, al mismo tiempo que a la iglesia católica, y que minó todos los esfuerzos de la anterior administración liberal para hacer la educación más autónoma y laica, restituyendo al país las antiguas comunidades religiosas que habían sido expulsadas y que determinaron, con su regreso, buena parte del futuro de la educación en Colombia.

Los nuevos derroteros propuestos por la Regeneración en relación con la educación no solo se manifestaron en la renovada apertura a las comunidades religiosas, un hecho que en sí mismo resulta muy dicente. La Regeneración concentró el poder político y social en el gobierno vigente, otorgándole un poder sin precedentes e imponiendo, así, como bandera de la época, los más altos valores católicos y tradicionalistas, que definirían el norte de los programas educativos. La firma del concordato con el Vaticano, que data de esa época, lo demuestra así, pues se le confió a la iglesia la responsabilidad de proveer y autorizar los textos escolares y la contratación del cuerpo docente que, como principio, debía profesar la fe católica.

De tal forma, con la vuelta de las comunidades religiosas y la firma de la Constitución de 1886⁵, afirma Beatriz Helena Robledo en su artículo “Antecedentes del libro infantil ilustrado en Colombia, siglo XIX y primeras décadas del siglo XX”, la educación volvió a recuperar su sentido más religioso causando un retroceso en relación con un periodo en el cual sobresalió la influencia de las corrientes pedagógicas europeas, especialmente de la escuela activa, basada en las ideas del pedagogo alemán Johann Heinrich Pestalozzi, la cual consistía en:

[...] incentivar el desarrollo sensitivo, intelectual y moral del niño respetando su propio curso evolutivo, sin forzar de manera artificial ese aprendizaje. La educación se concibe como una tarea de apoyo a esos procesos naturales y se implementa el llamado método intuitivo que consiste precisamente en incentivar el desarrollo de la intuición en el niño a partir de la observación de los objetos concretos del mundo y de la naturaleza. (19)

Asimismo, el regreso de los conservadores al poder, continúa Robledo, ocasionó que todas las reformas que se habían adelantado relativas a la educación infantil, y por ende, que habían contribuido a la significación social que tenía el niño, pues hasta ese momento se había considerado como un sujeto activo en sus procesos de enseñanza, fueran relegadas (25). Así y con el advenimiento de la religión católica “[...] se pone por encima de la pedagogía el deber del niño, la instrucción moral y religiosa y su disciplina” (Robledo 26), de igual forma, sigue Robledo, “[...] se vuelven a imponer los conceptos abstractos en los métodos de enseñanza, desconociendo avances del método intuitivo y del método objetivo. Esto también se refleja en la disminución de las ilustraciones y de la utilización de la imagen como apoyo al aprendizaje” (27).

Otro tanto pasaba con el poder económico, que aunque no se desligaba de esa idea de sujeción al Estado, pues de esa época se destacan fuertes leyes proteccionistas y de control gubernamental, sobresalió un renovado entusiasmo por la técnica, por la labor artesanal; en otras palabras: por la idea de formación de una industria nacional. Ese renovado ímpetu se trasladó, como parte de una “nueva actitud hacia la educación” (23) a los diferentes programas pensados para la escuela elemental (hoy la primaria) y para la escuela básica y media (bachillerato). De esa forma prosigue Renán Silva al afirmar que en la época de la

⁵ En ese contexto se formuló el Decreto a la instrucción de 1870, el cual daba cuenta de la influencia de las pedagogías europeas y alemanas, la importancia que se le daba al libro y a la lectura y a “[...] los modernos métodos de enseñanza que no se limitaban a la instrucción sino que comprendían el desarrollo armónico de todas las facultades del alma, de los sentidos y de la fuerza del cuerpo.” (Robledo 17) Asimismo, aparecieron por primera vez los asilos para cuidar a los más pequeños cuyas madres no podían hacerlo durante el día.

Regeneración uno de los principales propósitos era impulsar la educación técnica en dos direcciones: la primera, vinculando economía y educación, y la segunda, como estrategia política, fomentando la formación de artesanos (21). De lo anterior se advierte una nueva educación dirigida a las clases sociales, y dividida en oficios y labores artesanales para las cuales una nueva generación de ciudadanos colombianos debería estar preparada en razón del proceso de desarrollo de un país que se estaba formando para la industria apenas naciente.

Esas dos nuevas actitudes encontradas, la del letrado y la necesidad de progreso, definieron no solo esa época, sino casi toda la historia de la educación en Colombia. La ordenanza de 1894 expresó muy bien esa contradicción, pues “[...] lo que le conviene al país no son eruditos ni letrados, sino hombres y mujeres dignos y honrados” (en Silva 22), al mismo tiempo que condensó dos posiciones políticas en torno del tema educativo de la última parte del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX: la elección entre técnica y humanismo.

Alternativamente, durante las primeras décadas del siglo XX el poder de la iglesia creció y se consolidó gracias a la creación de otras numerosas instituciones educativas a lo largo del país, labor que detentó exclusivamente por tener, primero, herramientas pedagógicas y recursos que ningún otro sector podía ofrecer, y segundo, por el poder político que desde la nueva constitución se le otorgó. No era extraño, por esa razón, que todo proyecto educativo que quisiera presentarse al congreso tuviera que ser autorizado primero por la iglesia, a riesgo de ser descalificado y expuesto públicamente.

La situación fue similar hasta la década del veinte, que constituyó para la historia del país una verdadera ruptura con la antigua aldea, y supuso la llegada de algunos elementos propios de la modernización, como lo fueron el avión, la radio y la construcción de vías férreas. El país vivió una época de bonanza que hasta ese momento no tenía par y que es conocida ahora como la “danza de los millones”, producto de la indemnización pagada a Colombia a raíz de la pérdida de Panamá (Uribe 11).

Ahora bien, hay que mencionar que de la década del veinte datan los primeros proyectos educativos destinados a obreros. Proyectos como el de las Escuelas nocturnas o la llamada Universidad Popular, tal vez el proyecto más ambicioso que de esos años se recuerde, pues reunía a los hombres de letras más reconocidos para ofrecer cursos completamente gratuitos y abiertos a toda clase de público (Otto de Greiff, al frente de la cátedra de historia de la música, y Jorge Eliécer Gaitán al frente de la de sociología criminal son un ejemplo de ello), dan cuenta

de ese nuevo espíritu educativo. En palabras de Carlos Uribe Celis: “El intento de la Universidad Popular era ‘socializar la educación’, y uno de sus compromisos se formulaba así: en todas las fábricas de la Capital se abrirán salones especiales para los cursos de enseñanza primaria y gratuita” (102).

De esa forma, se retoma y se redefine el antiguo cuestionamiento sobre de cuál debería ser el énfasis de la educación: si continuar o no con el legado mantenido desde la Colonia, de gramáticos y filólogos como gobernantes, o definitivamente inclinarse por empresarios al frente del gobierno. Lo último implicaba que se debía pensar en la instrucción de empleados y obreros especializados que se dedicaran a las nuevas y diversificadas tareas que la apertura al mercado requería. El resultado pronto evidenció una ruptura con cualquier programa de educación anterior, incluso si desde la Regeneración y durante los anteriores gobiernos conservadores se intuía la necesidad de dar mayor importancia a los saberes técnicos y prácticos por encima de los humanísticos.

La introducción al capitalismo en el país —como señalábamos en otro lugar— desarrolla una conciencia de la necesidad de los estudios prácticos en Colombia. Esa conciencia se vuelve un clamor en la década. Es la salida al humanismo y a la escolástica, a la herencia española en el que el país está sumido desde tiempo atrás. Un pragmatismo radical, por decirlo así, se apodera de todas las mentes de avanzada. (105)

Hasta aquí se han mencionado de pasada algunos aspectos que fueron contemplados por la “reforma instruccionalista” a la educación, que inició en 1923 y que fue impulsada por un grupo de intelectuales preocupados por el tema de la educación en relación con lo político. Esa reforma, según informa Renán Silva en su artículo ya antes citado, fue en parte el resultado de la necesidad que sintieron algunos apasionados por la pedagogía de ofrecer una educación alternativa alejada de una base religiosa, como aquella que orientó en su momento Benjamín Herrera o Agustín Nieto Caballero. Este último, uno de los fundadores, en 1913, del Gimnasio Moderno⁶, institución a la vanguardia de las pedagogías internacionales, de la Escuela Nueva y de las teorías del famoso pedagogo francés Ovide Decroly. Asimismo, el Gimnasio Moderno evidenció la antigua pugna entre la educación clásica y humanista y la independencia de la

⁶ Es necesario anotar la gran influencia que tuvo este colegio y sus ideas reformistas en la revista y en el perfil de educador de Víctor E. Caro. Allí, en *Chanchito*, se hace patente que el director pasó mucho tiempo dentro de sus instalaciones, que los estudiantes del Gimnasio Moderno leían la revista y que la relación entre Agustín Nieto Caballero siempre fue muy cercana, pues a ambos los unía la pasión por la educación y por los niños.

educación del poder eclesiástico; esa misma institución que sería conocida después por formar a quienes serían los intelectuales y políticos más importantes de las generaciones siguientes.

Por otra parte, con la intención de concretar la reforma, se contrató, en 1924, una misión pedagógica alemana a la cabeza del pedagogo católico Anton Eitel y de otros misioneros católicos, conservadores y liberales. Estos elaboraron diferentes propuestas educativas que finalmente no lograron materializarse, en parte porque no fueron autorizadas por la iglesia católica, que veía en su ejecución una seria afrenta a su poder.

Las propuestas incluían el establecimiento de la educación primaria obligatoria, pero con libertad para los padres de escoger el tipo de establecimiento deseado, la creación de un bachillerato que diversificaría en clásico, comercial y científico, la libertad para que los colegios ofrecieran bachillerato a las mujeres, el establecimiento de un sistema de control público a la educación y la creación de una especie de normal modelo de Bogotá. La oposición religiosa a estas propuestas llevó a que fueran sustancialmente modificadas y no obtuvieron la aprobación parlamentaria. (Silva 85)

Si bien las reformas propuestas por la misión no fueron aprobadas, porque “[...] la instrucción pública será organizada y dirigida en concordancia con la religión católica y en consonancia con los acuerdos vigentes entre el gobierno de la República y la Santa Sede” (en Silva 111), los veinte se caracterizaron por enarbolar la bandera del cambio educativo. De 1928 data la creación del primer colegio femenino, el Gimnasio Femenino, fundado por Nieto Caballero. Igualmente, se aumentó el presupuesto en relación con los años anteriores: “[...] El presupuesto de educación crece en un 116 por ciento en 1924 con respecto al año anterior y en un 65 por ciento en 1928 respecto a 1927”; también, de esa época datan grandes y costosas construcciones asignadas tanto a la educación como a la salud y el gran auge de universidades y escuelas destinadas a estudios prácticos a lo largo de todo el país. De 1925 Uribe Celis presenta la siguiente estadística respecto a la educación profesional: “28 institutos superiores, 17 facultades universitarias, 6 colegios dentales, 3 escuelas de agricultura, una escuela de veterinaria, una escuela de minas: se trata de la Escuela de Minas de Medellín, que es particularmente competente y goza de gran prestigio” (108).

Así pues, y aunque muchos coincidían en la necesidad de reformar las leyes y los programas relativos al tema educativo, los efectos de tal reforma no respondieron ni de cerca a la expectativa de los proyectos. La reforma instrucionista no alcanzó a ser leída por el congreso y

debió archivarse hasta que el gobierno de López Pumarejo retomó algunos puntos. Por otra parte, los efectos de los pocos aspectos materializados solo fueron visibles dentro en las urbes y para sectores privilegiados. Así bien, la educación seguía insistiendo en mantener el *statu quo*, el sistema establecido.

Mientras tanto, durante la década de 1930, el panorama de la educación no fue para nada alentador. Según cifras de Jaime Jaramillo Uribe, en su artículo “La educación durante los gobiernos liberales 1930-1946”, la tasa de analfabetismo en niños alcanzó más del 63%, pues seguía sin cubrir los sectores campesinos, y la iglesia todavía tenía un control muy fuerte sobre las escuelas. En ese contexto de 1932 fue elegido como nuevo Ministro de Educación Julio Carrizosa, quien a su vez delegó al reconocido Agustín Nieto Caballero como director de la Inspección Escolar⁷ (45).

Siguiendo lo anterior, y gracias a la influencia que tenía Agustín Nieto Caballero en el Ministerio, se intentaron retomar algunos presupuestos de la pedagogía de la escuela activa, la cual inspiró la reforma de 1930. Así lo sugiere Robledo en su texto antes mencionado cuando afirma que Nieto siempre se caracterizó por estar a la vanguardia respecto a los métodos pedagógicos, y por considerar “[...] al niño como tal, quien atraviesa una etapa del desarrollo humano especial y diferente a la del adulto, pero esta vez con mayor énfasis y claridad debido a los avances de la psicología y al conocimiento científico que se tenía sobre las etapas del desarrollo infantil. (Robledo 2012 40) Y justo después: “[...] habría que repetir una y mil veces que es simplemente un niño, un ser distinto, con ciertas características que nada tienen que ver con el adulto: posee su lógica propia, su ética y su estética *sui generis*” (41). Ahora bien, y pese a los intentos de Nieto por reformar el sistema educativo⁸, esto no fue posible hasta la llegada del gobierno de Alfonso López Pumarejo. Mientras tanto, tuvo que resignarse a aplicar sus ideas y proyectos en el Gimnasio Moderno y no en la escuelas públicas (42).

Igualmente, Jaramillo Uribe también anota que entre las propuestas del nuevo Ministerio se propuso reformar la educación elemental, reduciendo las diferencias entre escuela rural y

⁷ Hay que mencionar que Víctor Eduardo Caro trabajó de la mano de Carrizosa y de Caballero en un alto cargo en el Ministerio de Educación durante el año de 1933 y bajo la administración del presidente liberal Enrique Olaya Herrera. Por esa razón Caro cedió algunas de sus funciones en la revista a sus hermanas, mientras alternaba su trabajo con el gobierno.

⁸ Aquellos incluían una educación estética y artística mucho más fuerte, y la observación de la realidad y los espacios comunes a través de paseos y excursiones en los cuales los niños aprendían a observar y a comparar a partir de ello. De igual forma, las exposiciones orales, las composiciones escritas y los dibujos adquirían mucha importancia, pues daban cuenta de la reflexiones de los niño. (Robledo, 2012 41).

escuela urbana, y estructurándola en dos ciclos: conocimientos básicos, y conocimientos agrícolas e industriales. Al mismo tiempo, Nieto también logró que el bachillerato volviera a su clásica estructura de seis años, que se había dividido en bachillerato con énfasis en formación general y con énfasis en prácticas profesionales. Otro aspecto relevante de la reforma fue la intención de mejorar la formación de los profesores, pues debían cumplir con cierto tiempo de estudios antes de enseñar.

Si bien las políticas del reciente gobierno liberal no pueden leerse como un fracaso, dado su estado de transición y el poco tiempo que tuvieron como gobierno para establecerse después de 45 años de hegemonía conservadora, sumado al hecho de que algunos de sus proyectos simplemente no fueron aprobados por el senado. Las nuevas políticas educativas no lograron mucho éxito, los cambios no fueron consistentes y no lograron extenderse más que a algunas zonas urbanas, nunca con especial presencia en los sectores rurales (Uribe 120). De igual modo, durante finales del siglo XIX y principios del XX, los distintos métodos y reformas educativas no contribuyeron a consolidar un rol de niño más autónomo. En cambio, con la influencia de la iglesia católica y las ideas religiosas, se logró un retroceso en un largo proceso que buscaba ver a los niños como personas con sus necesidades y características propias.

Aun así, es inevitable que el gobierno de Olaya Herrera insistiera en los mismos aspectos en que los anteriores gobiernos conservadores insistieron. Aquellos aspectos iban desde la introducción de prácticas y conocimientos técnicos en el clásico modelo humanista, al auge del estudio de las ingenierías en las universidades y hasta la preocupación por el cuerpo sano; pero pocos proyectos se concretaron, o pocos con efectividad, para los sectores campesinos, para las mujeres o para las minorías.

A la sombra del alero: algunos apuntes sobre la vida y la obra de Víctor Eduardo Caro

El escritor indiferente a la popularidad no pretende ser contemporáneo de los escritores de su tiempo, sino de los escritores que admira.
Nicolás Gómez Dávila

Este capítulo tiene como objetivo principal dar cuenta de la vida de Víctor Eduardo Caro, y más importante aún, de su obra, y por ello, de sus ideas más relevantes. Esto con el propósito de comprender el proyecto nacional que *Chanchito* formuló, ya que fue Caro su fundador, director y máximo colaborador. De esa manera, me gustaría dar prioridad en esta suerte de recorrido vital —pues es la manera más sencilla de seguir al autor— a sus ideas sobre literatura, poesía, política, y, sobre todo a las que manifestaban su interés por contribuir, entender y definir las fronteras de lo nacional. Así, este capítulo tomará la forma de una breve biografía en base a su obra, los escritos publicados póstumamente, y el archivo.

Pocas familias como los Caro han tenido tanta influencia y renombre en la historia de la literatura, y digamos también del poder y la política colombiana. José Eusebio Caro fue, al mismo tiempo que poeta y escritor, político y el fundador del partido conservador. Miguel Antonio Caro, su hijo, fue presidente del país y un reconocido escritor y filólogo. Ninguno de los ocho hijos de este, pese a ostentar cargos públicos —su hijo menor fue el presidente del Banco de la República—, llegó en vida a gozar ni de cerca de la fama y la consideración social y cultural que tuvo su padre. Ello tal vez porque ninguno tuvo una especial inclinación a la política y al reconocimiento social. Víctor Eduardo Caro, el tercero de la descendencia, fue prueba de ello.

Director de la Escuela de Ingenieros, profesor universitario, miembro de la Academia Colombiana de la lengua y de la Academia colombiana de historia, escritor, poeta, traductor, matemático y promotor cultural, Víctor E. Caro se movió en los círculos culturales y sociales más importantes de la época. A pesar de eso, su nombre no se registra en casi ninguna historia de la literatura colombiana y, de aparecer, lo hace de manera marginal como un “poeta

menor”. De la misma manera, su obra publicada en vida; una traducción al italiano de obras de teatro y un libro de sonetos “no fue ampliamente vendida, pero sí agotada”. Estas fueron las palabras que utilizó el mismo Víctor Caro para describir el impacto de su obra. Tal vez aquella actitud frente a la recepción de sus escritos, llamémosla anticipadamente de indiferencia, determinaría su porvenir dentro de la historiografía de las letras colombianas.

Ahora bien, pese al aparente deseo de Caro de mantenerse al margen de la publicación masiva, su labor en la prensa fue muy activa. Sus poemas aparecieron en un buen número de revistas y periódicos de la época, aunque, valga decir, buena parte de ellos firmados de forma anónima o con seudónimos. Asimismo, dirigió durante cinco años la revista *Santafé y Bogotá* (1923-1928) junto a Raimundo Rivas, Daniel Samper Ortega, Eduardo Guzmán Esponda, Daniel Arias Argáez y Marcelino Uribe Arango, para después dedicarse en solitario a la fundación de *Chanchito: Revista Ilustrada para Niños Colombianos*, probablemente su proyecto personal más importante.

Otro tanto podría decirse de sus trabajos fuera del círculo literario de la pequeña Bogotá de principios del siglo XX. Caro consiguió alternar sus principales amores: la poesía con las matemáticas; ecuación que tuvo como resultado la publicación del más olvidado de sus libros, *Los números: su historia, sus propiedades, sus mentiras y verdades*. Un texto que, a través de un lenguaje sencillo y estetizado, problematizó la enseñanza y el aprendizaje tradicionales de las matemáticas. Esta naturaleza bífida de Caro y las preocupaciones que de esta se desprendían, la poesía y las matemáticas, el teatro clásico y la ingeniería, la escritura y la enseñanza, se mencionan de pasada aquí, pero se retomarán más adelante con más énfasis.

Así bien, tal naturaleza puede entenderse dentro del contexto de principio de siglo, una época caracterizada por la llegada de nuevas ideas y enfrentamientos relativos a la modernización y al desarrollo, y en la vida del mismo Víctor E. Caro, hijo del que fuera el presidente conservador por antonomasia y el representante de las ideas hispanistas y ultramontanas del siglo XIX colombiano. Su resistencia frente a lo que podría considerarse como dos posturas contrarias, la primera abrazando cualquier forma relativa a la tecnificación y, por ello, al desarrollo económico, social y cultural, y la segunda, privilegiando el pasado como modelo moral y cultural de vida, desembocó en una suerte de postura reaccionaria “híbrida”.

Por un lado, Caro no tuvo problema en asimilar los cambios técnicos más importantes; es más, para él “[...] Colombia va a la zanja del conocimiento científico en tanto que ha sido

alabada por el humanismo” (Caro de Narváez 17). Por esa razón, era hartamente importante para él, si no vital, repensar los límites de los académicos y los hombres de letras que hasta ese momento habían considerado las ingenierías y los estudios matemáticos como conocimientos que no eran necesariamente de importancia o de orden nacional. Así, Caro propuso un nuevo intelectual, a modo tal vez de Francisco José de Caldas o de Julio Garavito, hombres que eran a la vez ingenieros y literatos, porque “[...] los ingenieros crean la nación” (12). Esta postura, expresada en la cita anterior, fue completamente renovadora, pues se adherió a un nuevo sistema y a una nueva mirada sobre las artes y las letras en la que un ámbito más práctico era requerido, y contrastaba en gran medida con la visión que Caro tenía de la poesía y con su interés por repensar lo nacional, pues como poeta, y más como ingeniero, Caro creía que se debía contribuir al desarrollo del país. Asimismo, dicha preocupación se plasmó en prácticamente todos sus trabajos escritos. En uno de sus textos más importantes, *El discurso de recepción como miembro de número de la Academia Colombiana*, leído en la ciudad de Bogotá en el año de 1923, Caro dedicó cerca de treinta páginas a hacer un estudio sobre la forma del soneto hispánico: “El soneto, por el contrario, por una virtud propia maravillosa, que debe estar precisamente en su extraña contextura, en lo que pudiéramos llamar su aparente deformación física, ha logrado aclimatarse, con ligeras variantes, en casi todos los países cultos y donde quiera que exista el sentimiento de lo bello” (Caro de Narváez, 1964 10). De tal forma, y en contraste con el fragmento anterior, Caro delató que respecto a la poesía —específicamente el soneto— su opinión parecía estar más cerca de la de su padre, en tanto que el poema debía ceñirse a una forma clásica y menos moderna.

De tal forma, Caro descubría una posición marcadamente tradicional, conservadora y temerosa del cambio y de la renovación de la forma en lo que a poesía se trataba, frente a su marcada actitud modernizadora respecto a las ciencias y a las ingenierías. Hay que recordar que la época de transición entre el fin del siglo XIX y el principio del siglo XX se caracterizó por grandes transformaciones estéticas y políticas en lo que se refiere a la autonomía del campo literario. De esa manera, frente a los discursos de Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo o José Manuel Marroquín, empezaron a aparecer paulatinamente las ideas asociadas a la renovación literaria. En 1925 se conoció la famosa *De sobremesa*⁹, —quien fuera para muchos el hito del modernismo colombiano— quince años antes de la escritura del discurso

⁹ Hay que anotar que Silva escribió *De sobremesa* entre 1886 y 1887, pero tuvo que reescribirla entre 1894 y 1896 después de que los manuscritos desaparecieran a causa de un naufragio. Así, la novela solo llegó a publicarse en 1925, editada por la casa Cromos.

en torno al soneto de Víctor E. Caro. Y pese a ello, Caro seguía publicando aún en 1933, en *Chanchito*, a escritores españoles del siglo XIX o escritores colombianos con marcada influencia española. Otra cosa pasaba con la novela, el género bisagra entre ambos siglos. Caro publicó, cuando no era la costumbre, y quizás a los lectores menos esperados, novelas de largo alcance como *La guerra de los mundos*, de Herbert George Wells, o *Alicia en el País de las Maravillas*, de Lewis Carroll.

Se menciona la obra de Caro, tal vez de pasada, con el objetivo de repasar algunos aspectos tanto de su condición como escritor como de intelectual colombiano, que fueron relevantes para la creación de su obra y que por tanto, influyeron en la formación de los círculos sociales y culturales a los cuales él perteneció; siendo entre ellos, la prensa y la academia, y aportando ahí no solo como un poeta, sino además, como un promotor de prensa; un agente cultural destacado dentro de la formación y consolidación de la prensa cultural en Bogotá con proyección nacional, durante la primera parte del siglo XX.

Los primeros años y la formación literaria

La vida de Víctor Eduardo Caro tuvo quizás el mismo destino que su obra: fue condenada al olvido y a ser leída únicamente a la luz de la vida de Miguel Antonio Caro. De esa manera, no existe un archivo, documento o material que dé cuenta de su vida o de algún dato importante en relación con la misma. El único libro que arroja luces sobre sus pasos, de manera accidental tal vez, es *A la sombra del alero*,¹⁰ antología de sus principales textos y de su obra poética. Así, curiosamente, es el mismo Caro quien informa sobre algunos apartes de su vida, al mismo tiempo que intenta hacer honor a su padre o rememorar anécdotas desconocidas sobre los miembros de la familia Caro. Otro texto, que pese a su corta extensión es de obligada referencia, es su autobiografía de apenas una página, en la cual Víctor E. Caro relata, de forma ingeniosa, algunos momentos definitivos de su vida:

¹⁰ Editada por el Instituto Caro y Cuervo en 1964 y prologada por Eduardo Guzmán Esponda, compañero de *Santafé y Bogotá* y amigo personal. No se imprimieron ediciones distintas a la primera. Asimismo, porque ella contiene casi todos los escritos personales y de carácter literario de Víctor Eduardo Caro, se convertirá en adelante en el texto base de este estudio.

Me encuentro entre los cincuenta y los sesenta, y aún no sé para qué nací. Hace un año fundé a *Chanchito*. Tengo una pequeña propiedad El Mochuelo; un tesoro, mi familia; un orgullo, mis amigos; y un doble culto: el de los muertos y el de los niños. Gracias a las oraciones de éstos y a las influencias de aquéllos, espero cuando muera, entrar al cielo sin hacer antesala en el purgatorio. Amén. (Caro, 1997)

Parto de este olvido y de la ausencia de fuentes suficientes para construir una biografía de Caro, pues ello me ha obligado a acudir a fuentes distintas: su propia obra, los archivos personales de Miguel Antonio Caro¹¹, algunas cartas de la familia e incluso la misma prensa. En ese sentido, y debido a la falta de material suficiente, no intento hacer una recuperación histórica o biográfica, la cual sería la aproximación tradicional, sino una aproximación intelectual, sobre todo en lo que se refiere a la literatura y la política, porque ello contribuiría a repensar su lugar dentro de la historia de las letras en el país.

Gracias a la autobiografía de Víctor E. Caro sabemos que este nació el 6 de marzo de 1877 en la ciudad de Bogotá, en la que fuera una de las calles más tradicionales de la capital: la calle de Santa Ana. También, gracias al mismo documento, se sabe que su madre, Ana de Narváez y Guerra, estuvo muy enferma por aquella época, probablemente producto del parto, y que su padre, convertido en fugitivo, se hallaba en difícil situación económica. Hay que recordar que entre los años de 1876 a 1877 se produjo en el país una de las tantas guerras civiles del siglo, y que en algún momento dichos enfrentamientos adquirieron el carácter bipartidista de conservadores versus liberales. Así es cómo lo recuerda Víctor E. Caro: “[...] en época de lágrimas: el país se hallaba ensangrentado por la guerra. Mi madre, gravemente enferma, y mi padre perseguido y escondido. Fui un niño débil, pálido, esquivo y tímido. A los seis años aprendí a leer solo en las columnas de *El Conservador*” (Caro de Narváez, 1997). Habría que anotar que durante el gobierno de Miguel Antonio Caro (1892-1898), entre los quince y los veintiún años de Víctor E. Caro, las vidas de toda la familia habrían de cambiar. El levantamiento de la ciudad de Bogotá a principios de 1893, que tuvo a los Caro recluidos en Ubaque, es un ejemplo de un período que fue a un mismo tiempo próspero y turbulento.

¹¹ No existe como tal un archivo dedicado a las memorias y trabajos de Víctor Eduardo Caro, pero sí uno muy extenso sobre su padre, Miguel Antonio Caro. Este se encuentra registrado en el instituto Caro y Cuervo, sede Yerbabuena, donde se puede hallar una buena cantidad de cartas enviadas por Víctor E. Caro y sus emisarios. Tales cartas corresponden a la última parte del siglo XIX hasta la tercera década del XX; de esa forma, entre sus principales correspondientes se encuentran miembros de su familia, amigos y académicos como Tomás Vargas Rueda, Antonio Gómez Restrepo, Julio Garavito, Eduardo Guzmán Esponda, Eduardo Jácome Roca, Margarita Caro de Holguín y Luis Caro, entre muchos otros.

Los años que siguieron al nacimiento de Víctor E. Caro son nebulosos, pues no existe ninguna información verificada distinta a la proporcionada por la autobiografía. El joven Caro, entre los diez y los veinte años, adelantó sus estudios de básica y media en las escuelas de la Hermana Himelda y en el Colegio de Colón de don Víctor Mallarino (Caro de Narváez, 1997). A los quince años, y según registra el mismo Caro en una conferencia dedicada a Roberto de Narváez¹², vivió una pequeña temporada (durante el invierno y el verano de 1892) en Europa, acompañado por sus dos hermanos, Juan y Alfonso Caro, y su primo Enrique de Narváez, y a cargo del tío Roberto, quien por esa época vivía en Londres y tenía un cargo diplomático (Caro de Narváez, 1964 64).

De la misma manera, Eduardo Guzmán Esponda recuerda, en el prólogo de *A la sombra del alero*, que hubo un tiempo en el que entre los hermanos, parientes y amigos más cercanos de la familia se desarrolló una verdadera “epidemia sonetil”:

Se practicaba el sonetismo para todo, para bromear con asuntos domésticos, para traducir originales de otras lenguas, para hacer verdadera poesía. Don Miguel Antonio sigue infatigable golpeando en su forja sonetesca, inclusive para sus sátiras políticas, a la manera de los clásicos españoles. Unos jovencitos, Eduardo Santos y Raimundo Rivas, amigos del menor de la runfla, se vuelven verdaderos eruditos en la materia. (Guzmán en Caro de Narváez, 1964 10)

Con excepción del anterior pasaje, lo que pasó durante sus años de juventud, sus primeros acercamientos a la literatura, sus lecturas iniciales, su formación artística, al igual que su formación política resultan ser un misterio. Podría deducirse, siguiendo la vida de Miguel Antonio Caro (pues de él sí existe una extensa bibliografía y varias biografías), que siguió como este un estudio autónomo de las letras y de las artes; que consideraba la poesía como el arte mayor, aunque a diferencia de su padre a Víctor E. Caro siempre le atrajeron los números y los acertijos matemáticos; y que le inquietaba de igual forma la traducción como el “buen decir”. A este último respecto, hay que mencionar que Víctor Caro siguió los pasos del padre y tradujo vastamente del inglés, del italiano y del francés.

Posteriormente —y según un artículo de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de la cual Víctor Caro fue miembro fundador—, el joven Caro ingresó a la escuela de ingeniería de la Universidad Nacional de Colombia, institución en la que se

¹² Tío materno de Víctor E. Caro. Roberto de Narváez fue político, diplomático y escritor. Dicha conferencia fue nombrada en su honor y se realizó el martes 17 de mayo de 1932 en el Centro de estudios, en Bogotá.

graduó el primero de marzo de 1892. Sin embargo, si se siguen con cuidado las fechas se verá que para ese momento Caro solo contaba con quince años, lo cual haría dudar sobre la veracidad de dicha información. Por otra parte, fue el mismo Víctor Caro quien una vez afirmó que sus estudios medios se extendieron hasta los veinte años. El documento de la Academia en cuestión reza así:

Tal como lo demuestra una certificación expedida en su nombre, firmada por el ingeniero Ramón Guerra Azuola, rector de la Facultad de Matemáticas e Ingeniería de la Universidad Nacional de Colombia, en la cual se afirma que Víctor E. Caro cursó en dicha Facultad estudios de álgebra superior, geometría analítica, geometría descriptiva, trigonometría, cálculo infinitesimal y dibujo de primero y segundo años, distinguiéndose por su inteligencia y su intachable conducta. (Forero)

El mismo texto sostiene que durante su época de estudiante, Caro fue discípulo de Julio Garavito y que tiempo después ambos se convirtieron en colegas y grandes amigos. Ahora bien, si los primeros años de Caro fueron poco documentados, sus veinte años lo fueron aún menos. La misma autobiografía da poco o nada de información. “[...] entre los veinte y los treinta años tuve un momento de prestigio social y padecí una crisis de romanticismo. Bailé mucho, hice malos versos, lloré a escondidas y me enamoré perdidamente de algunas beldades, cuyos nietos leen hoy a *Chanchito*. Trabajé unos meses al lado de Alfonso López” (Caro de Narváez, 1997). Del mencionado trabajo con Alfonso López todavía no he logrado encontrar mucha información, más allá de que colaboró junto a él en el Ministerio de Instrucción Pública, hoy conocido como Ministerio de Educación. Otro tanto se afirma en el libro *Notas biográficas de poetas de Colombia del siglo XX*, en el cual hay una brevísima biografía de Caro en donde se afirma que él viajó durante su juventud a Inglaterra para realizar sus estudios en ingeniería y matemáticas. Aquello tampoco lo he podido confirmar, aunque ello contrasta con lo que se sugiere en *La juventud de Miguel Antonio Caro*, discurso escrito por Víctor Caro y recopilado en *A la sombra del alero*, en el que se afirma que en 1898, y mientras Miguel Antonio Caro arreglaba su casa, Víctor vivía fuera del país.

El poeta, el académico y el escritor: un acercamiento a sus principales ideas

De esa manera, si se revisan los archivos de prensa y los registros de las principales bibliotecas del país, se verá que la primera publicación conocida de Caro fue la edición y recopilación de las obras póstumas de su padre entre los años de 1909 y 1943, un trabajo que le llevó cerca de treinta años. De esta labor dice el prologuista Carlos Andrade Valderrama en la edición del Instituto Caro y Cuervo de 1977¹³: “[...] No descansó durante su vida en el empeño de difundir y dar a conocer a las generaciones la labor literaria y científica de su difunto progenitor” (Valderrama, 8). De esa tarea Víctor Caro recordó especialmente la dificultad que implicó el rastreo de los textos de Miguel Antonio Caro en la prensa debido a que una buena parte de ellos no estaban firmados o, en caso de estarlo, lo estaban con seudónimos.

La labor del bibliógrafo, observa atinadamente él mismo, dadas esas circunstancias, es ardua y ocasionada a errores, tanto más si se considera que la obra de nuestro autor fue inmensa y muy grande también la diversidad de hojas periódicas en que escribió, muchas de ellas efímeras y cuyas colecciones, cuando existen, no tienen índice ni indicación alguna que pueda guiar la mente del investigador. (Caro de Narváez en Valderrama 16)

Así también, y según Eduardo Guzmán Esponda, fue durante la primera década del veinte cuando Caro contrajo matrimonio con María Dolores Caycedo, fecha en la cual cambia su residencia al centro de la ciudad, luego más al norte a una finca denominada El Mochuelo, “[...] por alusión a los guerrilleros conservadores así llamados en la guerra del 76, de tan cercano parentesco con nuestro autor” (Guzmán en Caro de Narváez 19). Allí Caro pasó cerca de veinte años de su vida, en la segunda y tercera décadas de este siglo; de igual modo, educó en ese lugar a sus hijos y concibió la mayor parte de su obra escrita.

Probablemente sea entre los treinta y los cincuenta la época en la que Víctor Eduardo Caro escribió con mayor asiduidad, o al menos, en que se registraron más veces su nombre en los

¹³ Gestión, sigue Valderrama Andrade, se empezó a realizar luego de la muerte de Miguel Caro en 1909 y por encargo del Gobierno a través de la ley 12 de 1911, la cual tenía como objetivo financiar la publicación de las obras completas a cargo de una comisión pública que solo fue nombrada en 1914 y quedó constituida por Víctor Caro, Rafael María Carrasquilla, Antonio Gómez Restrepo, Marco Fidel Suárez y Juan A. Zuleta. La primera publicación apareció en 1918 con la siguiente nota de advertencia: “[...] edición oficial hecha bajo la dirección de Víctor E. Caro y Antonio Gómez Restrepo”. De igual modo, “El último volumen se publicó en 1945 en el marco del centenario de su nacimiento, en el cual se unieron muchos esfuerzos para publicar sus obras, el más grande hecho por su hijo” (12).

distintos archivos que he estudiado. Así, uno de los primeros textos que encontré publicados bajo su nombre fue *Una partida de ajedrez: leyenda dramática en un acto*, traducción de una comedia del dramaturgo italiano Giuseppe Giacosa, hecha en 1912¹⁴, y unos años más tarde, un texto dedicado a la memoria de Miguel Tobar, su abuelo materno, en el *Boletín de Historia y Antigüedades* de Bogotá en 1915. Fue también durante ese mismo año cuando Caro publicó con Casis Editor *A la sombra del alero*, su primera antología de sonetos, nombre que más tarde se la daría a la recopilación de sus obras completas. Asimismo, unos años después, entre 1915 y 1918, Víctor Caro empezó a publicar en la revista *Cultura* de Bogotá algunos poemas de su autoría. Así bien, y aunque la fecha parezca bastante tardía, me cuesta creer que su actividad creativa haya empezado tan tarde. Sostengo que pudo haber empezado antes firmando con anónimo o con seudónimos, y que debido a esto, sea imposible rastrearlos, o que no se haya atrevido siquiera a publicar por esa característica suya de no creerse escritor o poeta. De tal suerte, de 1923 se recuerda la publicación de *Sus mejores poesías*, un libro de poemas y fábulas de Pombo, escogidas por Caro en el centenario del nacimiento del poeta bogotano¹⁵; también y con igual propósito, Caro publicó por aquellos años una selección de ciento cincuenta sonetos colombianos.

¹⁴ Y publicada por la Imprenta de La Luz. Incluye en la primera página un aparte que señala: “Estrenada en el Teatro de Colón la noche del 16 de Diciembre de 1911”. Tal cita revela otra faceta de Víctor Caro, la del promotor cultural. Además, da cuenta de la importante recepción que tuvo su traducción dentro del círculo social bogotano.

¹⁵ *Sus mejores poesías* es la edición del centenario de la obra de Pombo publicada por la editorial Cromos. Así bien, esta obra se compone de textos seleccionados por Víctor Eduardo Caro, y aunque el libro no posee una página legal, y apenas cuenta con paratextos y no tiene prólogo, epílogo, epígrafes o parte crítica, el índice que consistía en traducciones poéticas, fábulas y verdades, cuentos pintados y cuentos morales daba cuenta del interés de Caro por resaltar la faceta del Pombo más clásico e infantil.

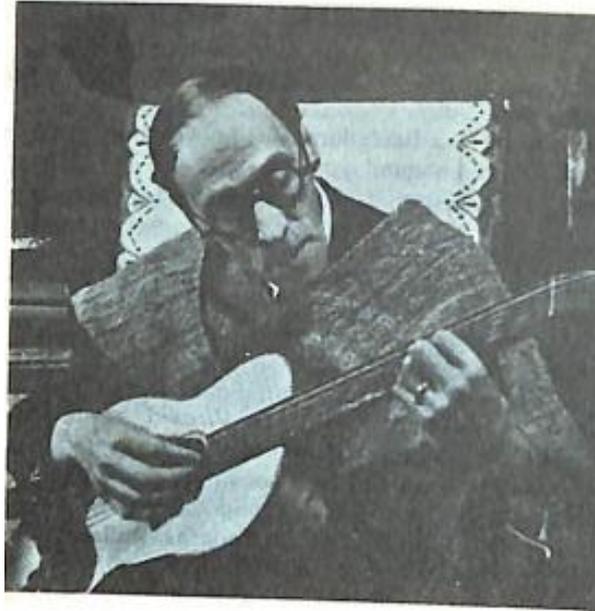


Figura 1. Víctor Eduardo Caro tocando guitarra. Aunque no hay información acerca de la fecha en la cual se tomó esta foto, se puede deducir que fue hacia sus cuarenta o cincuenta. **Fuente.** Diccionario de escritores colombianos, Sánchez, 158.

De igual manera, fue entre 1923 y 1928 la época en la cual Caro se formó en la actividad periodística y, al tiempo, cuando mantuvo su momento de publicación más álgido con la revista *Santafé y Bogotá*¹⁶, dirigida por él mismo y por varios de los hombres de letras más importantes de aquel período. Podría decirse que allí Caro cultivó su amor por la poesía combinándola con textos que incluían acertijos matemáticos, traducciones de poesía y obras teatrales y, por primera vez, escribiendo textos de carácter de opinión y ensayístico. De esa forma, Caro dejó ver su perfil de lector y de crítico literario haciendo reseñas de libros de escritores actuales y comentado sus lecturas favoritas. Menciono de ese tiempo algunas publicaciones significativas como: “Marroquín, poeta festivo” (1927), “Einstein y Garavito” (1925), “Raimundo Rivas” (1924), “Homenaje a Don Ernesto Michelsen” (1930), “Rin Rin en inglés” (1927), “El Zapatico” (1924) y “El sistema musical de Fallon” (1934). Igualmente, su trabajo en *Santafé y Bogotá* dio cuenta de la cercanía cultural y afectiva que sentía Caro por su ciudad, relación que extendió incluso a su obra posterior, expresada por medio del uso de

¹⁶ Fundada en 1923 por un grupo de reconocidos escritores e intelectuales pertenecientes al círculo cultural y social bogotano. Caro fue director entre 1923 y 1928, fecha en la que se retiró, aunque la revista se mantuvo por casi cinco años más después de eso, durante los cuales Caro trabajó como colaborador. En el libro *Notas biográficas de poetas de Colombia del siglo XX* se reseña dicha revista como “[...] muy reconocida por sus temas culturales de la ciudad en su historia colonial y de actualidad, de acuerdo con el título que le había asignado” (64).

personajes, tipos y ambientes “cachacos”. Precisamente, y sí se trata del rol de Caro como periodista y editor de prensa, que más apropiado que mencionar su labor en *Chanchito*; pues esta constituyó todo un reto dadas las características de la revista que era editada únicamente por él y financiada algunas veces solo con su bolsillo, y el hecho, además, de que estuviera escribiendo para los niños, un público muy reciente para la época.¹⁷

Justamente, lo más interesante de aquella época no fue solo que Caro se hubiese iniciado en el periodismo, sino también que de aquellos años daten sus primeros discursos en las correspondientes academias de las cuales fue miembro; revelando su papel como académico, característica que lo marcó toda su vida y que imprimió en casi todos los aspectos de su obra. Hay que recordar que su padre ocupó un lugar muy especial en la Academia Colombiana de la Lengua y que allí Víctor Caro fungió como tesorero, papel que compartió en su momento con personajes como Baldomero Sanín Cano, Tomás Vargas Rueda y Antonio Gómez Restrepo (Esponda en Caro de Narváez, 1964 20); a su vez, fue miembro honorario de la Academia Colombiana de Historia y unos de los fundadores de la de Ciencias Exactas.

Los distintos discursos realizados durante las décadas del veinte, del treinta y del cuarenta ofrecen una mirada muy especial sobre la obra de Caro, pues ponen de manifiesto sus principales preocupaciones sobre cuestiones como la literatura, la poesía, la política y la historia local y nacional. Una vez se aborda su estudio, sobresale su preocupación por la renovación del llamado intelectual y por la de reescribir su historia familiar y nacional. La relación con su familia, el interés por volver sobre aquellos parientes y amigos que tanto lo influyeron y por remarcar la importancia que ellos tuvieron en la construcción del país, son quizás los motivos más recurrentes de sus escritos. Estudiar estos textos resulta esclarecedor, puesto que ellos dan cuenta de la historia intelectual nacional, de sus ideas más importantes y del sistema de académicos durante la primera parte del siglo XX colombiano.

De tal suerte, fue hacia 1923, cuando Caro contaba con cincuenta años, que fue por primera vez invitado a ser miembro de la Academia Colombiana de la Lengua, en cuyo ya

¹⁷ Fue tal el interés de Caro por hacer una revista de calidad para los niños y sin precedentes en el país, que por la época que empezaba su labor le escribió a su cuñado, Álvaro Holguín y Caro, para que este, que estaba en Bruselas, le buscara un par de números de publicaciones infantiles europeas. En la respuesta de Holguín, archivada en Yerbabuena, se afirma lo siguiente: “En tu carta me pides unas revistas de niños, e inmediatamente averigüé aquí lo que hubiera, con ánimo de hacer lo mismo en París tan pronto echara un brinco a esa *cara lutecia*. Pues bien, resultó que aquí en Bruselas no se hacen publicaciones de esta clase. Las revistas infantiles que se encuentran son editadas en París”. De igual manera, esta misiva da cuenta que *Chanchito* fue inspirada en revistas y modelos extranjeros y menos en los colombianos. Aquello se puede confirmar en las portadas en donde se ven niños con gestos, facciones y modos europeos.

mencionado discurso expresó su posición frente al soneto y, por extensión, frente a la poesía misma:

[...] Pero a condición de que no olvidemos que el soneto no es una bagatela poética, ni un juguete retórico, ni un medio de expresar armoniosamente emociones que solo nos han rozado con sus alas. El soneto es un instrumento nobilísimo destinado a acompañar los sentimientos graves y profundos, en las horas solemnes de la vida, en los silencios que dejan tras de sí las grandes tribulaciones o las supremas esperanzas. Los verdaderos poetas, conscientes de su misión, se acercan al soneto con reverencia y temor, como a piedra santa, para depositar allí lo más exquisito y acendrado de sus inspiraciones, para engastar en ese broche precioso las joyas más valiosas de la imaginación o las perlas más puras del alma, esas que cuajan lenta y silenciosamente en los senos profundos de los mares interiores... (Caro de Narváez, 1964 15)

Para Caro el sentido máximo de expresión artística era la poesía. Allí no cabía ninguna modificación o desmesura. De hecho, se le muestra tal “reverencia y temor” porque es probablemente la poesía la forma más cercana al discurso verdadero, la forma correcta por excelencia. En ese sentido, Caro estaba más cerca de los discursos preciosistas y tradicionalistas propios del siglo XIX que de algunos del siglo XX que intentaban socavar la forma, transformarla hasta conseguir que la poesía hablara por ella misma. Ello explica su cercanía con la forma clásica del soneto hispanista y su desdén por la francesa, “caballo de batalla de los poetas modernistas”. “Por de contado que se trataba casi siempre del soneto endecasílabo, cosa explicable en ese ambiente clásicamente castellano, pues el soneto largo, de verso alejandrino, un poco afrancesado, caballo de batalla del modernismo en esos tiempos, enjaezado con nuevos ritmos y tornasoles, era especie casi exótica en aquella floración doméstica” (Esponda en Caro de Narváez, 1964 10)

Ahora bien, otro de los textos más significativos de la obra ensayística de Caro fue el ya mencionado discurso hecho en honor a Roberto de Narváez, su tío materno, y ello no tanto porque hacía explícito su cercanía filial con aquel personaje, pues de nuevo la familia es uno de los núcleos centrales de su obra poética, sino por la narrativa que creó alrededor de un hombre que ponía casi al nivel de un héroe colosal y nacional. “[...] voy a permitirme invitaros a acompañar al bogotano de las improvisaciones en sus andanzas por el exterior y a estar con él, no en sus días de pruebas y dificultades, que fueron muchos, sino en las horas amables y fáciles de su vida” (Caro de Narváez, 1964 73). Dicho escrito se lee más como una novela de aventuras que como un texto biográfico. Así sobresale el interés que tenía Víctor Caro por

establecer un pasado noble y heroico para su familia —y por ello, para la nación, pues él consideraba que sus ascendentes ayudaron en gran medida a su construcción y a la definición de la historia colombiana—, el de una tipología que él mismo perpetúa cuando en otros espacios vuelve sobre sus parientes masculinos. Se resaltan valores como la inteligencia y el honor y características que debería tener un Caro como ser poeta, político o diplomático, sonetista, improvisador y bogotano. Todas ellas no solo se referían a su familia; Víctor E. Caro, alternativamente, creía que al hablar y pensar en su familia lo proyectaba sobre su país, pues ellos representaban la esfera más influyente y poderosa, y la que Colombia tanto necesitaba.

Las diferentes conferencias realizadas por Caro no se distanciaron mucho de la anterior, pues siguieron centrándose en personajes cercanos a su vida, que de alguna u otra manera aportaron, según él, con sus conocimientos y esfuerzos al crecimiento cultural y político de la ciudad y del país. Ese fue el caso del General Cuervo¹⁸, cuyo discurso en su honor fue hecho en la Academia Colombiana de Historia el 15 de abril de 1925. Así, Víctor Caro intentó reconstruir, a partir de recuerdos y algunos testimonios aislados, la biografía de quien fue para él, “[...] Representante genuino de una casta de bogotanos, letrados y militares de gustos aventureros y temperamentos aristócratas, que tiene por ascendente espiritual a Don Antonio Nariño”. (Caro de Narváez, 1964 51) Lo que más sobresale de ello, a mi entender, además de la narrativa creada en torno al héroe decimonónico y al personaje que es letrado y bogotano, es una cierta fascinación, si no celebración del poeta/intelectual que enfunda las armas, que asume empresas militares y al mismo tiempo tiene una verdadera sensibilidad artística. “[...] Amaestrado en toda clase de conocimientos, mezclado con las ondas civiles, defendió con las armas la causa de la libertad asociada a la justicia. Alternativamente vencido y vencedor, ora marchaba proscrito y pobre, ora investido de grandes honores” (37).

Siguiendo su obra y los diferentes escritos leídos en la Academia, es tal vez el artículo *La juventud de Miguel Antonio Caro*¹⁹ el texto que completa un posible acercamiento a las ideas de Víctor Eduardo Caro. Ello porque al hacer una remembranza de su padre alude a sus ideas más importantes, ya sea para seguirlas o distanciarse de ellas. Sobresale de dicha conferencia

¹⁸ Antonio Basilio Cuervo fue un reconocido militar y geógrafo colombiano, hermano del reconocido Rufino José Cuervo. Empezó la expedición a Brasil al mando de Louis Agassiz. Fue, además, un famoso diplomático y Ministro de Guerra en las administraciones de Holguín y, tiempo después, en la de Miguel Antonio Caro, ambos gobiernos conservadores.

¹⁹ Publicada en 1930, Víctor Eduardo Caro cerró el semestre con esta conferencia en el marco de los eventos del Centro de Estudios de Bogotá.

el tema de la educación, que es el que tiene más cabida y al que Víctor Caro le dedica más tiempo.

Además, Caro estima que para regenerar al país es preciso ir al fondo de las cosas y buscar la raíz del mal. Hay que empezar por restituir a Dios en las iglesias y en las escuelas y por echar de los colegios a dos intrusos —Bentham y Tracy— que instalados en ellos con más o menos fortuna desde los primeros tiempos de la República, envenenaron a la juventud con sus doctrinas disolventes. (Caro de Narváez, 1964 103)

En esa medida, se resaltan dos aspectos que en cierta forma afectaron la noción de literatura de Víctor Caro y que contribuyeron a su formación tanto como de pedagogo como de escritor y poeta: el primero, que existe un acervo de conocimientos necesarios que todo joven letrado debería tener y, por descontado, que un buen programa educativo debería contemplar. Ahí entran las literaturas clásicas latinas y griegas y la poesía española, especialmente la del Siglo de Oro. Y el segundo, que la literatura hace parte de un gran entramado de contenidos, tal vez de uno no diferenciado o no completamente, que tiene por cometido la educación moralista con fines civilizadores:

La educación intelectual de la juventud adolecía entonces de graves defectos: en los colegios por donde ha pasado, Miguel Antonio ha podido palpar sus deficiencias y lagunas; ha meditado este problema y se ha convencido de que la instrucción, para que sea sólida, debe basarse en las disciplinas clásicas, que tan admirables resultados han dado siempre en los países civilizados. Para remediar los males que existen, empieza desde 1865 a preparar con Cuervo una gramática latina, en la cual éste escribe la analogía y Caro, la sintaxis, que aunque me pese el decirlo, es la parte original y nuevo de ese texto tantas veces reimpresso. (Caro de Narváez, 1964 104)

Hay que tener en cuenta que para Miguel Antonio Caro, igual que para Víctor, la familia hacía parte fundamental de esa instrucción que se daba en términos morales y sociales. Así, las relaciones familiares eran equivalentes a los estudios y las lecturas favoritas:

A la par que lleva de frente con el entusiasmo que pone en todas sus cosas, esta campaña moralizadora y educacionista, se entrega Miguel Antonio, en la paz de sus horas silenciosas, entre su madre y su hermana, a sus acciones favoritas, a los estudios que forman sus delicias, a la lectura de Cervantes, de Calderón, de los clásicos del Siglo de Oro, campo inagotable en belleza de toda especie; a las investigaciones filológicas, para las cuales está dotado —y esta no es opinión mía— de un finísima intuición y de un oído súper agudo; y a la interpretación de los poetas ingleses y latinos. (105)

Asimismo, salta a la vista la fascinación que le despiertan la vida y la obra de su padre. En dicho ensayo se destacan algunos aspectos, como su formación literaria y el trabajo en los periódicos y revistas de la época; a estos últimos los pone como grandes proyectos asociados a valores católicos, políticos y sociales con trascendencia nacional: “[...] en la mente de Caro bullían entre tanto otros proyectos: soñaba con la fundación de un gran periódico católico y de un gran partido católico, anhelos, estos dos últimos, que vinieron a realizarse en *El Tradicionista*” (Caro de Narváez, 1964 104).

Tal labor en la prensa es para Víctor Caro una muestra del compromiso del padre con el país, con la labor política de formar a los jóvenes y cambiar el campo educativo:

A esa doble campaña santa dedica el brioso paladín sus intactas energías y sus brillantes facultades, y pelea buena batalla predicando con el ejemplo, con la palabra y con la pluma. [...] Con la pluma, escribiendo artículos y cartas abiertas, en que ya se descubren sus dotes de polemista, en *La Caridad*, después en *La República*, más tarde en *La Fe*, periódico de cuya dirección se encarga por enfermedad de su fundador, Vergara y Vergara.

Y pese a que es posible prolongarse y explicar las ideas que Víctor Caro ha discutido en la Academia, pues son sumamente sugerentes y apropiadas para el objeto de este estudio, ello implicaría una extensión que no se me permite aquí. Su labor de estudioso y, en general, de escritor y de poeta, requiere una investigación más profunda y un trabajo de archivo más completo que este. De la misma manera, los distintos discursos de la Academia podrían considerarse como un punto de inicio, una propuesta de investigación en la cual se analicen las ideas y los debates que circulaban entre los intelectuales y escritores de la primera parte del siglo XX colombiano. Ambas ideas quedan como semillas, preguntas abiertas para un posible trabajo futuro propio o ajeno.

Para completar un cuadro de hechos bibliográficos, falta sumar sus principales actividades como escritor durante su época de académico y justo después, y algunos otros eventos que podrían llegar a completar una imagen del escritor bogotano. Era predecible que con su carácter y el poder que él veía en la educación, terminará tarde que temprano como profesor. Aquello se cumplió y durante algunos años lo fue en el claustro de la Universidad del Rosario; igualmente, fue director de la Escuela de Ingenieros entre 1922 y 1923 y profesor asociado de la Universidad Nacional hasta casi la última etapa de su vida, cuando tuvo como estudiante, entre otros, a Otto de Greiff.

De tal manera, sus preocupaciones intelectuales, que yo diría que son más bien vitales, no solo se trasladaron a ciertos espacios como la academia. Su obra tanto en prosa como poética, aunque se transformó profundamente con los años, mantuvo la presencia de ciertos tipos y búsquedas. Los ambientes pastoriles, evocaciones de la Bogotá rural de antaño, fueron imágenes recurrentes en su obra. “A lo largo de sus prosas Víctor hace surgir el ambiente de la Bogotá de hace cien años, en los barrios centrales, de calles estrechas y casas chatas, en torno de la iglesia de San Agustín, zona señorial de entonces. Evocase extinguidos colegios y hogares que no se conocieron personalmente, pero que se intuyen merced a la crónicas paternas” (Esponda en Caro de Narváez, 1964 7).

Precisamente, pese a que existe una nostalgia por ese pasado que ha cambiado, no hay una crítica al desarrollo, no al menos una muy fuerte, sino una suerte de celebración; una suerte de mediación entre la pérdida y la ganancia, entre la tradición y la modernización. Eso lo demuestra el poema *El Armisticio: poema campesino en cuatro diálogos* (1930) el cual se centra en el diálogo entre una casona señorial y una moderna estación de ferrocarril: “[...] Y aquí el contrapunteo entre lo moderno y lo antiguo; que, después de largo intercambio de puntos de vista, acaban por armonizarse mutuamente, con la intervención apacible de un sauce. Un progreso que no puede desprenderse de la tradición, una tradición que no puede detener la marcha de las cosas” (Esponda en Caro de Narváez, 1964 16).

Para terminar, solo queda explorar al escritor que era a la vez un amante de los más pequeños, quien creía que “[...] el verdadero intelectual debía servir a los niños” (Caro de Narváez, 1942 10); quien fue al mismo tiempo el fabulista y el poeta infantil adorador de Pombo; pues no es gratuito el hecho de que haya nombrado su revista con el nombre de una de sus más queridas fábulas y que, cada tanto, hiciera una suerte de tributo en las páginas de la publicación. De tal suerte, las anteriores decisiones no fueron hechas al azar. Hay que tener en cuenta que además de que Pombo fuese un reconocido escritor infantil, tal vez una de sus facetas más recordadas hoy, fue al mismo tiempo un poeta decimonónico; el escritor condecorado como poeta nacional, más cercano a las ideas moralistas y defensoras de la poesía en un sentido más conservador. De igual forma, hay que recordar que, al menos en sus poesías y fábulas infantiles, sobresale la moraleja y la necesidad de plantear una enseñanza y por ello una educación moral. Aquello se puede entender en el contexto de la primera parte del siglo, aunque se debe retomar al igual que la noción de poeta y poesía nacional cuando se haga el análisis de la revista en el correspondiente tercer capítulo.

En sus poemas infantiles más recordados, *Un drama en el Corral* y *Eso dijo el pollo Chiras*, Víctor Caro vuelve sobre los ambientes y personajes rurales de antaño; existe, aunque de forma sutil, una suerte de nostalgia por el pasado y por la pérdida de la casa paterna y de la niñez. Aquellos motivos, pese a que poseen un claro propósito moralista, persisten al igual que los motivos y personajes bogotanos.

Dada su emotividad y delicadez, Víctor Caro tenía que derivar hacia la fábula y la poesía infantiles, línea que dio la tónica para nosotros Don Rafael Pombo. Y de Pombo a las veces pasa el reflejo por estos cuentos y fábulas, para luego desvanecerse, acusando ya una técnica más moderna. Como clásico fabulista figura ya este Caro en textos de lectura escolar, que tantas veces son más que para niños para la gente grande, a la manera de ciertos ingeniosos juguetes mecánicos. (Esponda en Caro de Narváez, 1964 12)

Otras ideas, tanto en relación con su última etapa como escritor infantil como con su labor en la revista *Chanchito: Revista Ilustrada para Niños Colombianos*, serán analizadas en el capítulo dedicado a dicha publicación. Mientras tanto, lo que quiero subrayar aquí, en parte como una parcial conclusión acerca de mi estudio de la vida y de la obra de Víctor Eduardo Caro, es que como su vida, sus ideas y su obra estuvieron mediando dos momentos coyunturales de la historia colombiana, ellos son el final del siglo XIX y el principio del siglo XX. Así, no se puede afirmar de manera definitiva que Caro abrazara tales cambios, lo hacía parcialmente, por lo menos en lo que se refería a los estudios matemáticos y las ingenierías. De igual modo, quiero hacer hincapié en el proyecto nacional que después de este seguimiento pude reconstruir, pues este, a mi modo de ver, era un proyecto con tendencia conservadora, sobre la base de un tipo de intelectual de élite, y muy en relación con el centro de la nación: Bogotá. Aquello, por ahora, es solo una intuición que será estudiada a fondo en el siguiente capítulo de este trabajo.

Otro tanto pasaba con su obra poética y artística, que denotaba un sentimiento de nostalgia y un deseo porque la forma poética mantuviera sus convenciones tradicionales. Igualmente, como no se puede afirmar de manera tajante que Caro se adjudicará un discurso progresista, tampoco se puede decir que haya sido un abierto liberal o conservador; probablemente, estuvo más cerca de los principios del primero, pero ciertas ideas lo hicieron alejarse de los presupuestos de su padre y trabajar en gobiernos liberales. Lo cierto es que a Víctor Caro no le interesó tanto el poder

político como el trabajo en el campo educativo²⁰; los únicos puestos que ostentó dentro del sector público fueron en el Ministerio de Educación Nacional y en el Banco de la República.

Así bien, y siguiendo lo anterior, la escasa crítica a la obra de Caro también identificó esa dualidad. Ese fue el caso del padre Núñez Segura, quien como historiador contemporáneo de principio de siglo, puso a Víctor Caro entre los modernistas al lado de Valencia, Castillo y Rivera. Frente a ello, Eduardo Carranza, lector de la obra de Caro y probablemente cercano a su persona, escribió:

Nos parece que este poeta nada tiene que ver con la estética triunfante a principios de siglo: no hallaremos aquí ni los temas culturales, legendarios o exóticos peculiares del modernismo de estilo parnasiano cuyo más insigne representante es don Guillermo Valencia; tampoco la nacrada cobertura del poema; ni las lejanías espaciales o temporales: ambientes del renacimiento o del imperio romano o de los países todavía misteriosos entonces: La India, Japón... Tampoco es el tercero de los Caro un neoclásico al estilo de Moratín. Ni un romántico rezagado. Ni académico regresista, especies que también florecieron a principio de siglo. Don Víctor Caro está muy bien situado en la línea decimonónica muy colombiana, más aún, andina y santafereña que arranca de Vergara y Vergara, culmina en la novela de Marroquín y en la poesía nacional de Casas, se prolonga bellamente en la prosa de Don Tomás Vargas Rueda y tiene expresión final en la obra del poeta que comentamos.

²⁰ Esto se manifiesta perfectamente en *Chanchito*, ya que pese a que era un proyecto formulado para los niños, no estuvo asociado al gobierno oficial ni expresó ninguna preferencia o tendencia política. De ahí su dificultad de mantenerse a flote financieramente hablando.

El proyecto nacional ilustrado

Cuando la historia de un país no existe, excepto en documentos incompletos y desperdigados, en vagas tradiciones que deben ser compiladas y juzgadas, el método narrativo es obligatorio. Reto al incrédulo a que mencione una historia general o particular que no haya comenzado así.

Andrés Bello

El niño es una bomba aspirante, no de razonamientos que lo fatigan, sino de imágenes; es esencialmente curioso, práctico y material; quiere que se le enseñe objetivamente.

Rafael Pombo

Este último capítulo, —el cual constituye, probablemente, la parte central de este trabajo— tiene como objetivo principal dar cuenta del ya mencionado proyecto nacional que la revista, a mi entender, propone. Con ese propósito hago un análisis textual de *Chanchito: Revista Ilustrada para Niños Colombianos* para encontrar allí las claves que en los anteriores capítulos he sugerido y que tienen que ver con la primera parte del siglo XX y las ideas del director Víctor E. Caro. Aquello me ha impulsado a hacer un análisis de las principales secciones de la revista, de las editoriales y de algunos textos publicados en ella porque creo que son significativos para lograr un entendimiento más profundo de la publicación de Caro. Considero, entonces, que una lectura global de *Chanchito* es necesaria, y no una fragmentada, pues todos los discursos incluidos, pese a que no parezcan fundamentales, proporcionan una visión distinta y, por ello, contribuyen al proyecto nacional dirigidos a los niños colombianos.

Así pues, recuerdo perfectamente cuál fue la primera vez que leí un número de *Chanchito*. No se me olvida que no tenía muchas expectativas o casi ninguna. ¿Qué podría llamarme la atención de una revista de carácter infantil? Para ese momento, es cierto, creía que iba a encontrarme con un par de cuentos y relatos infantiles, y un gran repertorio de imágenes edulcoradas. Lo que no sabía, pues lo vine a saber mucho después, una vez fui adentrándome en el estudio de la época y del mismo Víctor Eduardo Caro, fue que *Chanchito* no había tenido muchos predecesores en la historia de la prensa dirigida para niños y que, para entonces, lo infantil no tenía un perfil tan claro como lo tiene hoy en día. Tuvieron que pasar muchos años para que existiera un espacio cultural dirigido al público infantil, pero esa es otra historia.

Mi recelo con la revista, probablemente, se debía a que sabía casi nada sobre literatura infantil o sobre sus lectores en Colombia, y pese a que analizar estos dos últimos tópicos nunca ha sido el objetivo de este trabajo, algunas de estas páginas tratan superficialmente, y tal vez accidentalmente, sobre ellos, al menos durante la primera parte del siglo XX y en un círculo intelectual y bogotano muy específico. Ahora bien, una vez empecé a estudiar la revista me encontré con dos aspectos, los que más me interesaron, y que son los que han definido el recorrido de este análisis.

El primero —y espero que al lector le haya parecido lo suficientemente enfático— es la relación de la revista con una época caracterizada por la pugna entre el progreso y la tradición, pues es ese el contexto en el cual esta aparece. Quise abordar parte de este estudio desde lo que Julio Ramos llama “una modernidad desigual” (Ramos 46), para entender que no es posible pensar la modernización y la modernidad en Colombia (Ramos lo hace en relación con Latinoamérica) como un proceso definido y estandarizado y, menos, comparable al proceso europeo. El segundo aspecto que quisiera señalar se refiere a la necesidad de crear proyectos nacionales en la prensa, o que pretenden serlo, conjuntamente con los proyectos literarios —o mejor, planteados como uno mismo— en un momento en el cual empieza a formarse la autonomía de las letras con respecto al poder político. Es claro que este aspecto responde al primero, en la medida en que revela nuevas tensiones y necesidades sociales propias del principio del siglo XX.

Esta segunda observación —aquella que me empujaba a creer que la revista formulaba un proyecto nacional— fue menos evidente en su momento, a pesar de que tuvo mayor impacto en mí. Me recuerdo, como ya lo he mencionado en la introducción, pasando las hojas y pensando que tenía ante mí una publicación de 1933, que lejos, en teoría, de la emergencia de las naciones americanas del siglo XIX y de los discursos independentistas propios de esa época que naturalmente adolecía de símbolos y discursos propios, repetía frecuentemente en sus páginas palabras como *patria*, *nación*, *Colombia*, *territorio*, *paz*, u otras similares.

Por fin queridos lectores, logramos realizar el proyecto acariciado hace mucho, de publicar una revista que responda a vuestras aspiraciones y anhelos y sea como el espejo del *alma nacional infantil en Colombia*, fuera de algunos periodiquillos de escasa importancia y reducida circulación, los niños no tienen, ni han tenido hace mucho tiempo, un órgano especial, una revista propia, lo cual es como si dijéramos, que no han jugado trompo, ni echado cometa. *Chanchito* aspira a llenar ese vacío, a satisfacer esa necesidad, y ambiciona llegar a ocupar en

nuestra vida el puesto que tienen entre la gente menuda de otros países las publicaciones de esta clase...Y acudirá a las casas donde haya niños, que son todas las casas del territorio colombiano, esperando a que respondáis, buenos amiguitos, a su llamamiento con un ademán de alegría. (*Chanchito*, 1.1.3. Cursivas mías)

Acaso, considerar la posibilidad de que la revista reflejara un esfuerzo por imaginar una nación²¹ me parecía anacrónico, a no ser que hiciera referencia a los romances fundacionales característicos de la Latinoamérica del siglo XIX, pues estos se convirtieron en alegorías de las naciones y de los diferentes problemas a los que se enfrentaron para consolidarse como tal.²² Aunque no solo fueron aquellos los únicos que se comprometieron a enarbolar banderas ideológicas y políticas en el marco de independencia y construcción de nuevas naciones — hay que recordar que el estudio de Anderson respecto al continente latinoamericano se centra en el estudio de *El Periquillo Sarniento*, una novela escrita en clave picaresca y moralista—, el análisis de los romances ha ocupado un lugar importante dentro de los estudios literarios, pues estos pueden leerse como una constante redefinición de las nuevas naciones.

Muestran mediante dicotomías esquemáticas lo bueno y lo malo para el mejoramiento nacional y la creación de su imaginario. Los aspectos positivos en estos romances se identifican con el proyecto nacional y liberal de las oligarquías en los distintos países, mientras que lo negativo aparece relacionado con la colonia, lo español y actitudes contrarias al grupo hegemónico. Esta idealización se aprecia sobre todo en la configuración de los personajes: los hay buenos y malos, los que ayudan al proyecto nacional y los que resultan perniciosos. (Villena)

Ahora bien, me interesa este tipo de interpretación porque vincula dos aspectos importantes que abordaré más adelante en la interpretación de *Chanchito*. El primero es la confusión entre los ámbitos privado y público, y, en el caso de la revista, entre el país y la familia, convirtiéndose este último en el público más importante para Caro, pues son las prácticas y las costumbres hechas en el seno del hogar las que deben reproducirse en los espacios

²¹ Aquí sigo las ideas de Benedict Anderson en su libro *Comunidades imaginadas*, en el que considera que el nacionalismo y la nación parten de un proceso de creación imaginativa. De acuerdo con Anderson, la nación “es una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana.” (23) Este análisis aborda, entre otras cosas, la pregunta de por qué fueron los países latinoamericanos los primeros en formarse como naciones, incluso antes que los europeos. La respuesta incluye la importancia de la prensa y la novela en la construcción de los imaginarios nacionales. Utilizaré en adelante este término, *imaginar*, para referirme a la formulación de proyectos relativos a la construcción de país.

²² La escritura de estas novelas en una época en la cual los discursos literarios no se diferenciaban de los históricos o políticos, incentivó a los escritores a crear proyectos que intentaran llenar los vacíos de la historia o a legitimar unas versiones de la misma. Así lo sugiere Doris Sommer en su libro *Ficciones fundacionales* al afirmar: “Para el escritor/estadista no existía una clara distinción epistemológica entre el arte y la ciencia, la narrativa y los hechos y, en consecuencia, entre las proyecciones ideales y los proyectos reales” (24).

comunes a todo el país. El segundo aspecto que se debe estudiar, y en el cual coinciden Julio Ramos, Doris Sommer y Fernando Villena, es el carácter de proyecto civilizatorio y moral común a los romances y a *Chanchito* y, en general, a una buena parte de las novelas escritas durante el siglo XIX y que, según ellos, se nutre de la imposibilidad histórica de definir el discurso literario como uno autónomo.

El proyecto civilizatorio que describen los romances nacionales coincide con el período romántico en el cual el discurso historicista era el discurso por antonomasia. Debido a su rango permeaba otras producciones culturales. Así pues, los romances articulan una doble vertiente que permite dos lecturas: la meramente sentimental y la histórica (que incluye el proyecto nacionalista, civilizatorio y educativo). La literatura y la historia se convirtieron, de este modo, en los discursos formadores de la nación al servicio del grupo liberal dominante. Si la historia pretendía ser la compilación de los hechos pasados, la literatura tenía la función de ser una rearticulación de la experiencia histórica. Específicamente, los romances nacionales, proponen un proyecto que mira hacia el futuro. (Villena)

Planteados los anteriores puntos de forma sintética, pues no es más que un breve marco desde el cual podría iniciarse el análisis de la revista, quiero intentar estudiar el proyecto nacional que ya antes he mencionado y que a mí parecer da cuenta de una época muy distinta a la que posibilitó la creación de los romances fundacionales del siglo XIX. Ese período constituye la transición entre el final del siglo XIX y el principio del XX, el cual estuvo caracterizado por la creación de una gran cantidad de programas —oficiales y no oficiales— que auspiciaron las medidas necesarias para transformar el país de acuerdo con las nuevas políticas económicas y sociales en pro de un país modernizado. *Chanchito* no fue indiferente a ello y en cada una de sus páginas elaboró un proyecto que apuntaba a una particular forma de entender la modernización, la literatura, la familia, la moral y la historia. Así, quiero iniciar este análisis con una descripción de la revista.

Chanchito: Revista Ilustrada para Niños Colombianos apareció por vez primera un jueves — como sería la costumbre en adelante— 6 de julio de 1933 en la ciudad de Bogotá. Dirigida

por el poeta Víctor Eduardo Caro, quien se encontraba cerca de sus cincuenta y seis años²³, y editada por la hoy desaparecida casa Cromos, la publicación, que pretendió convertirse en “una revista que responda a vuestras aspiraciones y anhelos y sea como el espejo del alma nacional infantil”, no tuvo, para la poca fortuna de los niños de la época, una vida tan longeva como la que sí gozó su autor (la revista circuló durante un poco menos de un año y medio, entre julio de 1933 y noviembre de 1934, y tuvo 63 números).

Pese a ello, pocas revistas, antes y después de *Chanchito*, se asemejaron a ella en la elección y edición de contenidos, recepción, número de lectores, e incluso, tiempo de circulación²⁴ (Robledo). Por ello hay que recordar la breve historia de la prensa escrita para niños en Colombia, buena parte de ella creada en el seno educativo, como revistas que circulaban dentro de los colegios para ser leídas exclusivamente por niños y padres.²⁵ De hecho, no existe como tal una “historia de las revistas infantiles”; rastrearla es difícil y requiere leer entre líneas las historias que se han encargado de estudiar la prensa y la educación en el país.

A propósito de lo dicho, fue en un editorial de la revista, la número 24, en la cual Gustavo Otero Muñoz aportó información muy relevante al recordar las publicaciones que precedieron a *Chanchito* en sus esfuerzos por formar una revista para los más pequeños. El periodista mencionó la existencia de tres publicaciones previas a la revista de Víctor E. Caro. Así, *El Álbum de los niños* (1877), quizá una de las primeras revistas infantiles de la historia colombiana, fue editada en Tunja por Torres Hermanos y Compañía; unos años después, en 1890, se publicó en Bogotá *El Almacén de los niños* por Ignacio Borda; para que finalmente, entre 1914-1917, se publicara, en el Colegio Restrepo Mejía de Bogotá, la revista *La Niñez*, el referente más cercano al semanario de Caro.

²³ Desde el número 33 su hermana, Mercedes Caro, lo sustituyó como director, dadas sus nuevas ocupaciones como funcionario del Ministerio de Educación Nacional. Pese a eso, siguió a cargo de la revista, escribiendo casi todas las editoriales y las secciones de la revista; esto se reafirmó en la editorial de ese número, “Desde mi balcón.”

²⁴ Lastimosamente, el panorama de las revistas infantiles no ha cambiado mucho con los años. Desde la publicación de *Chanchito* solo han aparecido algunas revistas destinadas a los niños. Se recuerda especialmente la revista *Rin Rin*, creada por el Ministerio de Educación en 1936 e ilustrada por Sergio Trujillo Magnenat; la revista *Pombo*, publicada en los años cincuenta durante la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla, y la revista *Espantapájaros*, publicada hacia fines de la década de los setenta. (Díaz 4)

²⁵ También podría considerarse allí las secciones dedicadas especialmente a los niños en los diferentes periódicos y revistas que ya desde el siglo XIX empezaban a preocuparse por el lector infantil. Periódicos como *El Tiempo* y *El Espectador* tuvieron por algún tiempo apartes con esas características. De pretender iniciar un estudio de la prensa infantil en el país, este debería iniciar con la revisión de cualquier sección que existiera dedicada a los más pequeños, incluso en periódicos o revistas no infantiles.

Sin embargo, fueron muchas las razones por las cuales las revistas infantiles no prosperaron. Una de ellas, tal vez la más evidente, fue el hecho de que mantener una revista o cualquier publicación de prensa nunca fue una tarea fácil, sobre todo si estas no estaban asociadas directamente a proyectos educativos oficiales del Estado y debían financiarse de forma independiente. La publicación de avisos publicitarios y las suscripciones aparecieron, entonces, como las maneras más rentables de sostener las revistas. *Chanchito* no fue la excepción, ya que se planteó como una revista vendida por suscripción²⁶ —aspecto que determinaría que no todos los niños, aunque quisieran, pudiesen tener acceso a ella— e incluso, desde el primer número, Caro planteó la necesidad de atraer la atención de más publicidad y más suscriptores para mantener la revista.



Figura 2. Primera página editorial. Fuente. *Chanchito*, 2.37.4.

Previendo la poca fortuna que tendría, Caro hizo dos llamados angustiosos a los niños, en dos distintas editoriales, para que salvaran la revista y consiguieran más lectores; la primera, en el ya mencionado número 24 y la siguiente, en la que sería su última aparición para el público, el número 63. Y pese a que Caro no se despidió en esa publicación, sí dejó entrever la grave situación financiera por la cual estaba pasando la revista. Así, y aunque no hay certeza acerca de la razón exacta por la cual terminó *Chanchito* de forma tan imprevista²⁷, lo cierto es que lo

²⁶ La revista tenía un costo por suscripción de 0, 10 centavos por número; 1, 20 por mes; 2,30 por seis meses, y 4, 50 por año.

²⁷ Determinar la causa material del fin de la revista es complicado, no solo por los problemas asociados al estudio y la preservación de las revistas y la prensa, sino por la dificultad para obtener información acerca de la recepción y la crítica de las mismas en su época. Dicha información tampoco se ha podido encontrar en las memorias de Caro.

más probable es que la revista haya dejado de publicarse debido a los problemas económicos a los que tuvo que enfrentarse el director y sus colaboradores para sostener tamaño proyecto.

Adicionalmente, y dado que no existe una fuente de información anexa acerca de la revista que sea distinta a ella misma, debemos creerle a Caro cuando en sus editoriales nos hace saber acerca de la recepción que *Chanchito* tuvo en su época²⁸. Según las primeras cifras reseñadas por el director en el número 7, la revista empezó a circular en diferentes ciudades a Bogotá, como Cartagena, Cúcuta, Buenaventura y Florencia. Después, Víctor Caro afirmó que eran más de quinientos los niños que se habían ido sumado a la lectura de su publicación, para llegar a decir, en el número 55, que los suscriptores alcanzaban poco menos que los 7000, una cifra impresionante para esta época, sobre todo si se considera que era una revista de carácter infantil que circulaba de manera independiente.

Caro no solo reseñó la forma como sus pequeños lectores leyeron la revista, sino cómo lo hicieron algunas personas en nombre de los medios escritos más importantes del momento: *El Tiempo* y *El Espectador*. De esa manera, en la editorial del número 10 (septiembre 7 de 1933) Caro describió cómo fue recibida su revista: “[...] una parte de la prensa diaria ha ignorado a Chanchito, pero no *El Tiempo* y *El Espectador*”, seguido a ello aparecieron los fragmentos de las cartas en las cuales Juan de Dios Bravo y Antonio J. Mejía, respectivamente, le hacían saber a Caro la admiración que le tenían por iniciar el proyecto de *Chanchito* y al tiempo, por su labor como escritor y como poeta. “[...] Y así, aunque te propusieras con empeño singular no escribir y no cantar, la herencia te lo impondría, te inyectaron poesía Caro, Narváez y Tobar”. (*Chanchito*, 1.12.5)

Chanchito: revista ilustrada para niños en su interior

La revista, que durante casi toda su época de publicación rondaba entre las 25 y 28 páginas, contando portadas e interiores —una cifra nada despreciable, especialmente si se tiene en cuenta que era una revista infantil— mantuvo de manera constante las mismas secciones

²⁸ Este estudio no aborda las condiciones materiales exteriores a la revista; esto es, la recepción (periódicos y revistas de la época, al igual que las bases de datos de bibliotecas y librerías y los índices de los lugares a los cuales llegó la publicación). Un estudio más completo de *Chanchito* debería contemplar una revisión de las principales bibliotecas del país, al igual que las municipales y las escolares para así determinar su verdadero impacto en la época.

durante su tiempo de circulación. Los temas iban desde lo más cotidiano como “Los consejos de Clarita”, acerca de cómo aprender a cocinar y por ello a ser unas “niñas hacendosas” y agradar a la familia, hasta los llamados “Retazos de historia”, una sección que procuraba narrar los hechos de la historia nacional y de los próceres más relevantes, a través de un lenguaje infantil y festivo. Y aunque algunas secciones iban y venían, las más importantes eran:

- **Editorial:** esta sección abría la revista y hacía las veces de saludo de bienvenida a todos los niños. Estuvo a cargo del director Víctor Eduardo Caro, sin embargo, sus hermanas la asumieron en más de una ocasión cuando Caro abandonó la dirección para trabajar en el Ministerio de Educación Nacional. Las editoriales mostraban los intereses que Caro tenía y que quería hacer notar en su revista. Los temas no eran definitivos y podían ir desde asuntos de actualidad, como la celebración del primer centenario del nacimiento de Rafael Pombo o la visita de Caro al Gimnasio Moderno, hasta la comunicación a sus lectores acerca de la situación financiera de *Chanchito*. Las editoriales también establecían un tema que podía mantenerse como hilo conductor a lo largo de todo el número.
- **Pregunta y se os contestará:** también a cargo del director, fue una sección que se planteó desde el principio como el medio más eficaz para mantener una comunicación con los niños. Allí se les pedía a los más pequeños que formularan las preguntas que más los inquietaran; generalmente, estas eran de carácter científico, biológico o histórico. El director les contestaba a su manera, por medio de un lenguaje paternalista e infantil.
- **Publicaciones infantiles:** una de las secciones más interesantes de la revista y que se conecta con el interés de Caro por establecer un canal de comunicación con los niños. Aquí, más que en ninguno otro apartado, se hace patente que los niños han leído la revista y que disfrutaban de su lectura. El director, a través de la editorial, crea concursos y de ese modo incentiva a los niños a escribir, dibujar o a simplemente contar su experiencia de lectura, y enviar sus obras al apartado de *Chanchito*. Algunas creaciones, hay que decirlo, se fueron publicando en los diferentes números. De esa sección sobresalieron los poemas de los niños y algunas ilustraciones que acompañaron poemas de Pombo y de Silva.

- **Novelas por entrega:** esta sección estaba constituida por novelas y relatos de largo alcance. La primera novela por entrega que se publicó en el primer número fue *Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carrol, seguida por *La guerra de los mundos*, de H. G. Wells. En los números siguientes aparecieron *Pocahontas*, *Pirula no tiene miedo*, *El patito feo*, *Simbad el marino*, *Los Cunninghams* y *El enemigo de Napoleón*, de Arthur Conan Doyle.
- **Poesía:** la poesía también tuvo su cuota y allí resaltaron, sobre todo, los nombres de Rafael Pombo —autor que le dio nombre a la revista— y el mismo Caro, protegido con algún seudónimo; asimismo, Rafael Obligado, Diego Fallon, Rubén Darío, Manuel Machado, Luis de Tapia, Gabriela Mistral, Jesús María Arteaga, Gregorio Gutiérrez González, José Asunción Silva, Isabel Lleras Restrepo, José Jackson Veyan, Santiago Pérez Triana, Pablo Neruda, Vital Aza, entre muchos otros, también publicaron en *Chanchito* en numerosas ocasiones.
- **Relatos cortos y cuentos:** del mismo modo que había espacio para las novelas o la poesía, lo había para el cuento y los relatos cortos. Allí sobresalían los que tenían una clara influencia de *Las mil y una noches*, de la cultura europea e incluso, aunque fueron pocos, algunos retratos de costumbres. De esa sección se recuerda *Las travesuras de Don Conejo* y los relatos más cercanos a la tradición de los hermanos Grimm. Uno de los aspectos más interesantes de esta sección es que una buena parte de los textos no fueron firmados, por lo que se puede intuir que algunos pudieron haber sido traducciones hechas por Víctor Eduardo Caro o tomadas de publicaciones o catálogos antiguos diferentes a la revista.
- **Los amiguitos de “Chanchito”:** en esta sección de la revista se publicaron las fotos de los niños y niñas lectores de la revista. Uno de los aspectos más interesantes fue la elección de los niños y lugares que aparecieron allí, pues sobresalen los colegios privados bogotanos y los modos y hábitos de las escuelas y la sociedad de la época. Probablemente, este fue uno de los primeros espacios publicados en la prensa colombiana en los que se mostraron fotos de los estudiantes colombianos dentro de los planteles educativos.
- **El mundo de los insectos:** también escrita por Caro, pero esta vez bajo el seudónimo de *Morenito*. En esta sección el director se aleja de la literatura para hacer un detallado estudio de la vida y de las condiciones de un insecto en una o dos páginas. Casi

siempre acompañada de fotografías, en esta sección se explora los contenidos de carácter científico que cualquier niño de la época debía tener.

- **Historietas (*Fantásticas aventuras de Fito y Tif*):** tal vez la única sección propiamente ilustrada de toda la publicación, que se llama a sí misma “revista ilustrada”. Es una caricatura hecha por Joaquín Xaudaró, de la primera parte del siglo XX. Conocido como uno de los primeros caricaturistas de España, las *Fantásticas aventuras* aparecieron durante casi toda la publicación de *Chanchito*. Una vez se acabó esta historieta, Caro continuó publicando la *Las aventuras de Mickey Mouse* hasta el último número.
- **Pasatiempos matemáticos:** siendo Víctor Caro un reconocido matemático, no podía faltar en su publicación diversos problemas matemáticos y de lógica planteados a modo de juegos sencillos. Lo que más sobresale de esta sección es el lenguaje sencillo que adopta Caro para acercar a los niños a los conocimientos numéricos. A esos pasatiempos también se les sumaban diferentes acertijos como crucigramas, rompecabezas, adivinanzas, todos ellos para retar el ingenio de los niños.
- **Curiosidades:** esta sección, que revelaba pequeños textos de información, mezclaba distintos conocimientos, como los relativos a las ciencias exactas, la biología, el arte, la historia y la literatura; de cierta manera, los mismos temas que proponía la revista pero a una escala reducida. Así, daba cuenta del abanico de conocimientos que podía llegar a tener un niño si leía la publicación.
- **Los consejos de Clarita:** Caro, esta vez personificando la voz de una mujer, por única vez en la revista tal vez, sugiere a las niñas consejos culinarios para que así puedan agradar a sus padres y hermanos. Sobresale de esta sección el papel que se le quiere inculcar a las niñas. Lo anterior queda confirmado con una lectura total de la revista: las mujeres debían ser madres, amas de casa, mientras los hombres se preparaban para ocupar importantes cargos en la nación.
- **Los retazos de historia:** sección escrita por el entonces joven historiador Guillermo Hernández del Alba, bajo el seudónimo de Tío Remiendos. Se trata de la reescritura de importantes hechos de la historia nacional. Se resalta la creación de espacios y personajes imaginados en clave infantil y la importancia que cobran los símbolos de la patria y los próceres; allí también caben los niños que han sido imaginados como personajes importantes y benévolos de la historia colombiana. El objetivo es que los

niños entiendan y quieran a su país tanto como a su familia. Esos relatos fueron retomados y publicados en un libro independiente en 1937.

- **Publicidad:** aunque no fue una sección propiamente dicha, aparecía al principio y al final de la revista. Como era común en muchas publicaciones, *Chanchito* se mantuvo gracias a las suscripciones de los lectores y a los avisos publicitarios, casi todos destinados a los intereses infantiles, como los teatros de moda de la época, los nuevos colegios donde se podía matricular a los más chicos o uno en el que se promocionaba la marca de unos cigarrillos con un slogan remarcable: “Ahora comprendo por qué fuma papá”, estrategia publicitaria que se basaba en la emulación de la figura paterna, especialmente de sus comportamientos, por parte de los hijos.



Figuras 3 y 4. Avisos publicitarios. Fuente. *Chanchito*, 1.9.2.

El Chanchito ilustrado: una aproximación a lo literario

Si se trata de aspectos atractivos, la revista no se queda corta. Uno de los puntos de necesario análisis es el nombre de la revista: hay que recordar que *Chanchito* le hizo honor a una de las fábulas más conocidas de Rafael Pombo, exactamente cuando se cumplían cien años del

nacimiento del poeta nacional.²⁹ La anécdota de dicha fábula es bastante sencilla. Ocurrida en tiempos inmemorables, de los cuales se recuerda poco, en la época en la que los cerdos no eran comida sino gentes bien instruidas y elegantes, Chanchito, un pequeño y mimado chanco, fue invitado a celebrar un banquete en casa de su Tía Gocha, una anciana muy adinerada. El pequeño no supo comportarse e hizo tamaño berrinche que se convirtió en la burla y la vergüenza de su familia y de todos los invitados. Su padre estaba a tal punto apenado y enojado que la reprimenda que le dio no tuvo comparación y el pobre cerdito no fue el mismo desde ese día.

Tan eficaz e higiénica que desde entonces el párvulo/
De puerco sólo tuvo la culpa original./ No
reincidió en los crímenes que referí al leyente/
Ni en otros que he callado por no escandalizar./
Y en vez de ser la cócora y el asco de la gente./
Convites y regalos le enviaban sin cesar./ Ya no
hubo que decirle dos veces una cosa./ A todo adelantábase,
no rezongaba un no;/ Trataba a su mamita como si fuera diosa./
Y nunca una jaqueca ni enfado le causó./ Él mismo levantábase
amaneciendo el día./ Y en todo no se ha visto mayor puntualidad;/
Extremo era su aseo, su aplicación manía./ Perfectas sus maneras,
su dicho la verdad./ No supo darse gusto mortificando al prójimo;/
Ancianos y mujeres eran santos para él;/ De nadie murmuraba ni se mofaba
irónico./ Ni hipócrita adulaba, ni traicionaba infiel./ A nadie provocaba,
que es cosa de beodos;/ Pero llegado el lance se supo sostener./
Y necesariamente lo respetaban todos./ Y nadie osó desviarlo del rumbo del deber./
En fin, ¡quién lo creyera! aquella bestia indómita/ Se hizo mejor que muchos con su uso de razón./
Y ¿habrá niño tan bestia que necesite látigo/ Para volverse gente y hacer su obligación? (Pombo)

Precisamente, la elección del nombre de la revista no obedece a una razón cualquiera; Caro asumió las palabras de Pombo como un programa civilizatorio de valores. Una “bestia indómita”, acaso, son los niños que no han sido educados, que no usan su razón en favor del bien propio y de los demás. Caro, a lo largo de la revista, intenta que a través de las diferentes secciones se instruya a los niños para que puedan hacer uso de su inteligencia y así sortear las diferentes situaciones sociales a las que se enfrentan. Justo así lo afirma Víctor E. Caro en la primera editorial, la cual hace las veces de manifiesto de la revista:

Allí va, pues, “Chanchito”, el sobrino de tía Gocha, lleno de buenos deseos y de buenos propósitos a tratar de endulzar vuestras horas de descanso. Podéis brindarle sin temor afectuosa hospitalidad en vuestros hogares, pues aunque en un tiempo dio mucho que hacer, desde aquella

²⁹ Rafael Pombo nació el 7 de noviembre de 1833 y murió el 5 de mayo de 1912, mientras que *Chanchito* se publicó el 6 de julio de 1933.

memorable ocasión en que su padre Gochancho lo llamó al orden, el marranito se hizo mejor que muchos con uso de razón. (*Chanchito*, 1.1.4)

Si se lee con atención las dos citas anteriores se verá que hay un aspecto que se destaca en ambas, a saber, la constante mención a la razón, porque después de todo Chanchito “se hizo mejor que muchos con su uso de razón”. Tal búsqueda, si es que se puede llamar así, no es marginal a la revista; yo diría que la atraviesa y que constituye el objetivo fundamental del proyecto nacional que ella transmite. Hay que recordar el nombre de la revista: *Chanchito: Revista Ilustrada para Niños Colombianos*, pues este ya anuncia tal objetivo. Justamente, aunque una de las acepciones del adjetivo *ilustrado* haría esperar al lector un gran número de gráficos y dibujos que acompañen esta revista infantil, ello no sucede, ya que para ser una publicación de principio de siglo y de carácter infantil —muchas publicaciones, incluso, desde el siglo XIX empezaron a intercalar sus contenidos con grandes fotos y gráficos a color— *Chanchito* se imprimió exclusivamente en colores sepia, y las fotos y los dibujos fueron escasos.

Me inclino a pensar, dada la explicación anterior, que la revista está sugiriendo otro sentido para *lo ilustrado*; uno que tiene más consonancia con la tradición de ciertas ideas y programas del siglo XIX que acentuaban la importancia de la razón y abrazaban el progreso. El mismo Caro lo afirmó desde el primer número en la sección de “Pregunta y se os contestara”, la cual aparecía en las primeras páginas de cada número justo después de la editorial. “Chanchito’ que tiene algo de *ilustración* y mucha paciencia, está dispuesto a someterse a esta clase de interrogatorios. En adelante destinará una sección especial para contestar en forma breve y concreta las preguntas que le hagan sus lectorcitos por escrito” (*Chanchito*, 1.1.4).

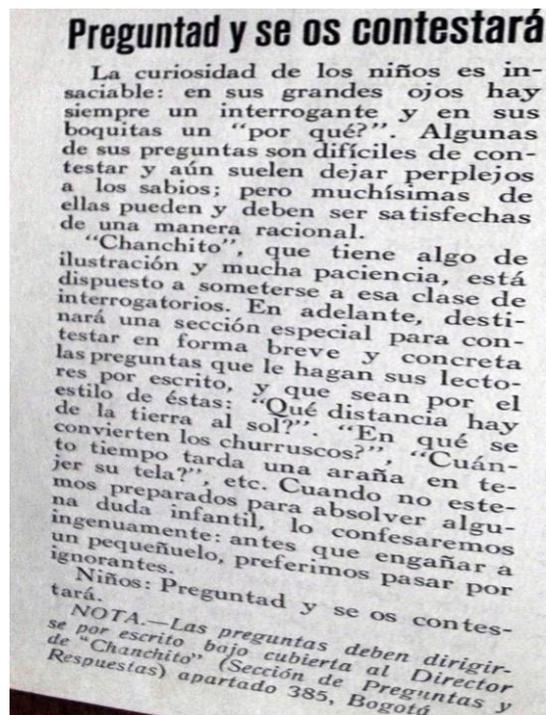
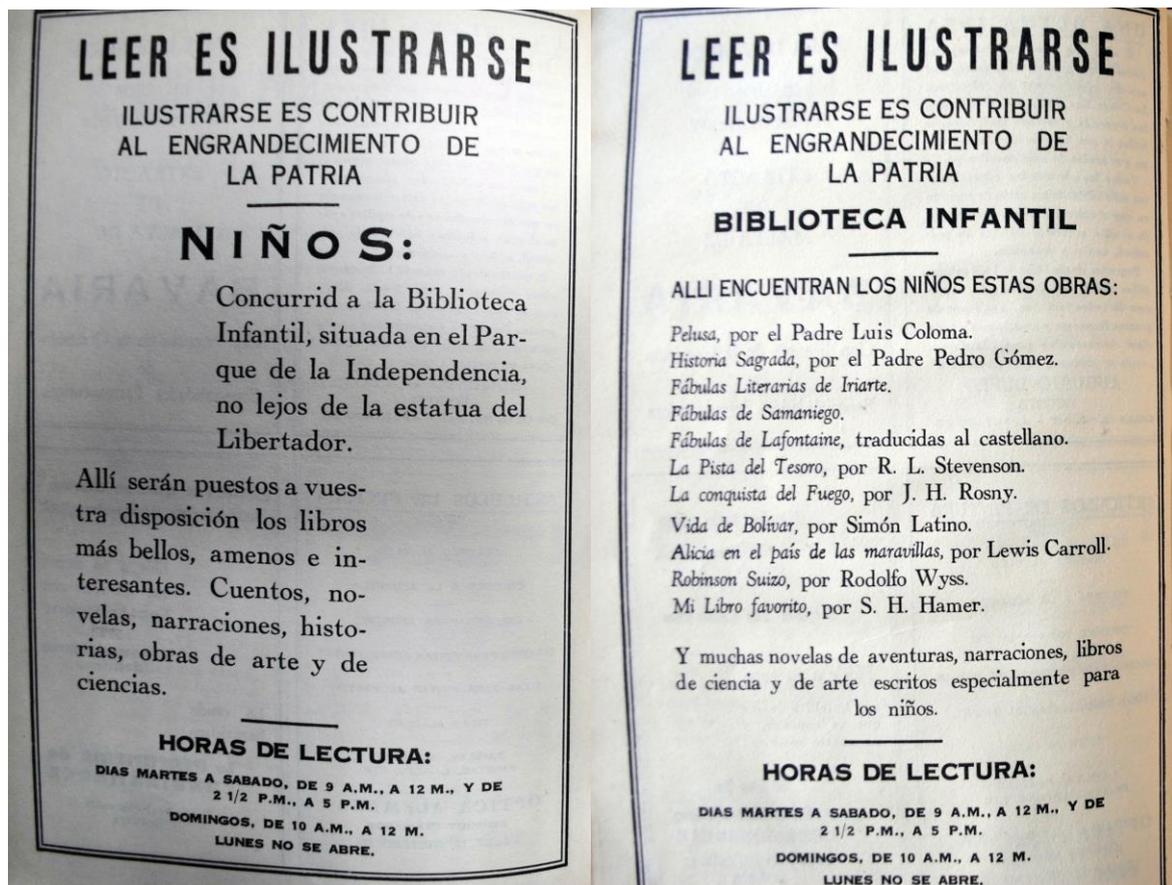


Figura 5. Pregunta y se os contestará. Fuente. *Chanchito*, 1.3.5.

En ese mismo sentido, aparecieron numerosas menciones a la razón en otros espacios de la revista en relación con la ampliación de lo nacional. Esta última referencia me ayudó a formar y confirmar mi idea de que Víctor Caro proponía, a lo largo de la revista, un proyecto nacional ilustrado.

En el siguiente anuncio, específicamente, se hace patente que el discurso literario no se separaba de los otros discursos, se definía como "bello, ameno o interesante", y, en ese orden de ideas, un texto que estuviera escrito correctamente y que tuviera valor moral, formativo o civilizatorio podría haber sido considerado literario. De ahí, y como era de esperar, un proyecto nacional ilustrado implica una concepción de literatura muy particular, una con un marcado fin didáctico. De ahí que la literatura estuviera muy cerca o se confundiera con la noción de lectura, pues esta contribuía, como vehículo de adquisición de conocimientos para niños, al fin último que supone la realización de la patria. Hay que recordar que esta definición de literatura no estaba muy lejos de la que se promovió durante el siglo XIX por parte de personajes como Miguel Antonio Caro, quienes consideraban que las letras y las artes no tenían valor por sí mismos.

Fuerame dado proponer a vuestra consideración, como en magnífico cuadro, la influencia que tienen estos estudios literarios y filosóficos en la elevación de los espíritus en la cultura y grandeza de las naciones. [...] No porque os estimule a que prosigáis sin intermisión ni desfallecimientos en vuestros estudios literarios y científicos, habré de principiar proclamando aquí un error funesto, que profesan algunos espíritus estrechos en sus miras o desatentos en sus propósitos. Jamás, jamás os diré, con aquéllos que a título de propagar las luces fanatizan la instrucción, que la ciencia en su más alto grado, ni menos cuando es incompleta y superficial, basta por sí sola a formar buenos ciudadanos. No, el saber no es una virtud, ni engendra la virtud, ni suple por la virtud. (Caro Tobar, 237)



Figuras 6 y 7. Avisos publicitarios. Fuente. *Chanchito*, 1.13.3. y *Chanchito*, 2.46.3

De esta forma, sugerir que el carácter de “ilustrado” que anuncia la revista en su nombre nada tiene que ver, o muy poco, con la intención de acompañar los textos con imágenes implica rehacer el perfil que se ha querido ver en *Chanchito*. Hasta hoy los pocos textos que han tenido como objetivo estudiar esta revista no han hecho explícito el papel de la literatura — como ya lo he sostenido en la introducción de este trabajo—, tal vez porque dadas las condiciones de la revista y de su autor, la literatura no tenía una definición única y autónoma,

sino una enriquecida por los discursos del siglo XIX; en la cual las letras hacían parte del “buen decir”, de una serie de conocimientos necesarios en función de una realización moral establecida por una clase dirigente e ilustrada.

Así bien, la principal diferencia entre la concepción de literatura expresada por Miguel Antonio Caro y la que fundaba la revista —ideas que provenían de su hijo, Víctor Caro— fue la de confiar en las artes, en la poesía, la labor de instruir, además de la de moralizar. Para Miguel Caro esta tarea ni siquiera debería ser contemplada sin antes no haber considerado que el arte debía elevar el espíritu en razón de los valores religiosos (Jiménez 2002, 238). Lo anterior no implica que Víctor Caro no se haya preocupado por los principios y las lecciones morales destinadas a los niños colombianos; lo hizo, ello lo demuestra la publicación de innumerables editoriales y textos que buscaban la formación moral y ética infantil, pero su objetivo primordial siempre fue el de ilustrar, no el de moralizar, aunque en el primero los valores y principios religiosos y católicos siempre tuvieron una importante relevancia, herencia de los discursos tradicionalistas de la Regeneración.

El juego de las voces: la multiplicidad de los personajes de *Chanchito*

Ya he mencionado de manera reiterada que Víctor Caro fue la figura más importante de la revista. Aparte de ser su director, fue su creador y principal colaborador, aunque ello no implicó que fuese la única voz manifiesta en la revista; de hecho, pocas veces añadió su firma para asignar su autoría a algún texto a excepción de la editorial. Su nombre se disfrazaba con algún seudónimo ocurrente, ya fuera relativo a Pombo, a la cultura popular o al mundo de los niños. De esa manera, entre los más recurrentes estaban: Amicis, Pepinito, Clarita, Peter Pan, Micaela y Morenito, los cuales representaban diferentes acentos y búsquedas de la revista. Por ejemplo, Peter Pan era la voz que anunciaba las nuevas películas estrenadas en los teatros de la ciudad y por ello, daba con entusiasmo la bienvenida a las nuevas tecnologías, uno de los aspectos menos tradicionales de la revista; otro tanto hacía Micaela, nombre escogido por Caro para firmar los poemas que eran escritos por él y que acompañaban los poemas de Pombo y el gran repertorio poético acumulado página tras página; Clarita, a su manera, reproducía las ideas que desde la revista se impartían sobre el estereotipo femenino; Morenito, por medio de un lenguaje muy sencillo, impartía sus conocimientos científicos a los más

chicos, dado que estos eran necesarios para su formación; Amicis, por su parte, agregaba el tono del “adulto ilustrado” a la revista, el del padre, el del profesor o el de la figura de autoridad de la familia, escribiendo textos de carácter más moralista con el objetivo de enseñar a los niños valores como el respeto y la generosidad.

A continuación, un aparte de la editorial número quince, en la cual Amicis se dirige a los niños con un lenguaje paternalista y educativo, que da cuenta de la gran diferencia que hay entre cada una de las voces que aparecen en la revista:

Tu profesor tiene mal genio y se impacienta: tú lo dices como si fuera una cosa rara. Piensa cuantas veces te impacientas tú, ¿y con quién? Con tu padre y con tu madre, con lo cuales tu impaciencia es un delito. Bastante razón tiene tu maestro para impacientarse alguna vez. Piensa en los años que hace que lidia con muchachos, y que si hay muchos cariñosos y agradables, encuentra también muchos ingratos, que abusan de su bondad y olvidan sus cuidados, y que, después de todo, entre tantos son más las amarguras que las satisfacciones. (Chanchito, 1.14.4)

Otra voz que tiene un carácter muy particular es la de Clarita, la cual demuestra que las niñas no son entendidas en su rol infantil, sino en su potencialidad de convertirse en madres, en otras palabras, son mujeres adultas en pequeña escala. Hay que resaltar que no se trata de cualquier mujer, sino de una que pertenece a una clase social de élite y que por ello puede tener ciertos privilegios.

Mis queridas amiguitas, como para nosotras es a veces muy trabajoso ir a la cocina, pues no todas las cocineras nos ven con agrado en sus dominios, voy a procurar enseñarles a preparar algunas frutas, para que puedan ayudar a sus mamás. Tomaremos una piña que tenga muy bonita forma y un cogollo bien fresco para que todo nos ayude a darle a nuestro trabajo mejor aspecto. [...] Confiada en que harán estos pequeños ensayos para ayudar a sus mamás, les prometo irles enseñando mis conocimientos en estos quehaceres domésticos. (Chanchito, 1.1.19)

Así bien, frente a tal pluralidad de voces: la del poeta, la del científico, la del profesor, la de la niña, la de la madre, la del padre y la del director, se concede la voz a muchas otras voces diferentes a la de Víctor E. Caro, y por ende, un lugar dentro del proyecto nacional. A estas se le suman la del historiador, la de los demás poetas y autores, y claro, la de los niños lectores de *Chanchito*, para configurar una propuesta desde donde se entabla un diálogo que aparenta ser comunal y que prefigura un lector infantil ideal: aquel que ostente todas esas características, que ya los diferentes narradores de la revista han construido en sus secciones.

El hecho de que *Chanchito* definiera un lector infantil, esto es, que dentro de su proyecto de patria soñada existiera un lugar para los niños —y no cualquier lugar, sino uno relevante— determinó una nueva inscripción de espacios y roles nacionales, probablemente sin precedentes en la historia del país. Tal giro coincidió, como ya se ha planteado antes, con una época caracterizada por las transformaciones y las nuevas reformas educativas que ampliaron la forma de ver y entender el mundo infantil, y que tuvieron eco en un hombre que siempre tuvo un gran sentido nacionalista que entroncaba con la familia, la poesía y las letras en su sentido civilizatorio y moral. Acaso imaginar que existe un nuevo integrante, uno que hasta ese momento no había sido valorado como tal en ese gran territorio llamado *patria*, implicó un movimiento de reorganización y de reinscripción social.

Tal integración es también política, pues al imaginar la ampliación de los límites de un país y al integrar otras subjetividades, se dibuja un nuevo espacio donde se convive con miembros diferentes y a la vez, condicionado por renovadas relaciones de poder. Así también lo sugiere Fernando Villena al recordar que dicho movimiento es importante para mantener los discursos nacionales actualizados: “La nación debe ser capaz de articular las prácticas culturales residuales y emergentes con el fin de concretar su propio imaginario. En ese sentido, nacionalizar los márgenes y las minorías debe ser uno de los aspectos capitales. El imaginario nacional puede quebrar su coherencia si no existe una relación entre la contemporaneidad y su pasado” (8).

Ahora bien, aunque es cierto que la revista intentó abrir un espacio para los niños, aquellas subjetividades que históricamente no tenían un lugar muy claro, al menos en el aspecto cultural, sería obtuso afirmar que lo haya hecho para todos los niños y niñas del territorio colombiano. De hecho, Víctor Caro estaba muy lejos de creer que le escribía a minorías o a sujetos de alguna forma marginalizados; él estaba seguro, por el contrario, de que estaba entablando un diálogo con quienes serían los próximos presidentes y grandes políticos de la nación. En la siguiente cita, Caro recuerda que fue invitado a una de las clases de los estudiantes del colegio Gimnasio Moderno para hablar sobre “el poeta de la infancia”, Rafael Pombo.

No sé bien lo que les dije ni si mis palabras fueron entendidas: lo que sí sé es que recibí el regalo delicioso de los aplausos infantiles, más grato al oído que el de las multitudes. Enseguida, varios de aquellos niños que llevan los nombres de quienes dirigen el País, las letras, las finanzas y la política, fueron subiendo por turno a la tribuna de un taburete, y recitando en

mi honor esos cuentos y esas fábulas que hace cincuenta años vienen floreciendo en “los húmedos labios de carmín” de millones de niños, sin perder su frescura, su gracia picaresca, su suave y perfumado encanto”. (*Chanchito*, 1.20.4)

Dado lo anterior, y pese a que el proyecto de Caro intentó convertirse en “el espejo del alma nacional infantil en Colombia”, como se afirmó en la primera editorial, lo cierto es que eso no se materializó en la revista, o al menos no para todos los niños y niñas. Víctor Caro formuló un proyecto en el cual suscribía una territorialidad, donde Bogotá era el centro y la periferia no tenía relevancia; donde los niños jugaban un rol más importante que las niñas; donde se hacían patentes las diferencias de clase, e incluso de raza y de educación, y donde la ciudad tenía mayor relevancia que el campo.

Tales menciones constituyen el objeto de este análisis: pertenencias, ausencias y roles muy específicos que se crean dentro de los límites de la revista y, por ende, del país imaginado por esta. Esta determinación de espacios y personajes que no solo se hacía patente en las editoriales, sino en las demás secciones de la revista, fundaban las ideas más importantes de la publicación y proyectaban, desde sus páginas, un lector infantil que se asemejaba más a las ideas promovidas un día por Caro cuando recordaba los grandes personajes ilustres del siglo XIX: “[...] Representante genuino de una casta de bogotanos, letrados y militares de gustos aventureros y temperamentos aristócratas, que tiene por ascendente espiritual a Don Antonio Nariño” (Caro de Narváez 1964, 51).

Los niños en *Chanchito*: los ciudadanos de una nación imaginada

Si se hace un repaso de las principales secciones de la revista, pero sobre todo de las editoriales hechas por Caro —pues es allí donde el director imprimió sus opiniones y determinó la dirección que seguiría la revista—, se verá que desde los primeros números se imaginó un espacio en el que los niños se enuncian y participan en la publicación de maneras muy particulares. Analizar cada uno de estas formas de enunciación, de discursos, daría una pista sobre cómo podría llegar a comprenderse el proyecto nacional ilustrado dirigido a un público infantil.

- **Las niñas y los niños:** pese a que no existen como tal secciones para niños y secciones para niñas, a excepción de la ya mencionada “Los consejos de Clarita”, sí es cierto que a lo largo de las editoriales se promueve una serie de conductas que posibilitarían que un día las mujeres se convirtieran en amas de casa y los hombres, en los presidentes, políticos, militares, maestros, doctores y escritores, esto es, los cargos que tenían mayor relevancia y reconocimiento a nivel nacional.

Todo eso fortalece el modelo de la familia que es constituido por el padre, la madre y los hijos, el núcleo social más importante para Caro, pues es allí donde se imparten los valores y las enseñanzas más importantes. Así se sugiere en la editorial del número once “Los juguetes caros”, en la cual se informa sobre la crisis de los juguetes que acontece en el país y que ha ocasionado que: “[...] Muchos de nuestros futuros militares no pueden hoy iniciarse en las artes de la guerra por falta de un pelotón de soldaditos de plomo, y muchas de las futuras mamás no pueden prodigarles los tesoros de su ternura a una hija de cartón, de celuloide o de loza” (*Chanchito*, 1.11.4).

- **La élite y la periferia:** la siguiente cita da cuenta de la forma como se describe a los niños de los colegios privados, que son mencionados por virtud de ser quienes podrán ostentar cargos como los líderes de la nación, y a los estudiantes de escuelas públicas, quienes a pesar de su vida marcada por las dificultades, si se esfuerzan mucho, serán un día músicos o artistas reconocidos —no políticos— como Rómulo Rozo o Morales Pino, un pintor de origen indígena y un músico campesino, respectivamente. Esta mención da cuenta de la dificultad de superar las brechas sociales heredadas de un modelo social y político donde el poder lo ejercen las familias y hombres de élite en la ciudad de Bogotá, mientras que los pobres, campesinos e indígenas deberán continuar ocupando un lugar marginal.

Qué muestrario tan nuevo y variado de caritas infantiles: caras plácidas de niños ambulantes y dispersos que parecen obedecer a la consigna de re mudarse incesantemente a fin de que nunca haya una calle privada de su presencia y de su fragancia: caras limpias, coloreadas por el sol, de los ocupantes de esas inmensas jaulas, llenas de gorjeos, que llevan inscripciones como estas: Expresos del corazón de Jesús, del Gimnasio Femenino, del Moderno, del Instituto pedagógico, caras pensativas y graves de los alumnos de escuelas públicas, de cuyas filas saldrá quizá mañana un Romulo Rozo o un Morales Pino; caras azotadas por todos los vientos de

vendedores de la prensa y las loterías, de pregoneros de dulces de almíbar, argentinos y polares... Caras de niños del campo y caras de niños de la ciudad; caras animadas por una movilidad extrema que corresponde a los saltos bruscos de una temperatura interior, porque en esas naturalezas, como en ciertas regiones tropicales, el paso de la sombra a la luz no tiene crepúsculos. (*Chanchito*, 1.16.4)

- **La ciudad versus el campo:** este último fragmento de la revista también sugiere que los niños de la ciudad y los niños del campo no son iguales. Su educación y su origen construyen una barrera inquebrantable y determinan que tanto uno como otro deban recibir conocimientos y lecciones distintas, pues las aplican a contextos y necesidades completamente diferentes. La forma como se enuncia esto en algunas editoriales da cuenta de un lenguaje paternalista tal y como se ve en la siguiente cita, la cual hace parte de la editorial: “Una conversación de Papá Rico”, en la que Caro recuerda las palabras de Rafael Lleras Codazzi —conocido en el mundo infantil como Papá Rico— y quien como director del Museo nacional de Colombia le dio la bienvenida a un grupo de niños provenientes de escuelas rurales:

Por hoy mis deseos se reducen a despertar en ustedes la curiosidad, para que cuando regresen al pueblo natal interroguen a los árboles, los animales, las piedras, las fuentes, en fin, todo lo que constituye el ambiente de campo, hasta conocer lo más posible, *el rincón de Colombia, donde les ha tocado nacer y contribuir a su progreso y engrandecimiento*. Desde cierto punto de vista están ustedes en mejores condiciones que los alumnos de las escuelas urbanas, porque, si es verdad que no gozan de las comodidades de la ciudad, en cambio están en un contacto íntimo con las obras de la Naturaleza, lo cual levanta el espíritu y embellece la existencia. (*Chanchito*, 1.17.5. Cursivas mías)

La anterior cita revela la tensión que existe entre la ciudad y el campo, y el lugar marginal, “el rincón”, que se le ha otorgado a este último. Acaso los campesinos podrían y deberían contribuir al progreso y engrandecimiento de la nación, pero solo lo harían en la medida en que no poseen los conocimientos y privilegios intelectuales de la ciudad y por ello, experimentan una relación distinta con la naturaleza. Esta relación de autoridad se sustenta en la imposibilidad de ampliar el centro y con ello, el control del poder político y económico centralizado en la capital, Bogotá. Aquí también sería oportuno anotar que, pese a la actitud paternalista, sobresale la nostalgia por el campo y

por la naturaleza que ha sido completamente desvinculada de la ciudad. Se muestra el campo como el paraíso perdido que tanto se añora.

- **El centro y la periferia:** la editorial del número 56, “Los chibchas”, fue la única editorial —de las 63 que se publicaron en total— que tenía algún tipo de referencia indígena. De hecho, no hubo muchas más ni siquiera en la sección “Los retazos de la historia”, la cual tenía como objetivo la reconstrucción de la historia nacional. Precisamente, en ese texto Caro recordaba una de sus tantas visitas al Gimnasio Moderno, en la que “[...] platico con ellos unos minutos, examino sus últimos relieves en plastilina y curioso los cuadros murales que presentan el cuadro de desarrollo de algún centro de interés por cuyo medio los niños, sin salirse de su esfera encantada, estudian por diversos aspectos muchas cuestiones vitales relacionadas con la riqueza, el progreso y el bienestar del país” (*Chanchito*, 3.56.4).

Allí, el director recordó haber asistido a la tercera clase del primer nivel de enseñanza del colegio y haber visto cómo los estudiantes eran estimulados para iniciar sus propios proyectos editoriales. De tal manera, y siguiendo las instrucciones de su maestra, ellos debían escribir, ilustrar e imprimir un libro cuyo tema central serían los chibchas; los cuales se representaban como personajes ficticios y lejanos, dadores de cierta sabiduría, pero que necesariamente debían ser civilizados por la élite. Finalizada la editorial, aparecía justo después la sección conocida como “Los amiguitos de *Chanchito*”, en la que se publicaron las fotos de un caserío indígena en el Amazonas y algunas imágenes más de la ciudad de Leticia.





Figuras 8 y 9. Imágenes de Leticia, lugar de asentamiento indígena. Fuente. *Chanchito*, 3.56.14.

Con un propósito muy parecido apareció en la misma sección, pero del número 23, la siguiente imagen.

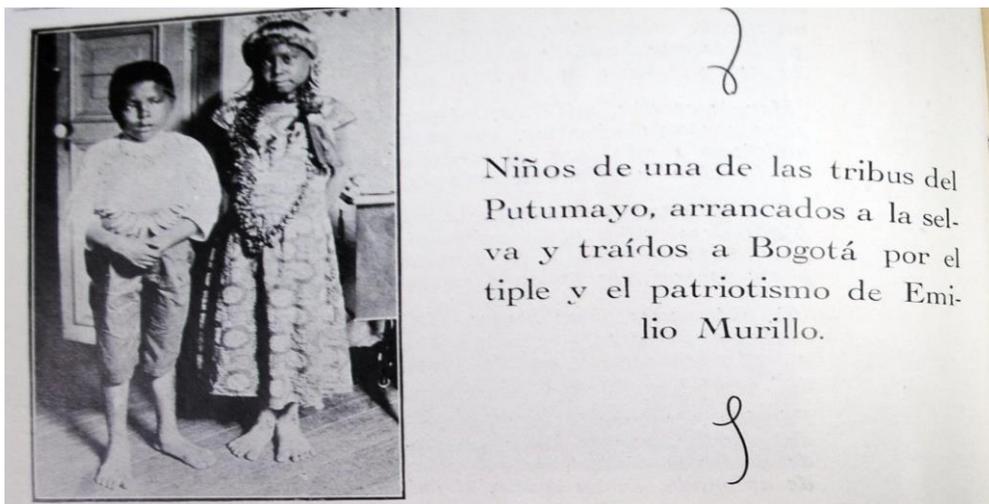


Figura 10. Foto de niños indígenas provenientes del Putumayo. Fuente. *Chanchito*, 2.23.14.

Tales fotos descubrían la región que la mayoría de los lectores de *Chanchito* no habían siquiera visto, un espacio que, aunque sugerido, era ficcionalizado a través de la narración de los estudiantes del Gimnasio Moderno, y que por medio de las fotos era exotizado, dándole la certeza a los niños de que lo que estaban viendo era un paisaje que no podía ser parte del país

que ellos supuestamente conocían —de hecho, los lugares fotografiados se muestran deshabitados—En esa medida, los niños indígenas debían ser trasladados al centro, Bogotá, para ser educados en sus valores y de esa manera poder ser considerados ciudadanos³⁰. Llama la atención que a esta imagen la acompañe una mención a Emilio Murillo³¹, conocido por ser un afamado músico, defensor y gran divulgador de la música colombiana, pues demuestra la actitud tan característica de esa época y de la revista que consistía en vincular todos los discursos, especialmente el artístico, al espíritu y la búsqueda de lo nacional.

De esa forma, y teniendo en cuenta el anterior análisis, es posible identificar, al menos parcialmente, algunas rasgos de lo que se ha denominado hasta ahora proyecto nacional ilustrado. Entiendo que con el objetivo de trazar unos límites y unos valores amparados en el tema de lo nacional —que además deben entenderse en un contexto histórico y cultural marcado por el predominio de discursos patrióticos— *Chanchito* estableció caminos, límites, normas y roles para así lograr la consolidación de la nación.

Justamente, y dada la naturaleza de las ideas de Víctor E. Caro, cuyo influjo principal viene de los discursos de la clase ilustrada y de élite de la ciudad de Bogotá, que ya desde la Regeneración había puesto como bandera máxima la religión, la moral, el “buen decir” y en general, valores conservadores que salvaguardaran la sociedad, la revista determinó una suerte de modelo de lector infantil. Así, los niños debían ser hombres (preferiblemente) blancos, urbanos y de clase alta, mientras que los niños campesinos, indígenas o pobres debían ocupar un lugar marginal en la medida en que no hacían parte de ese círculo. Otra vez la sección “Los amiguitos de Chanchito” lo confirma, puesto que publica en casi todas sus páginas fotografías de niños y niñas en colegios de élite, reinas de eventos multitudinarios o niños realizando ritos religiosos.

³⁰ Hay que recordar que esta actitud, la de incluir y “salvar” a los pueblos indígenas, no fue aislada; era el resultado de ciertos programas adelantados por el Ministerio de Educación y por algunos intelectuales como Luis López de Mesa, Miguel Jiménez López y Emilio Robledo, quienes convencidos de la idea de “degeneración de la raza”, le apostaron a la educación para cambiar los hábitos y las costumbres nocivas y así adecuarse a las nuevas condiciones que un país modernizado exigía.

³¹ De igual manera, se debe aludir a las anteriores referencias de Rómulo Rozo (1899-1964) y Pedro Morales Pino (1863-1926), además de la de Murillo (1880- 1942), quienes fueron también reconocidos como grandes artistas en su tiempo, y sobre todo, como defensores del arte y de la identidad nacional. Estas constantes menciones a los escritores y músicos arraigados en un discurso nacionalista dan cuenta de la posición de la revista frente a las artes en general, y plantean una pregunta al tiempo que una ruta de estudio: ¿las revistas literarias de esa época y sus directores fueron propagadores de las artes nacionales y en este caso, de la literatura?



Figura 11. Niñas que hicieron la primera comunión en el colegio Chester de Bogotá. Fuente. *Chanchito*, 3.51.14.



Figura 12. Niños del colegio de las hermanas de la caridad en Chapinero, Bogotá. Fuente. *Chanchito*, 3.54.14.

Los retazos de historia

Un aspecto que no puede dejar de ser contemplado dentro del proyecto nacional es la reconstrucción de la historia. Con esto, quiero decir, la invención de discursos alternativos que contemplen nuevos héroes, nuevos símbolos, nuevas versiones y, sobre todo, una nueva tradición que legitime y celebre la creación de una patria, y, en esa medida, posibilite el proyecto futuro. Caro lo comprendió desde el principio y así lo manifestó en la primera editorial de la revista, en la que estableció la importancia de conocer la historia de nuestros antepasados, “sus mejores hijos”:

Un joven historiador os hará guardar un minuto de silencio, os referirá en cada número un episodio, una hazaña o una anécdota de alguno de vuestros antepasados. Leed esta página con cuidado para que vayáis conociendo la historia de esta tierra bendita, y las vidas de sus mejores hijos, a fin de que cuando lleguéis a la edad de hombres, aunque solo sea por no quedarnos atrás, por no ser menos que otros, honréis a la patria sirviéndola con absoluta hidalguía y abnegación, y amándola con fervoroso entusiasmo. (*Chanchito*, 1.1.4)

Con ese objetivo se publicó número tras número la sección “Retazos de historia”, en la que el historiador Guillermo Hernández del Alba, apodado Tío Remiendos, recordaba algunos hechos históricos relevantes. Entre los aspectos que más sobresalieron de esa sección fueron los llamados héroes de la patria, que además de ser valorados por su valía y su contribución a la formación del país, se convirtieron en el modelo de ciudadano y de hombre moralmente correcto. Ellos, al personificar muchas de las características que la revista celebraba (ser hombres, de clase alta, militares y políticos), le daban lecciones educativas y de buena conducta a los niños a través de los relatos publicados.

Uno de los aspectos más interesantes de esta sección fue la constante alusión a la niñez, pues se hacía patente que los próceres nacionales fueron un día niños, que gracias a su labor en la guerra en favor de su país, se transformaron en adultos dignos y respetables. La siguiente cita hace parte del texto *Las locuras de mi comandante*, en la que Tío Remiendos recuerda las principales proezas del General José María Córdoba y las razones que lo llevaron a su locura. Asimismo, se pone énfasis en su transición de la infancia a la adultez.

Había partido siendo un niño; y después de incesante lucha volvía cubierto de gloria y luciendo los ascensos y condecoraciones que ganara en las cruentas campañas de 1815, 16, 17, 18, 19;

tornaba con el altísimo nombramientos de Gobernador y Comandante General y encargado de liberar su tierra nativa; de organizarla para continuar la lucha, levantar el espíritu, enervado, de sus conciudadanos. Inmensa labor que iba a pesar sobre un hombre tan joven que solo acababa de cumplir los veinte años, así que sus coterráneos dudaron de sus aptitudes y de su voluntad hasta el momento supremo en que le vieron acometer de frente la obra; llena de increíbles energías, talentos y valor a toda prueba. (*Chanchito*, 1.1.17)

Los contenidos de los textos eran muy variados, probablemente porque a la luz de Tío Remiendos y de Víctor E. Caro los discursos de carácter histórico permeaban casi todos los argumentos. Así, en un número podía publicarse un poema alusivo a las obras, a las hazañas o al admirado origen español de Antonio Nariño, o bien, otros relatos que, escritos en clave más narrativa y con sugerentes imágenes fantásticas, evocaban las aventuras del caballero Manville o del Preste Juan en “Las aventuras de Manville” o en “Pablo, el físico”. En ambos casos, lo que más se subrayaba era la valentía que tenían estos hombres para emprender viajes que les tomaban años; en otras palabras, su cualidad de aventureros, pues al hacer las veces de nuevos descubridores tenían una función primordial a la hora de formar una nueva nación y de contribuir a la creación de un pasado común. Lo más interesante de este punto, la valía y el carácter aventurero y descubridor, se retoma en otras secciones de *Chanchito* como en la poesía o las novelas, convirtiéndose en un valor muy apreciado por Caro.

En el siglo XIII hubo en Inglaterra un inquieto aventurero, el caballero Manville, que aburrido de la vida que llevaba en su tierra, se lanzó por esos mundos en busca de sorpresas. Por varios cuentos sabía la existencia de un país maravilloso, y creyendo como yo creía de chiquito, dijo hasta luego a sus padres y hermanos que se quedaron llenos de lágrimas y con la seguridad de que no volverían a verle; y sobre una frágil embarcación se fue a mar adentro. (*Chanchito*, 1.13.17)

Otro texto de carácter más moral, y que aporta otra visión de esa sección, hacía referencia a *Cómo se educaron nuestras tatarabuelas*, el cual recordaba la vida de una mujer ilustrísima y de gran abolengo que decidió, una vez quedó viuda, dedicar su vida a salvar a las mujeres de las costumbres de las calles, iniciarlas en el camino espiritual y crear un colegio de élite para las señoritas de Santafé. Sobresale de ese texto la intención de Guillermo Hernández de Alba de contribuir a la educación y las buenas maneras de las niñas del país.

Todo su dinero, que no era poco, lo dedicó llena de entusiasmo a la fundación del colegio de la Enseñanza, de Santafé. El 2 de abril de 1733, muerta ya Doña María Clemencia, se avisó a todo

el mundo que se comenzaban las tareas. Veinticinco niñas de las más nobles familias fueron matriculadas y las monjitas no daban abasto con la multitud de chinas de la calle que les llevaban para que las educasen. (*Chanchito*, 1.7.17)

Igualmente, resalto de esa sección la invención de personajes infantiles dentro de los relatos, contruidos como seguidores de héroes nacionales o como testigos de los acontecimientos más relevantes. Aquellas menciones supusieron tanto un llamado para que los niños se incorporaran a las filas de los próceres y siguieran sus acciones caracterizadas por el amor incondicional a la patria, como una manera de cuestionar la Historia que jamás ha contemplado a los niños como sujetos autónomos, y con ideas y papeles propios en ella. De esa forma, en el número tres de la revista se publicó el siguiente texto *De como un niño como vosotros conoció a Bolívar*, narración que exhortaba a los niños a pensarse dentro de ese gran entramado temporal de la historia. “[...] Cuántas veces al estudiar la historia de la patria hubiéramos querido ser ya un modesto soldado para luchar bajo las órdenes de Bolívar, o ya uno de sus oficiales como lo fueron Santander, Sucre, Soublette. (*Chanchito*, 1.4.17)

De tal suerte, en el relato se recuerda a un pequeño de nombre Juan Francisco —que bien podría ser cualquiera de los lectores de *Chanchito*— quien fuera un gran admirador y seguidor de las ideas de Simón Bolívar. Allí se resalta la gran valía de Bolívar, pues tras vencer en una importante campaña, decide volver a su natal Venezuela para luchar. En su camino entre Bogotá y Caracas decide pasar por Paipa, y es ahí, en medio de una hazaña muy riesgosa, donde se encuentra con el niño y este tiene el gran placer de conocerlo.

Bien lectorcitos, va mi retazo de historia. Hubo un niño, como vosotros, que desesperaba por conocer a Bolívar. En todas partes oía su nombre, en las iglesias se rezaba por su vida, porque Dios le colmara de bendiciones; en las casas se ponía su retrato en el salón; todos le llamaban el Libertador y se bendecía su nombre. Acababa de derrotar con sus tropas un poderoso ejército en Boyacá y nos había hecho libres. El niño de mi historia supo que el Libertador, infatigable por alcanzar el bien de sus semejantes, no quiso esperar en Bogotá después de la batalla que he nombrado, ni siquiera a tomar un merecido descanso, antes bien emprendía ahora a la cabeza de su ejército la campaña libertadora de su patria, Venezuela, con el mismo interés que había emprendido la de Nueva Granada. (*Chanchito*, 1.3.17)



Figura 13. En la sección “Retazos de historia”, *De como un niño como vosotros conoció a Bolívar*.

Fuente. *Chanchito*, 1.3.17.

La mención a Bolívar, y a otros próceres nacionales, da cuenta del interés de Tío Remiendos de elaborar, o mejor, de reelaborar la historia del país en las claves que ya he mencionado. Los héroes lo son en tanto representan valores y principios admirables, y aportan a la construcción de una historia común. En esa medida, no pueden faltar los textos que recuerden y festejen nuestras principales batallas, símbolos y fiestas, pues se trata de informar y enseñar a los niños sobre los hechos más importantes para el país, al mismo tiempo que se despierta en ellos amor y respeto por la nación donde nacieron y a la que le deben su obediencia. Hay que mencionar que en ese recuento de la historia nacional se pone énfasis en la gran significación que tuvo Bogotá, las familias de abolengo, y la tradición española, que no se desdeña, sino que, por el contrario genera admiración y orgullo. Así se constata en la publicación del número 20, 7 de agosto, en la que se rememora la Batalla de Boyacá.

La tercera década de julio y la primera de agosto, nos trae todos los años el recuerdo de días gloriosos para la patria. ¿Cómo olvidar la fecha que encabeza mi retazo de hoy? Más no quiero seguir adelante sin lamentarme con vosotros de que en días que dedicados están a la historia de nuestra Bogotá y para recordar la batalla a la que le debemos la libertad, nadie piense en ellos y que muy al contrario se trate de borrar su memoria, con estos carnavales que a todos nos disponen menos a la gratitud por nuestros libertadores, y por aquellos valerosos soldados de España a quienes debemos esta bella ciudad de Bogotá. (*Chanchito*, 1.20.17)

La poesía, la novela y la nostalgia pastoril

Hasta acá no se ha mencionado el contenido literario como tal. Novelas, cuentos, fábulas y sobre todo, la poesía, ocuparon un lugar selecto dentro de la revista. Acaso, como ya lo he mencionado antes, porque se consideraba que su lectura contribuía, junto con los otros conocimientos, al fin último de la revista, que era ilustrar, estos textos no se diferenciaban de los demás. Con todo, un análisis de algunos fragmentos de esos textos podría aportar otra perspectiva sobre la concepción de literatura expuesta por Caro, y, por ende, de la finalidad del proyecto nacional ilustrado. Ahora bien, si se revisa con cuidado la revista, se verá que algunas formas literarias implicaban una oposición entre dos sensibilidades: la tradicional y la moderna, y por ello, entre dos espacios: comunes, el campo y la ciudad. Lo anterior sugiere, de manera anticipada, que Caro intentaba dialogar con ambas perspectivas e incluirlas, a su manera, en la construcción de su proyecto nacional.

De esa manera, la cantidad de textos publicados en la revista fue tan variada que poco tuvo que envidiarle a los escritos de carácter exclusivamente literario publicados por esa época y mucho menos a las publicaciones infantiles. Nombres como los de Herbert George Wells, Lewis Carroll, Rafael Obligado, Diego Fallon, Rubén Darío, Manuel Machado, Luis de Tapia, Gabriela Mistral, Jesús María Arteaga, Gregorio Gutiérrez González, José Asunción Silva, Isabel Lleras Restrepo, José Jackson Veyan, Santiago Pérez Triana, Pablo Neruda, Vital Aza, entre otros, aparecieron juntos por primera vez en una revista dedicada a los más pequeños. Esto determinó que la publicación formulara una suerte de “canon” y, con ello, que fueran apareciendo página tras página imágenes, evocaciones y espacios similares, los cuales articulaban y matizaban diferentes posturas acerca del país imaginado.

De acuerdo con lo anterior, es necesario recordar que fue Rafael Pombo la figura tutelar de la revista. Así, en cada ejemplar se publicó al menos un poema o fábula del autor colombiano; igualmente, se dedicó todo un número para conmemorar su nombre y su obra infantil, pues este era el aspecto más destacado de todas sus creaciones. Con ese propósito, el director escribió en la editorial del número dos: “Concurso de dibujo para ilustrar los cuentos de Pombo”, en el que además de invitar a los niños a que se sumaran a un concurso de dibujo organizado por el Centro literario Rafael Pombo y por el director de educación pública del

departamento, se les reveló la importancia de seguir leyendo al poeta para niños por excelencia:

En noviembre de este año, queridos lectorcitos, se conmemorará en esta ciudad el centenario del nacimiento de don Rafael Pombo, el autor de “Chanchito” y de muchos otros cuentos maravillosos, el poeta afortunado que recibió del cielo la tarea de conmover los corazones jóvenes y de encantar las mentes infantiles con la magia de sus versos, recitados, durante medio siglo por miles y millones de niños. (*Chanchito*, 1.2.4)

La significación que tiene leer a Pombo en clave infantil, tal vez la faceta más recordada de quien fuera también consagrado como poeta nacional de Colombia, da cuenta de la intención de Caro de legitimar un proyecto nacional en el que los niños son el centro, y de reproducir los valores y las enseñanzas que tanto han marcado a generaciones de lectores de Pombo. El lenguaje festivo, el humor y el tono satírico, la moraleja y la virtud propia de la religión son algunas características de poemas, traducciones y fábulas como “Chanchito”, “La pobre viejecita”, “Simón el bobito”, “El niño y la mariposa”, y “Rin rin renacuajo”, todos ellos publicados en la revista; igualmente, algunos de esos mismos aspectos se retomaron en otros poemas publicados en la revista.

A continuación, un fragmento de *El gato bandido*, el cual fue publicado en el número seis de *Chanchito*. Ahí se relata la historia de Michín, un gato que decidió darse a la fuga de su casa y cambiar su vida tranquila junto a su familia por delinquir, hasta que un día, en medio de sus aventuras criminales, se encuentra con un perro que le roba y lo golpea hasta dejarlo medio muerto. El pobre gato se arrepiente y vuelve a su casa para así enmendarse. “Recoge su sombrero,/ Y bajo un sol que lo abrasa,/ Paso a paso vuelve a casa/ Con aire humilde y contrito./ “Confieso mi gran delito/ “Y purgarlo es menester,/ Dice a la madre; “has de ver/ “Que nunca más seré malo,/ “¡Oh mamita! dame palo/ “¡Pero dame qué comer!” (Pombo en *Chanchito*, 1.6.9)

Así bien, sobresale de esta fábula, como de la gran mayoría escritas por Pombo, la intención de enseñar a los niños la virtud y la obediencia. Aquellas, en general, se ilustran como en *Chanchito* por medio de un personaje que primero se equivoca, obra en razón del instinto y de los impulsos, y después, gracias a una lección entendida duramente, aprende a comportarse movido por el uso de su razón y de sus buenos principios.

Adicionalmente, en la publicación se destacaron sobre todo los poetas españoles que escribieron y publicaron hacia mediados y finales del siglo XIX, e incluso mucho más atrás. Ese fue el caso de personajes como Tomás de Iriarte, Félix María de Samaniego, Luis de Tapia, Vital Aza, Manuel Machado y otros tantos que, con su publicación en la revista, revelaron el gran interés que sentía Caro por la poesía española clásica y en mucha menor medida por la de otros países —sin embargo, ello no quiere decir que otros autores menos tradicionales o de otros países no aparecieran—. Y aunque no sea posible establecer una armonía entre todos los poetas a riesgo de simplificarlos y generalizarlos, podría llegar a determinarse unas imágenes e ideas comunes. Entre ellas se encuentran el cuidado de la forma, la rima y el verso; así, hay pocos autores que se sustraigan a la concepción conservadora de la poesía. Aquello se constata en los siguientes fragmentos de dos poemas escritos en períodos muy distantes. El primero de Tomás de Iriarte (1750) y el segundo de Vital Aza (1851).

Esta fabulilla,/ salga bien o mal,/ me ha ocurrido ahora/ por casualidad./ Cerca de unos prados/
que hay en mi lugar,/ pasaba un borrico/ por casualidad./ Una flauta en ellos/ halló, que un
zagal/ se dejó olvidada/ por casualidad./ Acercóse a olerla/ el dicho animal,/ y dio un resoplido/
por casualidad. En la flauta el aire/ se hubo de colar,/ y sonó la flauta/ por casualidad./ «¡Oh!»,
dijo el borrico,/ «¡qué bien sé tocar!/ ¡y dirán que es mala/ la música asnal!». Sin reglas del
arte,/ borriquitos hay/ que una vez aciertan/ por casualidad. [...] (Iriarte en *Chanchito*, 2.27.9)

¡Oh, tú, luna encantadora,/ que lumbré gratis nos das!/ ¡Oh, tú de Febo señora,/ ilustre
competidora/ de las fábricas de gas!/ ¡Tú que nunca sientes penas/ en el trono en que reposas!
¡Tú que en las noches serenas/ habrás visto tantas cosas,/ unas malas y otras buenas!/ ¡Tú que en
más de una ocasión/ sufres con resignación/ que un mal poeta te cante,/ oye la lamentación/ de
este mísero cesante!/ ¡Óyeme sólo un momento!/ que en este mundo, ¡ay de mí!/, nadie escucha
mi lamento./ Y si a ti no te lo cuento,/ ¿a quién se lo cuento, di? [...] (Aza en *Chanchito*, 1.13.9)

De esta manera, se verifica en ambos poemas, en primer lugar, la consagración a las formas clásicas y en segundo lugar, las referencias y espacios tradicionales que evocan ambientes rurales, casi idílicos; más propios de un tiempo en el cual el poeta cantaba, en el que tenía el don de la palabra. Menciones a *Febo* y a la *flauta*, pese a pertenecer a tiempos, sujetos y contextos distintos, sustentan dentro de la revista la nostalgia que se expresa por no sentirse

ya en un mundo donde la poesía tiene un lugar central, donde es sinónimo de verdad y de virtud.

De igual modo, existe una identificación con poetas y motivos españoles en la literatura. Justamente, esa filiación con lo hispano, que de ninguna manera se cuestiona en la historia, tampoco se hace con la tradición literaria; todo lo contrario, se abraza y celebra los lazos que de alguna manera conectan con España, que se consideran que han salvado la propia producción y a los escritores. Aquello podría explicarse si varios de los escritores colombianos publicados en *Chanchito*, como lo Diego Fallon, Santiago Pérez Triana, Gregorio Gutiérrez González y hasta el mismo Rafael Pombo, se llegasen a identificar con unas corrientes clásicas hispánicas. Esto lo hace el mismo Caro en alguna de sus editoriales al reconocerse como español, y al reconocer en escritores colombianos o de otros hemisferios una clara tendencia a modos y rasgos españoles. Así, en la editorial del número 31, el director escribe en honor al poeta y músico Diego Fallon en el centenario de su nacimiento, a fin de identificar en él una herencia hispana.

Aunque hijo de ingleses, tenía don Diego una finura muy de literato español o meridional: barba blanca, tez morena, ojos pequeños y vivos y frente ancha surcada de arruga. Solía permanecer con la cabeza inclinada y en silencio, más de pronto, como despertando de un sueño, se erguía, le daba cuerda a la imaginación, empezaba a hablar y era tal la magia de sus palabras y la música de sus pensamientos, que quienes le oían experimentaban la impresión de asistir a un concierto en el que él tocaba todos los instrumentos a un tiempo y solo. (*Chanchito*, 2.31.3)

Dicho esto, es indispensable recordar que Víctor E. Caro también publicó en la revista, es más, sus escritos fueron, quizás, los que aparecieron con más frecuencia después de los de Pombo. La mayoría, por no decir que todos, se presentaron bajo el seudónimo de Micaela o simplemente no fueron firmados³². Ese fue el caso de “El zapatico”, “El pollo Chiras”, “El burrito”, “La tía abuela”, “Un drama en el corral”, “No me besen”, “A Eduardo” y “El retrato”, entre otros poemas y fábulas que aludieron a similares personajes y argumentos en la línea moral, religiosa y formativa de Pombo, pero que al mismo tiempo se distinguieron por los espacios rurales, el lenguaje festivo y burlón, y en algunos casos, los modos y personajes

³² No obstante, se reconoce su autoría debido a que algunos de estos poemas fueron publicados mucho antes en revistas como *SantaFé* y *Bogotá* o fueron recopilados en la posterior obra completa. De todos modos, dentro de la revista existe una importante cantidad de textos que no fueron firmados por nadie, lo cual sugeriría que pudieron haber sido originales o traducciones hechas o tomadas por Víctor Caro.

“cachacos” y la nostalgia por la infancia y el tiempo pasado muy característicos del estilo del director.

El siguiente poema escenifica varios de los aspectos enumerados anteriormente. Allí se narra la historia del Pollo Chiras, el cual, para salvar su vida, convence a la cocinera que está a punto de colgarlo de que encuentre una forma mucho menos dolorosa de hacerlo:

Estudió el asunto a fondo, / consultó a una autoridad/ se leyó varios volúmenes / en inglés y en alemán;/ Compró frascos, ingredientes,/ un termómetro, un compás,/ dos jeringas hipodérmicas/ y no sé qué cosa más./ Y en ensayos y experiencias/ con tubitos de cristal,/ y en lecturas y consultas/ todo el tiempo se le va./ Mientras tanto el pollo Chiras/ canta alegre en el corral/ “Dése breve mi señora,/ ponga el agua a calentar”. (Caro en *Chanchito*, 2.24.9)

Así pues, resulta bastante llamativo que en apariencia Caro tuviese una postura conservadora frente a la poesía y a los textos de carácter poético, pero no en lo que se refería a la publicación de novelas³³; quizás, aquello podría aludir a su espíritu conciliador frente a ciertas formas modernizadas como la ciencia, la tecnología y las ingenierías que para él siempre fueron necesarias para la construcción de país. Tanto *La Guerra de los mundos* de Wells como *Alicia en el país de las maravillas* de Carroll son novelas de largo alcance, lo cual quiere decir que ocuparon una gran parte de los números y llegaron casi a publicarse hasta la mitad del tiempo de publicación de *Chanchito*. De igual forma, tanto una como otra evocaban personajes, espacios y motivos completamente urbanos; es más, la novela de Wells se ubica en una ciudad postapocalíptica invadida por marcianos. De ahí que los argumentos cambien considerablemente respecto a la poesía y se le empiece a dar gran importancia a la tecnología, la ciencia, los viajes —por ello, un mundo comprendido más en su vastedad que en su color local— y, en general, a los conocimientos propios de una sociedad modernizada en términos de industrialización y progreso.

No obstante, ello no fue nuevo en la revista. Hay que recordar que en todos los números se publicaron otras secciones que alentaban a los niños al aprendizaje de los conocimientos relativos a las ciencias exactas, la biología, la lógica, la razón y el cine. Todo ello se entiende

³³ Hay que mencionar que el género de la novela, durante el siglo XIX y al menos el principio del XX, fue considerado por una parte de la sociedad ilustrada colombiana como un género nocivo; aquel que podría minar el valor de la literatura y su sentido verdadero. Así lo afirmó José Eusebio Caro en una carta dirigida a Julio Arboleda en la que afirmó que: “La literatura de ficción tengo para mí que es en su esencia mala... Tengo la convicción profunda de que si se desterrase del mundo toda novela, el género humano haría una ganancia incalculable” (Caro en Jiménez Panesso 2002, 246).

en el contexto de un país que abrazaba las nuevas costumbres, mientras intentaba arraigarse en lo que podía y así definirse como país. Caro lo asimiló de esa manera, y al tiempo que lidiaba con sus ideas más tradicionales, generó un diálogo con lo nuevo y se despidió con mucha nostalgia de lo viejo.

Consideraciones finales

En la introducción a este trabajo planteé la necesidad de estudiar la prensa como objeto de investigación de la literatura y así contribuir a la construcción de la llamada historiografía colombiana, que dentro de sus límites solo recientemente consideró necesario la inclusión de los periódicos y revistas como elementos de análisis en sí mismos, y no únicamente como fuentes de información a las cuales acudir. Con ese propósito en mente, opté por el análisis de un semanario literario de carácter infantil, *Chanchito: Revista Ilustrada para Niños Colombianos*, publicado en Bogotá en la primera parte del siglo XX.

Una vez empecé dicho análisis, y después de una lectura general de la revista, fue patente para mí que la revista estaba proponiendo un proyecto nacional dirigido a los niños colombianos. Aquello resultó tanto anacrónico como renovador; que una revista que circulaba en los albores del siglo XX en una nación que se caracteriza, sobre todo, por sus ideas y educación tradicionales, formulara un proyecto cuyos lectores serían los niños —tal vez, uno de los sujetos menos visibles en el país—no tenía, según mi opinión, precedentes en la historia.

Lo anterior me condujo, primero, a un estudio de la historia de la época y de los discursos que predominaron en la sociedad para entender que, durante el fin del siglo XIX y el principio del siglo XX, una parte del país estaba viviendo un tiempo caracterizado por los cambios y transformaciones productos del auge de la industrialización y de las ideas y discursos que celebraban la modernización y el progreso; en tanto que otra no abandonaba sus ideas tradicionales y conservadoras en torno a un país con claros rasgos centralistas, rurales y religiosos. Ello me sirvió de marco conceptual para entender la necesidad de crear proyectos en un momento coyuntural, en el cual era necesario rehacer el pasado y los símbolos patrios para definir un nuevo destino común.

En segundo lugar, y dado que el fundador, director, editor y principal colaborador de la revista fue Víctor Eduardo Caro —un personaje que hoy solo se recuerda por haber sido hijo de Miguel Antonio Caro y por ser un “poeta menor”—, fue necesario hacer una investigación sobre su vida, su obra y sobre sus ideas para encontrar también en ella las claves del proyecto

nacional. Aquella investigación reveló que Caro se inclinaba por la apertura a la industrialización, al menos en lo que a la tecnología e ingeniería se refiere, y que optaba por una visión mucho más conservadora sobre la poesía, la literatura y, en general, las artes; pues ellas eran medios para consolidar una educación moral, civilizatoria y nacional. Así bien, Caro proponía un discurso conciliador frente al progreso, aunque se despedía del pasado con nostalgia. Otro tanto desvelaba su vida, puesto que reflejaba su afán de rehacer su historia familiar e identificar allí los valores y características que de acuerdo con él fundaron y sostuvieron al país.

En un tercer momento, el cual constituyó la parte central del trabajo, realicé un análisis textual de la publicación con el objetivo de entender el proyecto nacional infantil. Para ello, los temas y motivos sugeridos en los anteriores capítulos fueron esenciales para consolidar un acercamiento más profundo a la revista. De esa manera concluí, después de estudiar buena parte de las secciones y textos que aparecieron en ella, que *Chanchito* efectivamente sí estaba impulsando un proyecto nacional, pero que este debía entenderse de una forma muy particular. Lo ilustrado que se anunciaba en el título aludía a los programas políticos e intelectuales propios del siglo XIX, en los cuales el centro era conformado por la religión, la moral y el buen decir, y en los que la literatura tenía un propósito moralizante e instructivo. Lo anterior se complementaba con el tipo de lector infantil que planteaba la revista: este debía ser blanco, bogotano, religioso y de clase alta.

Ahora bien, no quisiera que el hecho de no haber centrado mi investigación en el lector infantil o en los textos de ese carácter publicados en la revista le haga creer al lector que siento desdén por ello. Consideraba, en cambio, que esa perspectiva de estudio ya se había utilizado en otros análisis de *Chanchito* y que era más acuciante estudiar la publicación de Caro desde una perspectiva más general, como un objeto de investigación, un gran texto que diera cuenta de los discursos que circulaban en una época caracterizada por la pugna y el cambio. De hecho, creía que al intentar un trabajo de estas características, cuyo objeto no había sido estudiado antes, pues involucra a un lector infantil y, por encima de eso, a un ciudadano, estaba asumiendo que los niños son sujetos autónomos con roles fundamentales en el país.

De la misma forma, creo que este trabajo contribuyó a ampliar una línea de la historia de la literatura colombiana que considera que la prensa es un objeto de estudio necesario, en una época donde la literatura todavía no se había independizado, o al menos no en su totalidad, de los otros discursos, circundantes como el de la historia. De ahí la relación que he planteado entre literatura y la formulación de proyectos nacionales, en un tiempo marcado por la ambigüedad de lo literario y por el carácter político que tenían algunos escritores comprometidos con reinventar el pasado y construir futuro por medio de sus obras. Así, este estudio estableció la importancia de entender las distintas figuraciones y roles que asumió la literatura y los escritores en el país, pues ello fue fundamental para la consolidación y la historia de la Colombia del siglo XIX y buena parte del XX, y que justamente tiene ecos hoy en día.

Finalmente, deseo que este escrito vaya más allá, y además de ofrecer las habituales conclusiones que le son necesarias a textos de estas características, asignara posibles rutas de estudios, preguntas de investigación y vacíos que este trabajo no supo responder o bien no de manera completamente satisfactoria.

En primer lugar, y dada la envergadura que ello supondría, este trabajo no contempló la recepción y el alcance real que tuvo la revista, pues eso habría implicado conocer las bases de datos y acudir a las bibliotecas regionales y municipales, librerías, escuelas y colegios del país para así constatar cuál fue el real impacto de la publicación. De igual manera, un estudio más amplio y preciso de la vida y obra de Víctor Eduardo Caro será necesario, pues él fue, pese a no ser recordado así por la historia, un escritor y promotor cultural muy influyente en el círculo literario e intelectual de la época. Además, considero que existe una importante ruta de estudio en los textos de la Academia Colombiana de la Lengua y en los de las demás Academias, pues estos ponen sobre la mesa las ideas más relevantes que circulaban en el país y cómo estaban siendo asimiladas por los intelectuales colombianos. Finalmente, estimo que las revistas y los periódicos se convirtieron, durante el siglo XIX y principios del siglo XX, en el espacio más efectivo para la consolidación de la literatura, los movimientos y las tendencias nacionales. ¿Cómo se entendía lo nacional?, ¿cuáles fueron los valores que se abrazaban y los modelos estéticos?, ¿cómo contribuyó este espacio a la formación del país? son algunas de las preguntas y reflexiones que podrían derivarse de un estudio como este, y a las que espero, sin embargo, que haya aportado, al menos, parcialmente.

UNA BUENA IDEA

El niño que colecciona estampillas desea saber, y sabe más, acerca del mundo, que uno que no colecciona. La Geografía, la Historia, la Botánica, las monedas y muchas materias más útiles le son familiares en poco tiempo por medio de este pasatiempo.

Todas las autoridades educacionistas más adelantadas están de acuerdo en que el coleccionar estampillas ayuda al niño a formar hábitos de pulcritud, orden y economía.

Paquetes desde 50 hasta 1.000 estampillas diferentes, desde \$ 0.25. Álbumes de todos tamaños. Catálogos de precios franceses y americanos y toda clase de accesorios para filatelistas.

LISTA DE PRECIOS A QUIEN LA SOLICITE

AUGUSTO DUFFO

BOGOTA
CALLE 12, NO. 6-47 - APARTADO 245

J. E. ATUESTA & CO.

ESPECIALIDAD EN ARTICULOS
PARA NIÑOS Y NIÑAS

VESTIDOS

SOBRETODOS

ROPA INTERIOR

CALZADO, ETC.

UNICOS IMPORTADORES
DE LA ACREDITADA ROPA TEJIDA
MARCA "BLEYLE"

Carrera 7.^a, Ns. 13-72 y 13-74.

PARA NIÑOS

LINDAS CAJITAS
DE PAPEL ESQUELA

CUADERNOS
PARA PINTURA

CAJITAS DE COLORES
Etc. Etc.

HERRERA HERMANOS
CARRETA 10, No. 12-43.

PAPELERIA INTERNACIONAL
CARRETA 8a., No. 13-51.

ZAPATOS Y SANDALIAS

"ALFA"

No Hay Mejor Calzado
Para Los Niños.

- PRECIOS REBAJADOS -
SURTIDO PERMANENTE

CORTAZAR HNOS.

CARRERA 8.^a, No. 11-87.

CHANCHITO

REVISTA ILUSTRADA PARA
NIÑOS

APARECE LOS JUEVES

Director, Victor E. Caro.

ADMINISTRACIÓN:
Calle 57, N.º 8-13 - Tel. 82 Ch.



VALOR DEL EJEMPLAR EN
TODO EL PAIS \$ 0.10

SUSCRIPCIONES:

3 meses (13 Nos.) \$ 1.20
6 meses (26 ") \$ 2.30
1 año (50 ") \$ 4.50

Por correo: Apartado 385
Por telégrafo: Chanchito.

VOLUMEN I

BOGOTA, JULIO 6 DE 1933

NUMERO 1



OR fin, queridos lectores, logramos realizar el proyecto acariciado hace mucho, de publicar una revista que responda a vuestras aspiraciones y anhelos y sea como el espejo del alma nacional infantil. En Colombia, fuera de algunos periodiquillos de escasa importancia y reducida circulación, los niños no tienen ni han tenido hace mucho tiempo un órgano especial, una revista propia, lo cual es como si dijéramos que no han jugado trompo ni echado cometa. "Chanchito" aspira a llenar ese vacío, a satisfacer esa necesidad, y ambiciona llegar a ocupar en vuestra vida el puesto que tienen entre la gente menuda de otros países las publicaciones de esta clase.

Hoy sale a la arena este minúsculo paladín, y en adelante será vocado todos los jueves en las calles, y acudirán a las casas donde haya niños, que son todas las casas del territorio colombiano, esperando que respondáis, buenos amiguitos, a su llamamiento con un ademán de alegría. "Chanchito" no va a llevaros grandes cosas porque sus medios son modestos, pero puede ofrecer algunas de las golosinas que solicitan vuestras inteligencias. En

su bagaje lleva novelas de aventuras y de misterio que ponen los pelos de punta y mantienen siempre vivo el interés de los lectores; primorosos cuentos de hadas, muchas veces contados, pero siempre nuevos; lindas fábulas y versos que parecen engomados por la facilidad con que se pegan a la memoria; historias de arañas, cucarones y otros bichos; explicaciones de obras manuales; recetas de cocina para las niñas hacendosas, y muchas otras sorpresas de que os hablaremos más tarde en mucho secreto. Todo esto, naturalmente, adornado con dibujos, salpicado de chistes y rematado con algunos pasatiempos de esos que, poniendo a contribución el ingenio de toda la familia, juntan en un haz encantador los alborotados rizos de los pequeños con las sumisas canas de los viejos.

Un poeta festivo despertará vuestra risa más fresca con alguna crónica en verso y el joven historiador Hernández de Alba os hará guardar un minuto de silencio. El os referirá en cada número un episodio, una hazaña o una anécdota de alguno de vuestros antepasados. Leed esa página con cuidado para que vayáis conociendo la historia de esta tierra bendita y las vidas de sus mejores hijos, a fin de que

cuando lleguéis a la edad de hombres, aunque sólo sea por no quedaros atrás, por no ser menos que otros, honráis a la patria sirviéndola con absoluta hidalguía y abnegación, y amándola con fervoroso entusiasmo.

Allá va, pues, "Chanchito", el sobrino de tía Gocha, lleno de buenos deseos y buenos propósitos, a tratar de endulzar vuestras horas de descanso. Podéis brindarle sin te-

mor afectuosa hospitalidad en vuestros hogares, pues aunque en un tiempo dio mucho que hacer, desde aquella memorable ocasión en que su padre Gochancho lo llamó al orden, el marranito se hizo mejor que muchos con uso de razón, y hoy, según el verso de Pombo,

Es extremo suaseo, su aplicación manía
Perfectas sus maneras, su dicho la verdad.

BIENVENIDA

Entre vivas y clamores y al son de pitos y orquestas llega CHANCHITO, señores, buscando muchos lectores, con cara y traje de fiesta.

En sus páginas sencillas dicen las gentes curiosas que guarda no sé qué cosas que parecen maravillas por lo buenas y graciosas.

Cuenta CHANCHO que las Hadas le regalaron un día mil historias encantadas jamás por nadie soñadas. Cómo darán de alegría!

Dice que robó a las flores sus perfumes exquisitos, a los campos los primores, ternura a los corderitos y el pico a los ruiseñores.

Y agrega que el que lo lea tendrá cuando esté dormido el sueño que más recrea.

Oh qué magnífica idea la tuya, CHANCHO querido!

Historias, chistes, inventos con personajes graciosos os tendrán siempre contentos y veréis que son hermosos sus innumerables cuentos.

Venid pues, chiquillería, que al fin os llegó la fiesta, y aunque paséis noche y día con gritos y algarabía, jamás CHANCHITO protesta.

PEPINITO

Preguntad y se os contestará

La curiosidad de los niños es insaciable: en sus grandes ojos hay siempre un interrogante y en sus boquitas un "por qué?". Algunas de sus preguntas son difíciles de contestar y aún suelen dejar perplejos a los sabios; pero muchísimas de ellas pueden y deben ser satisfechas de una manera racional.

"Chanchito", que tiene algo de ilustración y mucha paciencia, está dispuesto a someterse a esa clase de interrogatorios. En adelante, destinará una sección especial para contestar en forma breve y concreta las preguntas que le hagan sus lectores por escrito, y que sean por el estilo de éstas: "Qué distancia hay de la tierra al sol?". "En qué se convierten los churruscos?". "Cuánto tiempo tarda una araña en tejer su tela?", etc. Cuando no estemos preparados para absolver alguna duda infantil, lo confesaremos ingenuamente: antes que engañar a un pequeñuelo, preferimos pasar por ignorantes.

Niños: Preguntad y se os contestará.

NOTA.—Las preguntas deben dirigirse por escrito bajo cubierta al Director de "Chanchito" (Sección de Preguntas y Respuestas) apartado 385, Bogotá.

LA GUERRA de los MUNDOS

HGWells -



CAPITULO I

LA VISPERA DE LA GUERRA

Nadie hubiera sospechado, durante los últimos años del siglo diez y nueve, que la humanidad estaba vigilada estrechamente por inteligencias mayores que las nuestras, y al mismo tiempo, tan mortales; en tanto que nos entregáramos de lleno a nuestros diversos trabajos, éramos estudiados y considerados tan estrictamente como estudiamos los microbios a través de los cristales del microscopio; tranquilos y confiados, atendíamos a nuestros múltiples deberes, completamente seguros de nuestro dominio sobre todo. Seguramente que los infusorios hacen lo propio cuando los miramos en el microscopio.

Nadie pensaba en el peligro que podría sobrevenirle de los demás globos que pueblan el espacio, pues teníamos la completa seguridad de que estaban desprovistos de vida. Es curioso recordar las ideas que sobre este particular corrían por aquel entonces. Algunos pensaban que tal vez Marte tuviera habitantes, y más de una vez se propusieron investigar sobre el particular.

No iban descaminados en sus conjeturas, pues a través de los espacios, seres que son comparados con nosotros, como nosotros somos comparados con los animales, inteligencias frías y repulsivas miraban a la Tierra con envidia, y lentamente empezaban a elaborar planes contra nosotros. Al empezar el siglo XX vino a ocurrir lo que vamos a narrar.

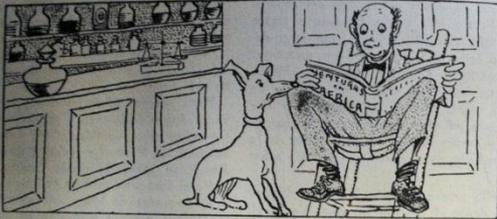
Ya sabemos que el planeta Marte gira alrededor del Sol a una distancia de 228.000.000 de kilómetros, recibiendo de éste la mitad de la luz y calor que percibe la Tierra. Si es cierta la hipótesis nebular, Marte es más antiguo que la Tierra, y antes de que ésta fuera formada, ya existía la vida en aquel. El hecho de que tenga la séptima parte del volumen de la Tierra, debió contribuir a que se solidificara y enfriara antes que ésta, y tuviese condiciones de contener seres vivos. Tiene agua y aire y todo cuanto se necesita para la existencia de seres animados.

No obstante, tan vanamente cegados estaban los hombres al finalizar el siglo pasado, que nadie escribió nada que hiciera sospechar la existencia de seres inteligentes fuera de la superficie terrestre.

Inclinaba a esta creencia el hecho de ser Marte un planeta más antiguo que la Tierra, con la cuarta parte de su superficie, más alejado del Sol, y por tanto más lejano del principio de vida y más próximo a su fin.

Sus condiciones físicas aún son un misterio para nosotros, pero ya sabemos que aún en su región ecuatorial, la temperatura del mediodía es como la del día más frío en la Tierra; su aire es menos denso que el nuestro, y sus mares se han recogido hasta ocupar un tercio de su superficie, y al cambiar sus estaciones, grandes masas de nieve se unen para derretirse en sus polos, inundando periódicamente el resto de sus zonas.

FANTASTICAS AVLENTURAS DE TITO Y TIF



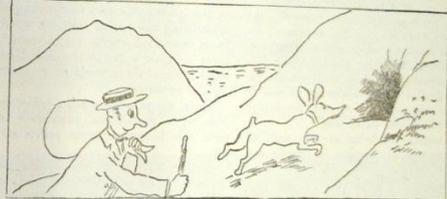
1. — Don Tito, boticario de Montaña, después de leer muchas obras de aventuras que le sobrieron el seso, resolvió un día irse a cazar fieras al Africa.



2. — Y poniendo manos a la obra, principió por comprarse una escopeta y algunos elementos que consideró indispensables para su arriesgada aventura en el continente negro.



3. — Grande fue la emoción de don Tito al admirar el gran barco en que iba a navegar con su fiel perro Tif.



4. — Después de algunos días de travesía, sin contratiempo, don Tito se hizo desembarcar en una isla desierta. Era libre y estaba en tierra firme. A falta de su farmacia se encaminó a una caverna.



5. — Y una vez en ella abrió el paquete que traía preparado, lleno de vituallas y objetos útiles.



CHANCHITO

*Encanto de sus padres, terror de los ajenos,
Era el guarín Chanchito, gulán como un barril:
Pesaba cinco arrobas poquito más o menos,
Pero en habilidades pesaba más de mil.*

*Esto pasó, señores, en tiempos ya olvidados,
No en estos tan presentes en que escribiendo estoy;
Pasó cuando los cerdos eran bien educados
Y no puercos cochinos como los vemos hoy.*

*Los padres de Chanchito eran de alto copete
Y de coche y derroche; en fin, gente de pro;
Cochinos que gruñan con cierto sonsonete
Como de "Puf, apártense, no hay otro yo que yo!"*

*Tía Gocha, vieja hermana del padre de Chanchito,
Era una solterona más rica que el Perú,
Y dijo al buen Cochanchito: "Traedme al sobrinito
El miércoles, sin falta, que tengo un ambigü".*

*Llegó el ansiado miércoles; y criadas y criados
Iban atropellándose solícitos do quier
Para vestir al párvulo; y escuchanse altercados
De voces disputándose llenar ese deber.*

*Pero Chanchito estaba hecho un berrín, frenético,
Chillando y dentellando sin reparar a quien:
Salir le repugnaba; y repugnancia y cólera
Sólo era porque entonces le suplicaban "Ven".*

CHANCHITO

13

*Para aplacarlo enviaron por juguetes y confites
Y su papá buscándolos de tienda en tienda fue,
Y a fuerza de juguetes y de tomes y quites
Chanchito se distrajo y les repuso "¡Je!"*

*Vestirlo, con todo eso, fue empresa de romanos;
Empalagó, dio mucho, muchísimo que hacer;
Y cuando estaban listos, con guantes en las manos,
El tiempo descompásase y comenzó a llover.*

*Taita Verraco exclama: "Aguarden!—Hechos sopa
Llegamos a la fiesta marchándonos así,
Y fuera grosería llevar lodo en la ropa.
Qué dices tú, Chanchito: vamos en coche?"—"Sí".*

*Pronto llegó al vestíbulo el barnizado coche
Y pajes de librea al frente y atrás del,
Y antes de que sonaran las siete de la noche
Partió con sus señores a trote de corcel.*

*Mas dio y majó Chanchito sacando la cabeza,
Y adiós! la portezuela de súbito se abrió,
Y al lodo va el estúpido, y queda de una pieza
Negro de hocico a patas como jamás se vió.*

*Rompen en carcajadas vecinas y miranes
Al verlo sucio y feo cual una vil sarten,
Y todos dicen: "Bueno, que vivan los jamonés!
Tóma, para que aprendas, lo mereciste bien!"*

*Pescáronlo del fango, zampáronlo en el coche
Cual contagioso vómito que a todos alcanzó;
Y oyendo silbos y hurras, picando a trochemoche
En retirada rápida la expedición volvió.*

*Vistiéronle de limpio tras una larga friega
Y el competente gasto de almohaza y de jabón,
El niño dio de nuevo impertinente brega
Pero, por fin, llegaron en regla a la función.*

*Comiéndoselo a besos lo recibió tía Gocha
Y su mamá le dijo: "No te comportes mal!
Aquí la menor falta se observa y se reprocha,
Y es grave la más mínima en gente principal".*

*Entraron a buen tiempo, ya hirviendo el chocolate,
Y en torno de ancha mesa sentáronse al festín
Mas ay! al primer sorbo (que les quemó el gazznate)
Hizo otra de las suyas el infernal gorrín.*

*Plato, cuchara y jicara saltaron contra el suelo,
Raudal chocolatero rodó por el tapiz,
Tía Gocha dió un gruñido, y dijo al mocoso:
"Nunca otra vez en casa me asomas la nariz!"*

*Chanchito que tal ove empinase en la silla,
Agarra la bandeja del mojon y el pan,
Y zúta! como metralla que zumba y acribilla
Contra la blanca trompa de doña Gocha van.*

*Levántanse los huéspedes en súbito tumulto
Gritando enrojecidos y bravos como ají:*

"Señora! es un escándalo, un crimen, un insulto
Traer a ese canalla y sentarnoslo aquí!"

"Señores, repuso ella, mirad que es mi sobrino;
Cochambra y Gochanchito se han esmerado en él
Y nunca, en tantas veces que a divertirme vino,
Comió con el uchillo ni salpicó el mantel.

"Sigamos, no dejemos enfriar el chocolate
El niño va a portarse; por su honra volverá";
Y en esta inteligencia sentose el botarate
Y empieza la merienda tranquilizados ya.

Ay, breve tregua! el nene se cumplió en la silla
Y juntos nene y silla, de espaldas, trún! se van,
Y arrastran en su séquito, mesa, mantel, vajilla,
Miel, leche, caldo, aceite, chocolatera y pan.

Tía Gocha se accidenta, Cochambra se desmaya,
A uno le dió epilepsia, al otro indigestión;
Y llegan criados, criadas, la cocinera, el aya
A ver si es terremoto, fuego o revolución.

Atónitos, sonámbulos hallaron a los huéspedes,
Con hipo energuménico que impideles hablar,
Y al dije de Chanchito riendo contentísimo
Jugando con los panes cual bolas de billar.

De allí voló a esconderse en el jardín de Gocha,
Buscáronlo enojados y encuéntranlo por fin
Bailando una cachucha, y tal, Virgen de Atocha!
Que no quedaron flores, ni yerba, ni jardín.

Aquí si ténte gracia!—Gochancho dijo: "Tráiganmelo"
Y una azotaina dióle, al fresco, al natural,
Tan eficaz e higiénica que desde entonces el párvulo
De puercito sólo tuvo la culpa original.

No reincidió en los crímenes que referí al leyente
Ni en otros que he callado por no escandalizar,
Y en vez de ser la cócora y el asco de la gente,
Convites y regalos le enviaban sin cesar.

Ya no hubo que decirle dos veces una cosa,
A todo adelantábase, no rezongaba un nó;
Trataba a su mamita como si fuera diosa,
Y nunca una jaqueca ni enfado le causó.

El mismo levantábase amaneciendo el día;
Y en todo no se ha visto mayor puntualidad;
Extremo era su aseo, su aplicación manía,
Perfectas sus maneras, su dicho la verdad.

No supo darse gusto mortificando al prójimo;
Ancianos y mujeres eran santos para él,
De nadie murmuraba ni se mofaba irónico,
Ni hipócrita adulaba, ni traicionaba infiel.

En fin, quién lo creyera! aquella bestia indómita
Se hizo mejor que muchos con su uso de razón.
Y habrá niño tan bestia que necesite látigo
Para volverse gente y hacer su obligación?

RAFAEL POMBO

ALICIA

Viene de la pág. 10

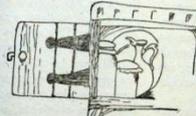
quejarme si un día ruedo por las escaleras
de mi casa. Y en ella me tendrán todos por
muy valerosa: Como que no diría nada aun-
que me cayese desde el tejado! (Lo cual era
la verdad probablemente).

—Abajo! Abajo! Abajo! Pero es que no
acabaré nunca de caer? Cuántos kilómetros
habré descendido ya? —se dijo Alicia en
voz alta—. Ya debo estar muy cerca del cen-
tro de la tierra. Si, esto es: unos 6500 kiló-
metros de profundidad.

Por lo visto, Alicia había aprendido al-
gunas cosas de esta clase en el colegio, y
aunque la ocasión no fuera la más oportu-
na para recordarlas, no estando nadie pre-
sente para aplaudirle sus conocimientos,
siempre es útil recordar lo que se sabe.

—Si, continuó diciéndose Alicia; esta es,
poco más o menos, la distancia. Pero a
qué grado de latitud o longitud habré lle-
gado? (Alicia no tenía ni la más remota
idea de lo que son la latitud y la longitud,
pero usaba estas palabras porque le pare-
cian largas y bonitas).

Y otra vez se ha-
bló a sí misma de
esta suerte: Quisie-
ra saber si estoy ca-
yendo a plomo por
el interior de la tie-
rra. Sería muy di-
veridito traspasarla,
salir al otro lado
y encontrarme con
la gente que anda
con la cabeza hac-
cia abajo y los pies
para arriba. Creo
que les llaman Los
Antipáticos. (Aho-
ra estaba contenta
de que no la oyese
nadie, pues tenía la
seguridad de que la
palabra no era es-
ta). Ya pregunta-
ré por el verdade-
ro nombre del país.
—Dígame Ud, Sra.:



es esto la Nueva Zelanda o Australia? (Y
ponía un gesto muy amable al decir esto).
Figúrese! Ser amable mientras se está ca-
yendo! Pero es que yo podría ser amable?
Por supuesto que me tendrían por la más
ignorante de las muchachas, al preguntar
por el nombre del país. No; no debo pre-
guntar; acaso lo halle escrito en alguna
parte.

Abajo! Abajo! Abajo! Ya que no podía
hacer otra cosa, Alicia continuó hablando.
Creo que Dinah me echará mucho de menos
esta noche (Dinah era la gata). A ver si se
acuerda de su plato de leche a la hora del
té. Dinah, querida mía, quisiera tenerle aquí
conmigo para que pudieras cazar un mur-
ciélago, ya que ratones no creo que ande
ninguno por el aire. Por fortuna, como tú
sabes, Dinah, los murciélagos se parecen
mucho a los ratones. Pero se me ocurre una
duda. Se comen los gatos a los murciélagos?

Comenzó Alicia a sentir cierta somnolen-
cia, y entrando en un estado de sopor, iba
repetiendo: Los gatos se comen a los mur-
ciélagos? y a veces: Los murciélagos se co-
men a los gatos? Pues debe tenerse en cuen-
ta que, no pudiendo Alicia contestarse a

ninguna de sus pre-
guntas, no impor-
taba invertir el or-
den de las pala-
bras. Sintió que iba
a dormirse. Ya co-
menzaba a soñar
que estaba poseen-
dose en compañía
de Dinah y dicién-
dole a la gata mu-
y seriamente:
Dime ahora, Di-
nah: No te has co-
mido nunca ningún
murciélago?

Cuando de re-
pente *plaf!* trope-
zó con un gran
montón de leña y
hojas secas, termi-
nando allí la caída.
Alicia no esta-
ba herida ni mu-
cho menos. Se

levantó de un salto y miró hacia arriba, pero todo estaba oscuro. Ante ella abriase otro largo pasadizo, por donde vio correr todavía al conejo blanco. No era cosa de perder tiempo. Corriendo tras el conejo se fue Alicia y llegó a punto para oírle decir, al doblar una esquina: Oh, por mis orejas y por mis mostachos, que ya es muy tarde! Alicia dobló también la esquina, pero ya no vio al conejo. Y hallóse en una sala muy larga y muy baja, alumbrada por una fila de lámparas que pendían del techo.

En todas las paredes de la sala había puertas, pero estaban todas cerradas, y aunque Alicia fue empujándolas una por una, ninguna se abrió. De modo que Alicia vino a situarse en el centro de la sala, considerando desde allí que le sería muy difícil salir de aquel vasto recinto.

Vióse de improviso ante una mesa de tres patas, toda ella de cristal. Sobre la mesa no se veía otra cosa que una llavecita de oro. Alicia pensó que aquella llave serviría para abrir alguna de las puertas; pero, desgraciadamente, o las cerraduras eran demasiado grandes o la llave demasiado pequeña, pues no sirvió para abrir ninguna. Pero al dar Alicia la segunda vuelta a la sala reparó en una cortina que no había visto antes, tras de la cual halló otra puerta que no tendría más de unos quince centímetros de alta. Probó la llavecita de oro y vio, con gran alegría, que ajustaba en la cerradura perfectamente.

Abrió la puerta y descubrió un corredor muy largo, como un escondrijo de ratones.



Arrodillóse, y aplicando el ojo al agujero, vio al final el jardín más bonito que jamás había visto. Desde luego deseó pasearse por aquel jardín, entre aquellas fuentes frescas y aquellas hermosas flores, pero por la puerta apenas si cabía su cabeza. Y aunque pasara mi cabeza, pensó Alicia, sería de poca utilidad si el resto del cuerpo se quedaba fuera. Oh, quisiera poder plegarme como un telescopio! Y creo que me plegaría completamente si supiera cómo se hace esto. Por lo que puede verse, tantas cosas extraordinarias le habían sucedido, que ninguna o muy pocas tenía por imposible.

Considerando que nada obtendría con quedarse junto a la pequeña puerta, se volvió a donde estaba la mesa, esperando encontrar en ella otra llave o siquiera un libro que la enseñara cómo se pliega la gente al estilo de un telescopio. Esta vez encontró sobre la mesa un frasquito (un frasquito que antes no estaba, como recordó Alicia), en cuya cuello vio un papel donde se leía, impresa hermosamente en gruesos caracteres, esta palabra: *Bíbeme!*

Estaba muy bien aquello de *Bíbeme!*, pero la astuta Alicia no se apresuró a beber. No; antes hay que ver despacio qué es esto, pensó, y si contiene o no contiene la palabra veneno. Había leído Alicia varias historias de niños que se quemaron o fueron devorados por las fieras o a quienes sucedieron otras cosas desagradables, sólo por no querer recordar las sencillas reglas que sus amigos les enseñaron, por ejemplo: que un hierro al rojo vivo quemaba si se le cogía con la mano, y que si uno se hace un corte profundo en un dedo con un cuchillo, generalmente brota la sangre; tampoco había olvidado Alicia que si se bebe de una botella marcada con la palabra *veneno*, es casi seguro que han de sentirse molestias más o menos tarde.

Pero como el frasquito no presentaba la palabra *veneno*, Alicia probó y encontró muy agradable su contenido (que tenía un sabor como de torta de cerezas, crema, pifía, pavo, azúcar y pan tostado, todo a la vez) y en muy poco tiempo quedó vacía la botella.

Continuará en el No. 2

RETAZOS DE HISTORIA

LA LOCURA DE MI COMANDANTE

Tenía 20 años. Había peleado en las más cruentas batallas, sufrido derrotas y alcanzado glorias. Los Llanos probaron duramente su fortaleza de efebo, pero no malearon su corazón juvenil en el que cabían arrullos de paloma y elevación de águila. Su genio retozón y travieso fue la sal de la vida para los bravos que triunfaron en Boyacá. En pos de su gracia, de su atrayente simpatía, de sus anhelos de gloria, de sus travесuras de niño, iban sus soldados camino del triunfo! Era la eterna juventud que en épocas amargas o jubilosas para la patria, se alista la primera en las avanzadas. José María Córdoba es símbolo y es ejemplo. Es a él, a mi Comandante del año 19, a mi General del año 24, a quien quiero referirme. No diré sus hazañas guerreras que tocan en la leyenda, recordaré su gobierno de Antioquia, en el que mi Comandante, muchacho travieso, enloqueció.

El 10 de agosto de 1819 entró victorioso al lado de Bolívar, y Santander, Anzoátegui, Soublette, Páez... Traía sus vestidos hechos girones y su semblante tocado de gloria. Ya en Santa Fé alcanzó de Bolívar la comisión más satisfactoria de su vida. Libertar a Antioquia.

El teniente coronel de 20 años, a la cabeza de 160 valientes, avanza sobre Antioquia. Desaloja y persigue los últimos tesoneros reductos de las armas reales al mando de Tolrá. Mi Comandante va investido de los más amplios poderes; podrá hacer y deshacer, arma peligrosa a su edad y a su genio!

Como se va acercando, se nota el descontento entre los montañeses. Qué son 160 hombres a cuya cabeza va un niño con humos de grande? El 23 de agosto llega a Rionegro, su ciudad natal. "Córdoba, dice uno de sus biógrafos, volvía a su hogar después de cinco años de ausencia. Había partido siendo un niño; y después de incansable lucha



General José María Córdoba.

volvía cubierto de gloria y luciendo los ascensos y condecoraciones que ganara en las cruentas campañas de 1815, 16, 17, 18 y 19; tornaba con el altísimo nombramiento de Gobernador y Comandante General y encargado de libertar su tierra nativa; de organizarla para continuar la lucha, levantar el espíritu, enervado, de sus conciudadanos. Inmensa labor que iba a pesar sobre un hombre tan joven que sólo acababa de cumplir los veinte años; así que sus coleráneos daban de sus aptitudes y voluntad hasta el momento supremo en que le vieron acometer de frente la obra; lleno de increíbles energías, talento y valor a toda prueba".

De Medellín, a donde siguió inmediatamente, nombra al doctor José Manuel Restrepo para gobernador político de la provincia. Restrepo se excusa por sus enfermedades, pero el Comandante no estaba para excusas más o menos justificadas y presuroso torna a Rionegro. El futuro historiador de Colombia apunta en su diario: "Día 2. A las 9 de este día me obligó el comandante a recibirme de gobernador político de la Provincia".

Por el temor se impone; hace fusilar a

chapetones reacios a sus órdenes. Con mi Comandante no se puede jugar. Pero éste se desespera; él no nació para gobernar, nació para guerrear y no con enemigos tan cobardes como los que ahora le ha tocado batir. El 16 de octubre escribe a Santander: "Yo me mantengo bueno y pasándolo perfectamente bien: buena casa, buenos caballos, el Parnaso, los Campos Elíscos, de todo, de todo, gracias a la fortuna de Boyacá y a los favores del general en jefe". Y más adelante, a pesar del Paraiso, protesta. "Mi general: tenga la bondad de ocuparme en alguna cosa y acuérdese de mí para algo; mire que este maldito gobierno me tiene embromado: yo no sé nada de gobierno".

Se asfixiaba en el gobierno, necesitaba su vida llanera, su vida errante, su vida guerrera. Aquel muchacho de veinte años, "el más apuesto, la figura militar más hermosa, entre todos los jefes de la Independencia americana" casi tuerce su vida!

El 28 de diciembre de 1819, se le ofrece una fiesta de toros. Caballero en brioso castaño hace su aparición en la plaza. Todos le vivan entusiasmados; su arrogante figura, sus negros ojos se llevan la admiración de todos. Espolea su caballo, que monta, airoso, a la llanera; de repente espántase el

fogoso animal y mi Comandante va a estrellarse violentamente contra las piedras del piso. "Quedé como muerto, le dice a Santander, todo mundo se consternó mucho... estuve dos días como muerto; al cabo de estos volví, pero loco, diciendo mil disparates; me dicen que cantaba mucho canciones de Araure y francesas, que mandaba tropas... ¿Qué le parece a usted? A los quince días volví en mi juicio, y ya había sanado, perfectamente de cuatro sangrías, diez mil ventosas y multitud de cáusticos que me habían puesto".

—Comandante Córdoba, por hoy lo dejo y me despido de usted aprovechando su carta de mayo de 1820: "No se olvide usted de un amigo que mucho lo aprecia y que está absolutamente destinado al servicio de la República; que concluye o aumenta con ella, si la fortuna lo favorece.

"Adiós mi general. Yo moriré feliz si hiciera grandes servicios que tranquilizaran a mi patria y a mis amigos. ¡Qué idea tan bella! Pero corresponde a hombres de mucho más carácter, de más representación y de más recursos.

"Soy el hombre que más lo aprecia a usted".

Guillermo Hernández de Alba.

EL CINE PARA LOS NIÑOS

Conociendo la afición por el cine de los numerosos y gentiles lectores de "CHANCHITO", me propongo con la ayuda y conocimientos del Hada Luz, informarles en cada número de esta revista, de las películas que en el país de los ensueños se filman especialmente para los niños y que se exhiben diariamente en nuestros teatros.

"Peter Pan".

TEATRO FAENZA:
TEATRO REAL:
TEATRO APOLO:

Yo quiero ser Estrella.

Un caso de conciencia.

El vengador social. Queremos cerveza. Luces de la ciudad.

TEATRO ALHAMBRA:
TEATRO CALDAS:

El rey de la selva. La isla de las almas perdidas. Capitulación. Buitres del mar. El malvado Conde Zaroff. Estrellados.

Travesuras de don Conejo.

EL SEÑOR CONEJO Y LA SEÑORA ZORRA

Era el señor Conejo un animalito travieso y astuto, y tan insolente como una urraca. Continuamente gastaba pesadas bromas con sus vecinos, que en vano buscaban la ocasión de echarle mano.



Un día dijo el señor Lobo a la señora Zorra: "Si esta noche no damos caza a ese animalejo y de él hacemos sabrosa cena, me avergonzaré de ser Lobo. Mira, tú no tienes que hacer más que ésto: Vete a la casa ahora mismo, métete en la cama, hazte la muerta y procura estarte muy quieta hasta que venga el señor Conejo y se acerque a tí. Entonces échale la garrá".

Dicho esto, se fue la Zorra a casa, metiose en la cama, en tanto que el señor Lobo se dirigía al señor Conejo y llamaba a su puerta. "Malas noticias, señor Conejo", le dijo el señor Lobo. "La pobre señora Zorra ha muerto esta mañana y yo he salido a arreglar lo del entierro".

Alejóse el señor Lobo, y el señor Conejo curioso por saber de cerca lo ocurrido, se fue a casa de la señora Zorra. Atisbó a la puerta y la vió tendida en la cama, rígida como un palo, y tal como si

estuviese muerta. Pero como el señor Conejo no tenía un pelo de tonto, ni se dejaba engañar tan fácilmente, exclamó en alta voz y como si hablase consigo mismo: "Pobre señora Zorra! Parece mentira que haya muerto, pero así es desgraciadamente. Lo mejor que puedo hacer es estarme aquí hasta que vayan llegando los vecinos. Pero, vamos, no puedo creer que haya muerto, si es verdad lo que he oído decir de que las zorras, después de muertas se quedan meneando una pata trasera".

Al oír esto la señora Zorra, juzgó conveniente hacer ver que en realidad estaba muerta, y se puso a menear la pata. Al ver esto el señor Conejo salió como un rayo y no paró hasta llegar a su casa.

Y aquella noche el señor Lobo y la señora Zorra no tuvieron otro remedio que acostarse sin cenar.

Bibliografía

- Álvarez, Jorge y Caro, Víctor E. *Discurso de recepción de don Jorge Álvarez Lleras el 23 de abril de 1942 y respuesta del señor académico don Víctor E. Caro*. Bogotá: Editorial de la litografía Colombia, 1942.
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, D.F.: Ediciones Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Bedoya Sánchez, Gustavo Adolfo. “La prensa como objeto de investigación para un estudio histórico de la literatura colombiana. Balance historiográfico y establecimiento de un corpus”. *Estudios de Literatura Colombiana N. °. 28* (2011). *Dialnet*. Web. 20 de enero de 2016.
- Cacia Prada, Antonio. *Historia del periodismo colombiano*. Bogotá: Ediciones Sua, 1968.
- Carranza, Eduardo. *Don Víctor Caro bajo el alero. Biblos Javeriana*. Web. 20 de enero
- Caro de Narváez, Víctor Eduardo. *A la sombra del alero*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1964.
- —————. “Autobiografía”. *Antología de los mejores relatos infantiles*. Ed. Beatriz Helena Robledo. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia, 1997. *Biblioteca Luis Ángel Arango*. Web. 20 de enero de 2016.
- —————. *Chanchito: Revista Ilustrada Para Niños Colombianos*. Bogotá: Editorial Cromos, 1933.
- —————. “La juventud de don Miguel Antonio Caro”. *Conferencias de Nicolás Bayona Posada, José Miguel Rosales, Enrique Otero D'Costa, Emilio Robledo y Víctor E. Caro*. Bogotá: Editorial Minerva, 1931.
- —————. *Los números: su historia, sus propiedades, sus mentiras y verdades*. Bogotá: Editorial Minerva, 1937.
- Caro Tobar, Miguel Antonio. *Miguel Antonio Caro: Obra selecta*. Ed. Carlos Valderrama Andrade. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1993.

- Díaz, Gloria Cecilia. “La revista infantil colombiana Espantapájaros”. *América: cahiers du CRICCAL. Le discours culturel dans les revues latino-américaines de 1970 à 1990 N. °. 15-16 (1992)*. Google Books. Web- 20 de enero de 2016.
- Díaz Moreno, Myriam. “La prensa literaria en el siglo XIX”. *Gran Enciclopedia de Colombia*. Ed. Jorge Orlando Melo. Bogotá: Círculo de lectores, 1992.
- Forero, E., Díaz, S. y Guerra, E. “Miembro de número. Silla 6: Víctor Eduardo Caro”. *Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*. Mayo 2012. Web. 20 de enero de 2016.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. “Tres revistas colombianas de fin de siglo”. *Boletín Cultural y Bibliográfico Vol. 28, núm. 27 (1991)*. Banco de la República. Web. 20 de enero de 2016.
- Jaramillo Uribe, Jaime. “La educación durante los gobiernos liberales 1930-1946”. *Nueva Historia de Colombia*. Ed. Álvaro Tirado Mejía. Bogotá: Editorial Planeta, 1989.
- Jiménez Panesso, David. *Fin de siglo, decadencia y modernidad*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, Universidad Nacional de Colombia, 1994.
- —————. “La crítica literaria”. *Gran Enciclopedia de Colombia*. Ed. Jorge Orlando Melo. Bogotá: Círculo de lectores, 1992.
- —————. “Miguel Antonio Caro: bellas letras y literatura moderna”. *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*. Ed. Rubén Sierra Mejía. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002.
- Miranda, Álvaro. *Notas biográficas de poetas de Colombia del siglo XX*, Biblioteca Luis Ángel Arango, 2006. Web. 20 de enero de 2016.
- Naranjo, Jhon. “Dos décadas decisivas: 1920-1940”. *Una historia del libro ilustrado para niños en Colombia*. Ed. María Fernanda Paz Castillo. Bogotá: Biblioteca Nacional de Colombia, 2010.
- Orlando Melo, Jorge. “La república conservadora”. *Colombia Hoy*. Ed. Jorge Orlando Melo. Bogotá: Presidencia de la República, 1996.
- Peters, Victoria. *Formación de ciudadanía desde la revista Chanchito*. Bogotá: Universidad Jorge Tadeo Lozano, 2015.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana, 2009.

- Robledo, Beatriz Helena. “Antecedentes del libro infantil ilustrado en Colombia, siglo XIX y primeras décadas del siglo XX”. *Una historia del libro ilustrado para niños en Colombia*. Ed. Maria Fernanda Paz Castillo. Bogotá: Biblioteca Nacional de Colombia, 2010.
- Robledo, Beatriz Helena. “La revista *Chanchito*, un homenaje a los niños colombianos”. *Boletín Cultural y Bibliográfico Vol. 42, núm. 67* (2004). *Banco de la República*. Web. 20 de enero de 2016.
- Sanín Cano, Baldomero. “De lo exótico”. *El mausoleo iluminado: antología del ensayo en Colombia*. Ed. Óscar Torres Duque. Bogotá: Presidencia de la República, 1977. *Biblioteca Luis Ángel Arango*. Web. 20 de enero de 2016.
- Silva Olarte, Renán. “La educación en Colombia (1880-1930)”. *Nueva Historia de Colombia*. Ed. Álvaro Tirado Mejía. Bogotá: Editorial Planeta, 1989.
- —————. *Prensa y revolución a finales del siglo XVIII: contribución a un análisis de la formación de la ideología de independencia nacional*. Medellín: La Carreta Editores, 2004.
- Sommer, Doris. *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. Bogotá: Ediciones Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Torres Duque, Óscar. “Periódicos y revistas, la cultura y los medios”. *Gran Enciclopedia de Colombia*. Ed. Jorge Orlando Melo. Bogotá: Círculo de lectores, 1992.
- Uribe Celis, Carlos. *Los años veinte en Colombia: Ideología y cultura*. Bogotá: Ediciones Aurora, 1985.
- Valderrama Andrade, Carlos. “Itinerario de un humanista colombiano: Miguel Antonio Caro”. *Miguel Antonio Caro: Obra selecta*. Ed. Carlos Valderrama Andrade. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1993.
- Villena, Francisco. “La nación soñada: historia y ficción de los romances nacionales latinoamericanos”. *Espéculo: Revista de Estudios Literarios N. °. 33*(2006). *Dialnet*. Web. 20 de enero 2016.
- Zuluaga, Pedro Adrián. *Literatura, enfermedad y poder en Colombia 1896-1935*. Bogotá: Editorial Pontificia universidad Javeriana, 2012.